



La puesta en valor del patrimonio cultural industrial permite conjugar tres tipos de miradas: aquella más especializada que busca decodificar los modos y técnicas de la construcción, otra más vivencial, que se sumerge en la historia de vida de los trabajadores en la planta, y finalmente, las vivencias de las personas en una herencia cultural que vincula al ser humano y trasciende el espacio físico de Cerro Blanco en Polpaico.

Mediante el cruce de estas miradas, este libro busca poner en valor la memoria del pueblo minero de Cerro Blanco por medio de un levantamiento patrimonial de las construcciones existentes y los vestigios de aquello que da cuenta de una vida pasada, su herencia cultural plasmada en relatos de historia oral que permitieron reconstruir una experiencia de vida que marcó a muchos trabajadores y habitantes, y por último difundir esta historia desconocida para los chilenos que, si bien han visto más de alguna vez el saco de cemento Polpaico con su característico «fortachín», o conocen el uso del cemento en el día a día, pocos saben la historia de cómo se consolidó la empresa y la comunidad que se conformó junto a ella.

La mayor riqueza de este libro es que es una invitación a conocer la vivencia y experiencia de muchas personas en Cerro Blanco, siendo un testimonio de memoria colectiva, espacio del cual nace su valor patrimonial.



Memoria de un pueblo minero

Relatos y vivencias de Cerro Blanco

Relatos y vivencias de Cerro Blanco

Memoria de un pueblo minero

Lorena Pérez

Triana Sánchez

Ana María Valenzuela

Berta Bugueño



Relatos y vivencias de Cerro Blanco

Memoria de un pueblo minero

Lorena Pérez

Triana Sánchez

Ana María Valenzuela

Berta Bugueño



▸

Fig. 01
Celebración día
del Minero de
Escuela 311, 1974.



Relatos y vivencias de Cerro Blanco
Memoria de un pueblo minero

ISBN: 978-956-9130-47-2
Propiedad Intelectual: 10515

Diciembre 2021.

Director y Responsable
María Jesús Poch

Investigación, Gráfica y Textos
Lorena Pérez
Triana Sánchez
Ana María Valenzuela
Berta Bugueño

Fotografía
Salvador Núñez
Miguel Delso
Lorena Pérez

Diseño
Cité Studio

ProCultura – 2021

Agradecimientos	10
Prólogos	13
Introducción	16
La cal en Polpaico	22
El trabajo en Cerro Blanco	44
Un pueblo industrial	66
Vida social en Cerro Blanco	102
El valor de la memoria	136
Palabras finales	154
Referencias bibliográficas	159
Referencias de imágenes	163

*«En memoria de aquellos que
no alcanzaron a contar su parte
de la historia, su legado queda
también en estas páginas»*

Agradecimientos

Agradecemos a todos los ex habitantes de Cerro Blanco, a todos los autores de este libro, a quienes facilitaron y aparecen en las fotografías de estas páginas, al equipo de ProCultura por su apoyo incondicional, a Cemento Polpaico por las gestiones, la coordinación y la motivación sobre todo de Pamela Beaumont y Paulina Silva. Y por supuesto, a quienes nos entregaron su historia y sus fotografías para este lindo proyecto:

Abdón Ruiz
Agustín Emblico
Alfredo Severich
Ana León
Berta Bugueño
Carlos Valencia
Christian Pérez
Clemira Monares y Juan Vargas
Dagoberto Vargas
Haydee Huerta
Héctor Hugo Troncoso
Hugo Rojas
Jacqueline Donoso
Jaime Gómez
Jessica Severich
Jorge Arroyo
Juan Valencia
Leonor León
Luis Gómez
Nancy Lulion
Raúl Olivares
Sergio Maldonado
Silvia Mattig

Prólogo Alberto Larraín

La identidad cultural, entendida como el conjunto de tradiciones, valores y símbolos que son propios de un lugar y una comunidad, es el elemento más importante para constituirnos como sociedad y habitar un espacio determinado. Este libro busca poner en valor la cultura de Cerro Blanco, un pueblo minero creado al alero de la planta cementera Polpaico, y que abrigó varias generaciones de familias que construyeron una autenticidad propia. Los cerroblanquinos como ellos se definen, ya no viven en Cerro Blanco, sino que se encuentran en diversas zonas de Tiltil, de la región metropolitana, entre otras ciudades, pero siguen siendo un pueblo unido por un pasado y una historia común, con tradiciones y una idiosincrasia particular. Mediante este libro, queremos realzar el sentido de pertenencia, logrando una vinculación profunda que perdure en el tiempo, poniendo como eje central los testimonios y memorias de los ex habitantes de este pueblo.

La misión de Fundación ProCultura radica en la valorización de la identidad de las localidades, mediante diversas estrategias que buscan fortalecer el sentido de pertenencia de cada comunidad. Al dar visibilidad a las manifestaciones culturales locales, a la particularidad de cada grupo social, damos cuenta de la riqueza y potencialidad de un territorio y de sus habitantes.

El libro «Relatos y vivencias de Cerro Blanco: Memoria de un pueblo minero» releva la importancia del pueblo industrial, de cómo se conforma y sus características generales, y a la vez, entra en la vida de los cerroblanquinos tratando de plasmar en papel los relatos de su vida e historia.

La investigación, ejecutada por ProCultura y con la colaboración de los trabajadores y ex residentes de Cerro Blanco, llevó nuestro equipo a un viaje en el tiempo, que recorre los rincones del pueblo, sus artefactos e infraestructura.

Esperamos que este libro contribuya en parte al descubrimiento de esta arquitectura y el valor de quienes la habitaron, invitando a la comunidad local y a sus visitantes a descubrir sus tradiciones históricas y su hermoso patrimonio. ■

Alberto Larraín S.

Director Ejecutivo Fundación ProCultura

Prólogo Javier Moreno

Para quienes hemos tenido la fortuna de recorrer las calles de lo que hace unos años atrás fue el asentamiento minero de Cerro Blanco, sabemos que en cada rincón se quedaron grabadas tradiciones, vivencias, historias de amigos de infancia, de familias, de generaciones de esfuerzo y trabajo que permitieron que este lugar tenga una identidad que se mantiene viva hasta hoy.

Ser cerroblanquino es un orgullo que surge en cada relato de los trabajadores y las trabajadoras que hoy son parte de nuestra compañía, pero que hace un tiempo nacieron, estudiaron, se casaron e hicieron su vida en este lugar. Esas historias son un hermoso patrimonio que no podíamos perder. Como empresa quisimos escuchar el anhelo de nuestros trabajadores y rememorar junto a ellos la vida de tantas familias de nuestra comunidad en Cerro Blanco. Creemos indispensable que los recuerdos sean tesoros que queden, no solo en la memoria de sus habitantes, sino en un documento que dure para siempre.

Este libro «Relatos y vivencias de Cerro Blanco: Memoria de un pueblo minero» ha sido desarrollado en conjunto con la Fundación Procultura y con el apoyo de los relatos de nuestros trabajadores y las familias que vivieron en Cerro Blanco o que vieron su vida influida por esta hermosa comunidad. Con él queremos poner en valor el patrimonio de un pueblo industrial que nació con esta planta y que significó una sociedad y una cultura propia para muchos de sus habitantes y también para nosotros como empresa.

Este es un homenaje para todos quienes crecieron en Cerro Blanco, para nuestros trabajadores, amigos y familias, y también para quienes ya no se encuentran con nosotros. En cada página de este libro están sus recuerdos, ilusiones e historias, las que queremos cuidar y resguardar para las generaciones futuras. ■

Javier Moreno Hueyo
Gerente General Polpaico BSA

Introducción

Las construcciones industriales no siempre fueron valoradas por ciudadanos o expertos, como sí acontece hoy en día. Su directa vinculación con una lógica de producción las alejaba de la noción dominante de patrimonio, reservada para aquellos elementos representativos de la cultura de una sociedad. Esa clase de estructuras no calzaba, en definitiva, con los criterios que usualmente se habían utilizado en monumentos de carácter más clásico, como la belleza, la monumentalidad y la antigüedad.

El patrimonio industrial puede aludir al conjunto de bienes que se presenta como testimonio de las primeras conquistas de la ingeniería o tecnología del ser humano (Álvarez, 2008). La valoración de estos elementos como bienes relevantes para una cultura comienza a plantearse en Europa alrededor de la segunda mitad del siglo XX, respondiendo, en muchos países industrializados, a las fuertes transformaciones ocurridas en las lógicas y tecnologías de producción. Esto produjo un abandono de ciertas infraestructuras y permitió tomar distancia para poder establecer, entonces, su valor más allá de lo productivo, lo que obligó a sopesar nuevos criterios para entender el patrimonio industrial, como su valor documental y antropológico (Lorca, 2017).

En Chile el patrimonio industrial ha sido aquilatado más tardíamente. Recién en la década de 1970 se comenzó a reconocer la importancia de tales estructuras, y fue ya en los noventa cuando se definió como una categoría admisible en el campo patrimonial nacional. Durante el siglo XXI, esta importancia se ha visto reflejada en la inscripción de dos sitios vinculados a la industria minera como parte de la lista de patrimonio mundial de la Unesco: las oficinas salitreras Humberstone y Santa Laura (2005) y el campamento cuprífero Sewell (2006)¹. Este reconocimiento no se circunscribe al aspecto productivo de dichos sitios, sino que evalúa, de preferencia, su condición de colonias industriales u obreras, modelo que, como veremos más adelante, es el que configuró también a Cerro Blanco.

A partir de tratados como la Carta de Nizhny Tagil del año 2003, las ideas sobre patrimonio industrial se fueron condensando, siendo distinguidas por los grupos de expertos y por un público general que cada

1. Además de los bienes mencionados, la lista de casos de patrimonio mundial en Chile incluye el Parque Nacional Rapa Nui (1995), las iglesias de Chiloé (2000), Valparaíso (2003) y el Qhapaq Ñan (2014), este último sitio correspondiente a Argentina, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador y Perú.



Fig. 02

Instalaciones de la Planta de Cerro Blanco, ca. 1940.

↙
Fig. 03
Campamento
minero Sewell,
2008.



vez tenía más interés en ellas. Se comienza a comprender su valor como testimonio de un modo de vida, de un tipo de sociedad y de que, más allá de un espacio de mera producción, son contenedores de la experiencia de sus trabajadores y habitantes. La memoria colectiva es sin duda una parte crucial de lo que determina el valor de un bien o complejo industrial. Estos lugares acogen vivencias comunes que son parte intrínseca de su mérito en términos de patrimonio.

Cerro Blanco no es la excepción. Aun cuando la mayoría de los chilenos ha visto alguna vez el saco de cemento Polpaico con su característico «Fortachín» o ha estado en una construcción, carretera o puente edificadas con cemento Polpaico, probablemente pocos sepan la historia de cómo se consolidó la empresa y la comunidad que se conformó junto a ella.

Esta publicación se origina en las memorias de los extrabajadores y habitantes de Cerro Blanco, complejo minero desconocido para el común de los chilenos, pese a ser un caso único de campamento minero en la Región Metropolitana. Su alto valor patrimonial y la potencia de los recuerdos asociados a los vestigios existentes surgen de un proceso de recopilación mediante historia oral, donde los relatos han permitido reconstruir una experiencia que esperamos ir retratando en este libro. ■

La cal en Polpaico



➤

Fig. 04
Pala mecánica
recogiendo material,
ca. 1960.

La cal en Polpaico

1.1. La minería de cal en Polpaico

A fines de 1949 vio la luz el primer saco de cemento producido por en ese entonces Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A. Sin embargo, antes de ese hito tuvieron que pasar años de incesantes esfuerzos, siempre en busca de aprovechar adecuadamente los yacimientos calizos locales.

A fin de comprender la historia de Cerro Blanco debemos remontarnos varios siglos. Durante el periodo colonial, el lugar integraba los extensos terrenos de la Hacienda Polpaico, propiedad rural del siglo XVII que llegó a abarcar gran parte de la zona, incluyendo sectores como Polpaico, Cerro Blanco, Huertos Familiares, Santa Matilde, Los Aromos, Los Lingues, Huechún y Punta Peuco. La hacienda no solamente se destacó por su actividad ganadera, sino también por sus yacimientos de cal en Calerías Viejas o Calerías de Polpaico, muy apreciados en ese entonces. La cal era uno de los principales materiales para la construcción de edificios públicos. Su importancia era vital, pues servía para preparar las mezclas de unión de pega, como la argamasa con que se adherían los ladrillos y la pasta con que se cubrían las paredes.

Precisamente, las minas de cal de Polpaico fueron uno de los depósitos más relevantes del Chile colonial y posibilitaron la edificación de estimables obras públicas de la ciudad de Santiago, como los tajamares del puente Cal y Canto y el palacio de La Moneda. Por este motivo eran reconocidas y hasta serían nombradas por ilustres personajes, entre ellos Benjamín Vicuña Mackenna, quien al pasar por Polpaico en su viaje en tren las describió del siguiente modo:

Hacia la izquierda, en la cumbre de un morro, divísanse, a semejanza de un enorme rasguño en la epidermis del cerro, los desmontes blanquecinos de las famosas minas de cal de Polpaico, con cuyo beneficio se edificó la mayor parte de las obras públicas de Santiago, especialmente la Moneda i los Tajamares, en la era colonial (Vicuña Mackenna, 1878: 456-457).



Fig. 05

Vista de campo
abierto Cerro Blanco
de Polpaico, ca. 1960.

La construcción del actual palacio de gobierno a fines del siglo XVIII —planificada inicialmente para acoger la casa de la moneda de la ciudad— utilizó, entre otros muchos materiales provenientes de distintas localidades de la región, la cal de la Hacienda Polpaico, que le habría de proporcionar su característico color blanco, aún visible.

Según el propio Vicuña Mackenna, las minas de cal también habían sido realizadas por el viajero inglés John Miers en 1820, quien recorrió esos rincones a caballo. De su relato se desprende que en ese momento las minas se encontraban en pleno auge, significando una fuente de riquezas para los dueños de la hacienda.

La planta de cal se situaba detrás del caserío de Calerías Viejas y su recinto estaba conformado por pequeños silos y hornos de ladrillo en los que se cocía la cal. Estos fueron cayendo en el abandono, quedando solo ruinas durante el siglo XX. Según se comenta en la publicación de Margarita Jofré (2009), la empresa era dirigida por la familia Lecaros Campino, dueños de la hacienda, quienes trataron de explotar el yacimiento, pero debieron desistir por lo complejo que les resultó el tratamiento de la cal disponible.

Debido a la disponibilidad de caliza en la zona, a principios del siglo XX se comenzaron a desarrollar estudios para analizar si era posible su explotación a mayor escala y construir a posteriori una planta cementera. El primero de estos estudios lo realizó la empresa Williamson Balfour en 1913, con asesoría de una firma danesa, justamente con la idea de instalar allí una cementera (Vera, 1990). No obstante, la Primera Guerra Mundial obligó a postergar el proyecto, el que recién se concretaría unas décadas después con la llegada de Siegfried Gildemeister.

1.2. La industria del cemento antes de Polpaico

La creación de Cemento Polpaico hubo de conjugar distintos factores que acabaron generando un contexto favorable para la fundación de la planta, factores que involucran una dimensión nacional y además aspectos individuales.

En primera instancia, es necesario que contextualicemos la situación de la industria cementera en Chile, lo que resulta fundamental para comprender por qué el nacimiento de una nueva planta podía considerarse del todo oportuno.

A inicios del siglo XX, Chile experimentaba una etapa de crecimiento y modernización, caracterizada por el aumento de la población urbana producto

de la migración campo-ciudad. Si en 1875 las ciudades acaparaban solo el 35% de la población, para 1920 esa cifra ya ascendía al 46,6% del total de habitantes. La llegada masiva de personas a ciudades que no estaban preparadas para acogerlas exigió construir viviendas e infraestructura urbana, a lo cual se añadió la necesidad de grandes obras públicas, como una red de carreteras que conectara los diversos puntos del territorio. Para ello se requería de un elemento primordial en el desarrollo de los países: el cemento. Este material reemplazó de a poco a otros en el campo de la construcción y pasó a juzgarse imprescindible en la ingeniería moderna y la arquitectura nacional, tal como nos expresan históricos trabajadores de Polpaico:

El cemento significa construcción y la construcción está arraigada en el progreso de un país, o sea, las casas necesitan cemento, todo al final necesita algo de cemento (Abdón Ruiz, 2021).

La piedra tú la usas en tu casa, tú estás sentada en esa silla que está apoyada en algo que es de cemento, y capaz que sea de Cemento Polpaico. Entonces lo que nosotros creemos que hemos aportado es el producto en sí, que es un producto feo, un producto que no es amigable, pero pucha que es necesario para un puente, para un aeropuerto, para los puertos mismos, para los cimientos de nuestras casas (Dagoberto Vargas, 2021).

Al crecimiento urbano se agrega otro factor significativo no solamente para la historia del cemento en Chile, sino también para el destino de la propia empresa. Luego de la guerra del Pacífico (1879-1884), Chile había obtenido los preciados territorios del salitre, lo que permitió disponer de una enorme cantidad de recursos. Esto le dio un impulso a la economía nacional en su conjunto, sin exclusión del sector industrial, que tendió a expandirse y diversificarse, creándose una abundante cantidad de industrias nuevas y aumentando la elaboración de bienes más complejos. Además, la entrada de ingresos gracias a la industria salitrera posibilitó la construcción de una cantidad no menor de obras públicas que, desde luego, necesitaban del cemento como material.

La cementera que tendría el protagonismo indiscutido en la primera mitad del siglo XX sería Cemento El Melón, constituida en 1906. Esta se ubicó a unos cien kilómetros al noroeste de Santiago, valiéndose de los materiales calcáreos de las canteras de La Calera y El Navío. Durante más de tres décadas, Cemento Melón tuvo el monopolio absoluto de tal rubro en Chile, siendo el principal productor y actor clave en la construcción de viviendas, caminos e infraestructura pública. En sus primeras décadas de funcionamiento,



↑
Fig. 06
Oficina salitrera
Buen Retiro,
ca. 1889.

sus productos fueron utilizados para obras tan valiosas como el Ferrocarril Trasandino, la pavimentación de Santiago y la Biblioteca Nacional. La parte de la demanda interna que no quedaba cubierta por la producción de El Melón se abastecía con cemento importado.

No obstante, en la década de 1930 una serie de hechos desencadenaron una escasez de cemento e hicieron urgente aumentar su producción. Primero, se debe mencionar que el crecimiento urbano se mantuvo en ascenso y, por ende, también la demanda de cemento, la que difícilmente podía ser cubierta por Melón, aun teniendo en cuenta su modernización a lo largo del tiempo.



←
Fig. 07
Casa de Concepción
reducida a scombros
tras el terremoto
de 1939.

En este periodo también se registraría un acontecimiento de alcance mundial que afectó dramáticamente a nuestro país. El 24 de octubre de 1929 —el llamado Jueves Negro—, la bolsa de Nueva York se derrumbó al punto de inducir el comienzo de la Gran Depresión. Debido a lo sensible que era su economía al mercado internacional, Chile se vería especialmente golpeado. Tanto es así que, de acuerdo con un informe de la Liga de las Naciones, hablamos en efecto del país más vapuleado por la crisis planetaria; baste recordar que el principal impulsor de la economía era el salitre, cuya exportación se vio muy disminuida. A causa de esta situación la política económica nacional debió alterarse en términos drásticos, buscando fortalecer la industria interna y aminorar la dependencia respecto de los mercados internacionales. Los gobiernos del periodo procuraron incentivar la industrialización endógena, poniéndole mayores obstáculos a la importación de bienes, entre los que se encontraba sin ir más lejos el cemento.

Casi al finalizar la década ocurriría otro hecho determinante para la historia de la industria cementera y del mismo Polpaico: el terremoto de Chillán de 1939. El 24 de enero de ese año, un violento sismo de magnitud 8,3 sacudió la zona entre Valparaíso y Temuco, concentrando el mayor daño entre Chillán y Concepción. De hecho, la ciudad de Chillán vería buena parte de sus construcciones desplomadas, motivo por el cual el terremoto tomaría su nombre. La urgencia por reconstruir tuvo consecuencias directas, obviamente, en la industria del cemento, exigiendo disponibilidad inmediata del material. El problema era que la producción nacional no lograba responder al aumento en la demanda, mientras que el cemento importado llegaba a precios muy elevados, entre otras razones, por los obstáculos puestos a los bienes extranjeros y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Se estima que el año 44 la demanda promedio anual alcanzó a 580 mil toneladas, y Melón solo producía 365 mil (*Revista Concreto*, 1995). Frente a ello, era evidente tanto para el sector público como para el privado que se debían crear nuevas industrias del ramo.

De este modo, en 1945 la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo)² estableció una nueva fábrica en Juan Soldado, región de Coquimbo. Si bien esta última duró tan solo unos años, siendo luego absorbida por Cemento El Melón, demuestra los intentos estatales por incrementar la industria cementera.

Hacia 1945 se instalaron también en Cerro Blanco de Polpaico los equipos para una planta de cal y se iniciaron los trabajos de la futura planta cementera. No obstante, para el éxito de esta empresa se debieron entrelazar los favorables escenarios nacional e internacional con la vida de un hombre clave en la historia de Polpaico: Siegfried Gildemeister.



↖
Fig. 08
Instalaciones
de la planta
de Cemento
Polpaico,
ca. 1940.

2. Creada en 1939 en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, en respuesta al terremoto de Chillán y a las políticas de fortalecimiento industrial.

1.3. El sueño de Gildemeister

La familia Gildemeister tiene sus raíces en Bremen, ciudad ubicada al noroeste de Alemania, a orillas del río Weser, la gran vía de transporte fluvial alemana. Juan Gildemeister fue el primero del clan familiar en aventurarse a Sudamérica en búsqueda de nuevos rumbos. La investigación que hizo Sergio Vera sobre Cerro Blanco en 1990 nos cuenta la historia de Juan y la familia Gildemeister antes de la fundación de la empresa. Los antecedentes más remotos lo sitúan en Brasil, donde se desempeñó como empleado en una casa de comercio. Al cabo de unos años, se independizó y compró un velero de ciento ochenta toneladas que cargó con madera, recalando en Valparaíso, donde habría vendido tanto el buque como la carga para obtener capital. Luego de ello se desplazó a Lima, destino en el que logró construir su fortuna mediante la creación de una sociedad comercial dedicada a la importación de mercancías manufacturadas de origen europeo.

Paralelamente a la actividad comercial que desarrollaba en Lima y en su sucursal de Iquique—por entonces, territorio peruano—, Juan Gildemeister incursionó en la industria del salitre, llegando a poseer en 1882, de acuerdo con Vera (1990), las oficinas San Pedro, San Juan, Hansa y Argentina, además del patrimonio personal que contemplaba las oficinas Peña Chica, Rosario y Santa Clara. En los albores del siglo XX, la firma Gildemeister se posicionaba como una de las empresas alemanas más importantes y conocidas en Tarapacá.

Cuando ya la familia tuvo asentadas en América a varias de sus generaciones, arribó desde Bremen Siegfried Gildemeister, quien compartía sin duda el espíritu emprendedor de sus antepasados. A su llegada en 1905, desembarcó en Iquique, donde los Gildemeister mantenían sus principales inversiones. Tras dos años probando suerte en Estados Unidos, retornó a Tarapacá, trabajando como fichero en la oficina San José, de la que fue socio unos años después.

Bajo su dirección, la firma se consolidó y diversificó, demostrando así, precozmente, su mirada visionaria y su habilidad para los negocios. Con su gestión, se levantaron oficinas comerciales de rubros variados, como maquinarias, alimentos y productos usados en la industria del salitre, ubicadas en Antofagasta, Santiago y Valparaíso. Sería precisamente la ciudad puerto la sede principal de sus negocios.

Con la recesión de la industria salitrera a partir de los años veinte, que tuvo su punto más crítico con la Gran Depresión del 29, la firma Gildemeister decidió poner término a sus inversiones en el rubro. En este contexto, Siegfried buscó ligarse a otras actividades y territorios, por lo que adquirió un molino



Fig. 09

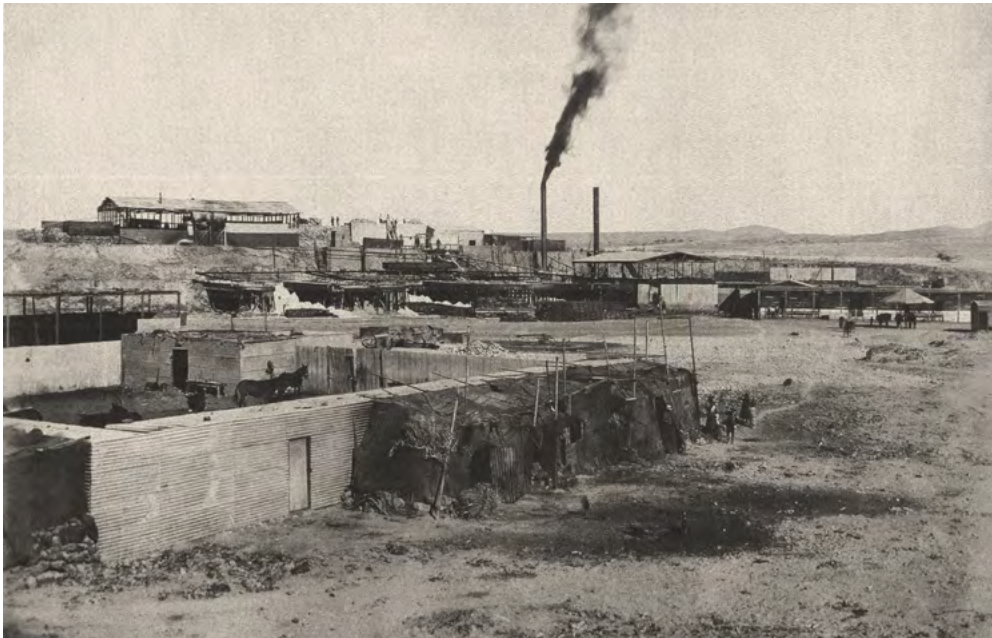
Postura de la primera piedra de la Iglesia de Cerro Blanco por Siegfried Gildemeister, ca. 1950.

de harina en Tomé y un frigorífico en Magallanes, orientado este último a la exportación de corderos, cueros y lanas.

Dentro de la búsqueda por ampliar las inversiones de la firma, apareció una idea que comenzaría a entusiasmar a Gildemeister: la construcción de una planta cementera. Desde la década del veinte, la empresa había estudiado aquellos yacimientos con la ilusión de instalar la fábrica mencionada, pero los duros efectos económicos de la Gran Depresión y la crisis del salitre obligaron a desecharlo, al menos, posponer la idea.

Sin embargo, Gildemeister no fue el único interesado en el potencial de Polpaico. La Caja del Seguro Obligatorio ya había recomendado a Cerro Blanco como el lugar más idóneo para instalar una fábrica de cemento en las cercanías de Santiago, y sus ingenieros trabajaron en la zona entre 1939 y 1942. No obstante, según lo que explica Vera (1990), la Caja desestimó el proyecto por un cambio en su política de inversiones.

Con la oportunidad que ofrecía Polpaico en mente, Gildemeister & Cía. Ltda., a inicios de 1944 compró a la familia Lecaros Campino —dueños, como se dijo, de la vasta Hacienda Polpaico— las propiedades mineras y civiles, los derechos de agua y servidumbres para instalar la nueva cementera. Esta tendría una ubicación privilegiada, al enclavarse a tan solo 42 km de Santiago —el principal centro urbano del país—, en la ladera norte del Cerro Blanco.



→
Fig. 10
Oficina salitrera
San José en
La Noria, Chile,
1889.

Fue así como al año siguiente, el 24 de agosto, se creó la Sociedad Minera e Industrial de Polpaico Ltda., que reunió a todas las actividades relacionadas con Polpaico. El objetivo de la sociedad se definía de la siguiente manera:

Bajo el nombre del rubro la firma suscrita propone organizar una sociedad anónima que tendrá por fin principal la preparación y fabricación de cemento Portland, de cales de distintas clases, de abonos, y de sustancias similares, y para cuyo objeto la Sociedad adquirirá y explotará las pertenencias mineras de sustancias calizas, de caolín y de otras materias ubicadas en los alrededores de la estación Polpaico y que son actualmente de propiedad de la Sociedad Minera e Industria de Polpaico Ltda. (citado en Vera, 1990: 10).

La sociedad fue constituida por escritura pública el 12 de enero de 1948, mientras que su existencia se autorizó por Decreto n.º 319 del Ministerio de Hacienda, con fecha 12 de enero de 1949. Según consta en la escritura pública, el directorio estaba compuesto por nombres influyentes en la historia de Polpaico, como Alfredo Lewin, Walter Piza y Benjamín Claro (*Revista Concreto*, 1995). De este modo la empresa se encontró legalmente en orden, aunque eso, lógicamente, solo era una parte de lo que significaba ponerla en funcionamiento. Había que construir su infraestructura, conseguir la maquinaria adecuada y reunir al personal apto para levantar la nueva fábrica y posteriormente explotarla.

1.4. La puesta en marcha

La planta se ubicó en la comuna de Tiltill, próxima a Cerro Blanco, desde donde se extraería la piedra caliza en tajos abiertos. Las reservas comprobadas de piedra caliza se calculaban en treinta y dos millones de toneladas y las reservas posibles en cien millones (Chermakian, 1965). Si bien la calidad de la caliza no era tan buena como la de su competencia, Cemento El Melón, su mayor cercanía respecto de Santiago le proporcionaba una gran ventaja.

Las obras arrancaron en 1944 con la construcción de una planta de cal; meses después, se comenzó con la fábrica de cemento Portland³. La investigación de Vera (1990) indagó sobre el inicio exacto de la construcción, señalándose en los testimonios que alrededor de 1945 partieron las excavaciones, para luego iniciar la construcción misma de la planta. Las maquinarias que serían parte de la fábrica fueron traídas desde Estados Unidos, según se afirma en la edición especial de 1995 de la *Revista Concreto*.

3. Tipo de cemento hidráulico artificial realizado con una mezcla de áridos, agua y fibras de acero, consiguiendo posteriormente una masa muy duradera y resistente, denominada hormigón.

Junto con la construcción de la planta propiamente, se debieron llevar a cabo otras instalaciones para el funcionamiento de la fábrica. Una de ellas fue el ramal del ferrocarril que empalmaría con la estación Polpaico y trasladaría los productos en carros tirados por una locomotora a vapor. En aquel entonces, el ferrocarril era el medio preponderante de transporte de la comuna de Tiltil, cuyas estaciones formaban parte de la ruta Santiago-Valparaíso, una de las más prominentes a nivel nacional. La línea férrea se complementó con la construcción de un camino que también se conectaba con la estación Polpaico, buscando mejorar la conectividad de la futura planta.

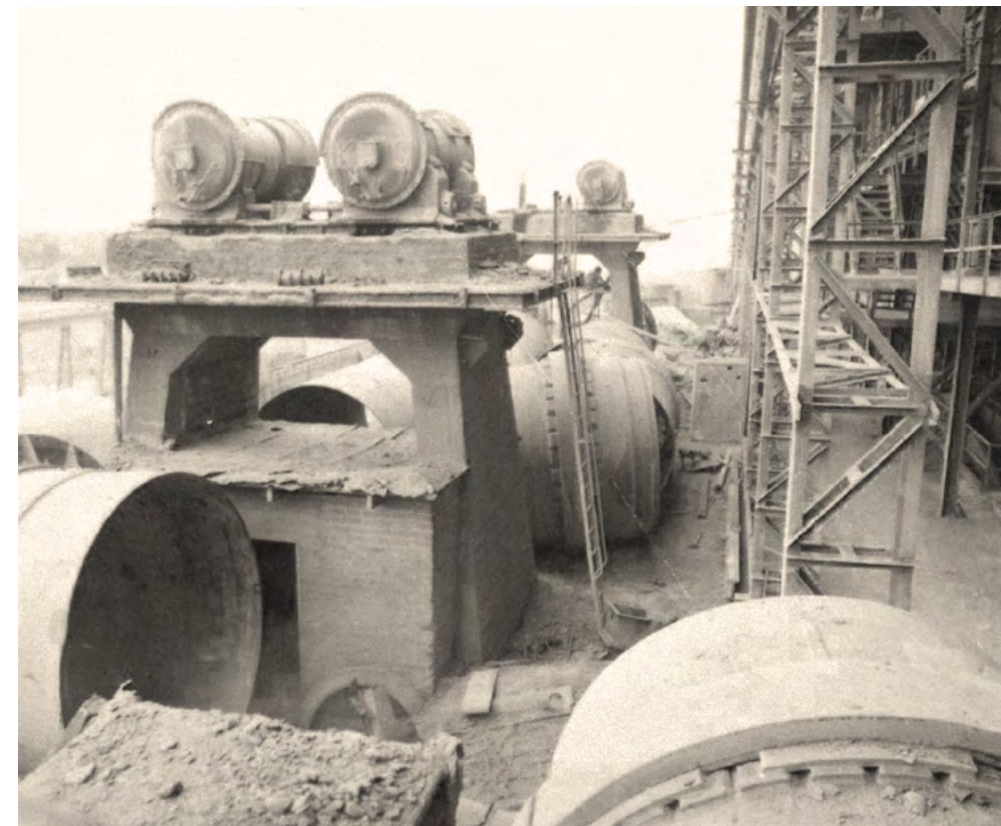
Por supuesto, edificar todas las instalaciones precisó de numerosos trabajos: excavaciones, rajos del cerro, selección del mineral, construcción de la línea del ferrocarril, levantamiento de hornos e instalación de maquinaria. Se cuenta que todas estas labores implicaron un esfuerzo notable, pues se realizaron de forma bastante artesanal: con chuzo, combo y carretilla. Fue también necesario el uso de explosivos para la edificación de silos y espesadores, dado que el terreno era de piedra y caliza.

Pese a que la construcción de la planta avanzaba sin mayores inconvenientes, para Siegfried Gildemeister no fue fácil persuadir a los demás de que era posible producir cemento. Fernando Tietzen, primer empleado de Polpaico y trabajador de la firma Gildemeister desde los quince años, relató en una entrevista efectuada por el quincuagésimo aniversario de Polpaico que algunos opinaban que era muy arduo elaborar cemento con esa caliza. Incluso, un poco antes de poner en marcha la planta, dos ingenieros estadounidenses dijeron de manera categórica que «no se puede hacer cemento con su mugre». A pesar de todo, Siegfried Gildemeister perseveró en su plan y, con el auxilio de prestigiosos ingenieros nacionales, como Waldemar Schütz, se logró realizar un Clinker⁴ excelente, permitiendo fabricar un cemento de gran resistencia. En palabras de Tietzen, para que Gildemeister y los primeros trabajadores alcanzaran este sueño «hubo que resistir presiones y convencer a mucha gente» (*Revista Concreto*, 1995: 16).

Todos estos empeños hicieron posible que en noviembre de 1949 se pusiera en marcha el horno y a principios de diciembre del mismo año se produjera el primer saco de cemento. Comenzaba a funcionar así la planta cementera, con una producción inicial de doscientas mil toneladas anuales, cantidad que, pese a ser considerablemente menor que lo producido por El Melón, comportaba un gran aporte para satisfacer la creciente demanda de Santiago.

Pero ¿quiénes fueron los primeros trabajadores que lograron no solamente poner en pie la planta, sino también hacer posible su funcionamiento y comenzar a producir cemento?

4. El Clinker es el producto principal para fabricar cemento Portland, obtenido de la calcinación de caliza y arcilla.



←
Fig. 11
Partes y piezas
de planta de
Cerro Blanco,
ca. 1940.

Gran parte de los llamados «pioneros» provenían de las oficinas salitreras del norte. La tradición salitrera de la familia Gildemeister y de otros personajes que fueron muy influyentes en estos primeros años —como Kurt Voeltzer, primer administrador de la planta—, definieron una marcada preferencia por los hombres provenientes de las calicheras para cumplir estas labores de construcción, muchos de los cuales, tras la puesta en marcha, se quedaron trabajando como mineros. Esto coincidió con la llamada crisis del salitre, que dejó a una cantidad apreciable de trabajadores y familias pampinas sin fuente laboral, debiendo buscar oportunidades de trabajo en otras zonas, entre ellas Polpaico. Por fortuna, lo anterior coincidió también con los deseos de los fundadores, quienes creían que la condición de pampino y exsalitrero era perfecta para los trabajos de la nueva planta.

De esta manera, varios de los habitantes y trabajadores de Cerro Blanco tienen orígenes pampinos, proviniendo de oficinas salitreras como Humberstone, Pedro de Valdivia, María Elena, Alianza y Peña Chica. Nos encontramos con interesantes historias de inmigración que, aun cuando tienen



Fig. 12
Instalaciones de la
planta de Cemento
Polpaico, ca. 1940.

en común su origen nortino, presentan cada una evidentes particularidades. Una de estas historias es la que nos relata Alfredo Severich y su sobrina, Jessica, respecto de Andrés Severich, su padre y abuelo, respectivamente. Andrés venía de más lejos que la mayoría, pues había nacido en Bolivia y posteriormente se había trasladado hacia las salitreras en Iquique, emigrando luego de su cierre hacia los fundos de Tilti, como nos relata Jessica:

Mi historia parte con la llegada de mi abuelo acá a Cerro Blanco, mi abuelo era boliviano y le voy a contar un poquito de él [...] Él se vino escondido de su casa, de Bolivia; se fue de la casa de sus papás porque, según me cuentan mis tíos, a él lo mandaron a comprar y gastó el dinero y le dio miedo volver a su casa y se escapó. Ellos vivían en Cochabamba, en Bolivia, y de ahí él creo que se fue en un tren y llegó hasta cierta parte, se subió y se quedó dormido en el tren, como en una película, y después se bajó en un lugar que no conocía; tenía doce años [...] Llegó a Iquique [...] y empezó a buscar trabajo, empezó a trabajar a esa edad en las salitreras que había por ahí [...] no sabemos realmente en cuál fue. Y después ya tenía como quince años y se vino trabajando por los campos hacia acá, hacia el sur, y trabajaba cebando trigos y en lo que venía po, y él siempre solito, hasta que llegó acá a Polpaico (Jessica Severich, 2021).

La preferencia por los hombres del salitre era clara, afirmándose incluso que era un requisito casi infaltable para trabajar en Polpaico en sus inicios. Esto no solamente porque el recio trabajo que estos hombres habían cumplido bajo el sol pampino aseguraba que pudieran efectuar labores pesadas, como la extracción y selección de cal —faenas realizadas manualmente en esa época—, sino también porque, habiéndose traído maquinaria e infraestructura del norte, los trabajadores ya tendrían conocimientos de cómo usarlas.

Mi papá, aprovechando que estaba cerca de ahí de la planta, vino a buscar trabajo y lo que le preguntaban los jefes allá: “¿De dónde viene?”. Y les decía: “Del Norte”. Ya, al tiro [lo contrataban]. Claro, porque ellos sabían más o menos el proceso de lo que estaban haciendo acá, porque de salitre a cemento hay harta diferencia, pero las maquinarias eran muy similares, porque todas las maquinarias las trajeron de allá, del norte (Alfredo Severich, 2021).

La llegada masiva de trabajadores —muchos oriundos de zonas alejadas de Tilti— obligó a implementar albergues que los cobijaran a ellos y a sus familias.

Fig. 13
Obreros de la
Pampa Salitrera,
1906.





Fig. 14
Retrato
Jessica Severich.



Se trataba de viviendas de carácter provisorio, elaboradas con los materiales que se encontraban a mano y con anterioridad a la conformación del pueblo del que hablaremos más adelante.

La influencia nortina no solo se evidenció en las primeras construcciones. Lo hizo igualmente en tradiciones y costumbres que se mantuvieron en el tiempo y pasaron a ser parte de la identidad cerroblanquina. Así lo corrobora Dagoberto Vargas, trabajador de Polpaico, quien habitó el pueblo desde pequeño: «¿Han leído a Hernán Rivera Letelier? Lo mismo que él cuenta en sus libros, lo vivimos nosotros acá, tan cerquita de Santiago, apenas treinta kilómetros al norte».

La revisión de los orígenes de Cerro Blanco nos da cuenta del valor histórico que tiene este lugar. Como se ha visto, su nacimiento respondió a las condiciones de su época: un tiempo en el que Chile daba luces de crecimiento y, junto con ello, surgía la necesidad de cemento como un factor ineludible para la modernización del país y la mejora en la calidad de vida de sus habitantes. La construcción de Cerro Blanco se entrecruzó con otros hechos históricos que fueron importantes para Chile, como la crisis del salitre y el terremoto de Chillán. No obstante, la historia nos ha enseñado que, para entenderla, junto con el contexto y los antecedentes hay que incorporar a los actores que la encarnaron. Claves, a ese respecto, son las figuras de Siegfried Gildemeister y de los cientos de hombres y mujeres que llegaron a Polpaico y se las arreglaron para concretar el sueño de la planta cementera. ■

↗
Fig. 15
Mineros de
Cerro Blanco.



El trabajo en Cerro Blanco

El trabajo en Cerro Blanco

Después de unos años de funcionamiento, Cemento Polpaico ya era una de las dos empresas de cemento más grandes de Chile. Si al principio producía doscientas mil toneladas, solo cinco años después había aumentado su capacidad en un 25% (Chermakian, 1965). Así, cumplía con su misión de satisfacer el gran mercado de la zona de Santiago.

El éxito se debía en parte a que su mercado principal requería de cada vez más cemento. Santiago, a mediados del siglo XX, crecía rápidamente por la llegada de migrantes desde los campos, mientras que la forma de la ciudad se modificaba debido al poblamiento de sus bordes. Este crecimiento, sin embargo, no era precisamente planificado, lo que involucró que muchas de las nuevas poblaciones no alcanzaran los estándares mínimos de habitabilidad y que la construcción de mejores viviendas se mantuviera como una necesidad imperiosa. Todo ello demandaba grandes cantidades de cemento, utilizado tanto para las viviendas como otras obras de mejora urbana. Por ejemplo, en 1965 Santiago consumía medio millón toneladas de cemento al año y cerca de la mitad era entregado por Polpaico y usado para actividades tan cruciales en la vida urbana como la reparación de casas, la construcción con hormigón de bajo costo y la pavimentación de calles (Chermakian, 1965).

Pero para que Polpaico pudiera honrar este importante rol hizo falta el trabajo conjunto de quienes administraban la empresa y, por cierto, de los obreros y empleados que realizaban las múltiples tareas exigidas por la planta. Como veremos a continuación, aquellos años de trabajo se vieron marcados por una serie de acontecimientos históricos, cambios tecnológicos, luchas laborales y procesos sociales que delinearon tanto el destino de la empresa como la experiencia de sus trabajadores.

2.1. Cambios institucionales

Como vimos en el capítulo anterior, las primeras décadas de funcionamiento de la planta estuvieron a cargo de la firma Gildemeister. Durante este periodo,



Siegfried Gildemeister estuvo muy presente en la empresa. Los trabajadores recuerdan que venía una vez a la semana a recorrer las instalaciones, además de asistir a eventos sociales. Otro personaje que cumplió un papel muy importante en esta etapa fue Fernando Tietzen, gerente y mano derecha de Gildemeister. Tietzen estuvo por décadas en la empresa, siendo muy recordado y querido por su aporte en la administración y en la relación entre dueños y trabajadores.

Un giro brusco se dio a principios de 1970, en respuesta a los intensos cambios políticos y económicos que vivía el país. La producción de cemento era un sector económico estratégico y, por ende, se volvió de interés prioritario para el Estado. Esto se manifestó con mayor fuerza, primero, en el gobierno de la Unidad Popular y, posteriormente, en los años de la dictadura militar. El 3 de noviembre del año 70 asumió como presidente Salvador Allende,

↖
Fig. 16
Calle de
Santiago,
ca. 1960.



➤
Fig. 17
Siegfried
Gildemeister
recorriendo
la sala de
máquinas,
ca. 1940.

iniciando un proceso inédito no solo en la historia de Chile, sino para el mundo entero, al proponer un modelo socialista a través de la vía pacífica, lo que también se conoció como «vía chilena al socialismo».

Uno de los aspectos claves del programa allendista se relacionaba con lo económico. A lo que el gobierno propendía era a una economía planificada, en la que el Estado tuviese un rol central. En esta línea se llevaron a cabo iniciativas tan importantes para la historia de Chile como la nacionalización del cobre. Otra propuesta de relevancia fue la estatización de las empresas estratégicas para la economía: aquellas actividades que determinaban el desarrollo económico y social del país, como lo era la industria cementera (Programa de la Unidad Popular, 1969). Los mecanismos definidos para la estatización fueron la expropiación —generalmente, precedida por la toma de cada industria por sus trabajadores— y la compra de acciones por parte del Estado.

Dentro de este contexto fue que Cemento Polpaico tuvo su primera gran transformación al pasar a manos estatales. En 1972, cuando la Unidad Popular ya había podido implementar parte de sus reformas, Corfo adquirió el 70% de las acciones que eran propiedad de extranjeros (Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A., 1983). La administración de la empresa, en tanto, fue delegada a

interventores nombrados por el gobierno. Para este importante hecho, el propio Salvador Allende visitó la empresa y la población de Cerro Blanco.

Con el golpe de Estado de 1973, este corto periodo llegó a su fin. Aparte de sus efectos en la estructura empresarial, el golpe impactó en la vida de muchos de los trabajadores y habitantes de Cerro Blanco, especialmente en aquellos más afines a las ideas de la UP. Después de ese 11 de septiembre ya nada volvería a ser igual.

A nivel institucional se volvió a manos privadas. En los setenta y ochenta, la dictadura acometió reformas económicas que instauraron un nuevo modelo basado en el neoliberalismo. En términos generales, se aspiró a liberalizar la economía chilena, apuntando a mermar el rol regulador del Estado y su participación en la inversión y la industrialización. Es por lo anterior que a partir de 1975 las acciones que Corfo tenía de Polpaico fueron traspasadas al sector privado, específicamente a la Sociedad Constructora Cometro Ltda. A la nueva administración, no obstante, le tocó un duro periodo, pues coincidió con la recesión económica de 1975, que sacudiría de manera especialmente violenta a Polpaico, trayendo consigo el cierre de secciones y el despido de un alto número de trabajadores como medida para reducir costos (Vera, 1990). Aun así, la empresa se revelaba carente de recursos para enfrentar la crisis, de modo que se debió recurrir a una nueva fórmula que combinaba capitales nacionales y extranjeros⁵. En 1986, tras varios cambios, Holderbank Financière Glaris S. A. y el Banco de Chile⁶ quedaron como principales accionistas, con participaciones de 53,9% y 40,9% en el capital, respectivamente.

Holderbank era una renombrada compañía suiza del rubro del cemento, que en 1974, cuando Polpaico aún pertenecía a Corfo, le había prestado asesoría técnica y administrativa. La presencia de la firma helvética marcó una nueva era en la empresa, no solo porque dio paso a la participación extranjera, sino también por su programa de inversión y modernización. El proyecto más importante en términos productivos fue el que permitió, en 1981, aumentar la producción a la sorprendente cifra de más de un millón de toneladas al año. En plena recesión económica, la ampliación de la Planta Cerro Blanco fue noticia de carácter nacional y tanto al inicio como en el término asistieron las principales autoridades de la época. La memoria anual de 1983 daba cuenta con satisfacción de las obras modernizadoras finalizadas durante ese lapso:

El moderno complejo fabril que permitirá alcanzar a futuro una producción total de 1.300.000 toneladas de cemento anuales quedó finalizado, al comenzar a operar en julio de 1983 el nuevo horno Clinker de 1.500 t/día

5. En 1977 las acciones fueron compradas por el consorcio cementero suizo Holderbank Financière Glaris S. A. y por la empresa constructora y minera Ábalos González S. A. El año 2001 Holderbank cambiaría su nombre a Holcim.

6. En julio de 1986, las acciones de Banco de Chile fueron compradas por otra importante empresa chilena, Gasco, la que se mantuvo hasta 2010.

de capacidad, con sus sistemas de secado de pasta, precalentamiento de material y recuperación optimizada de calor. En la primera mitad del año ya se habían puesto en marcha las nuevas instalaciones de molienda húmeda, flotación y filtración, en tanto que las nuevas instalaciones de cemento y ensacado habían comenzado a operar antes del término del ejercicio 1982, como fue informado en su oportunidad (Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A., 1983: 8).

Ahora bien, el aspecto institucional y tecnológico es solo una cara de la historia de Cerro Blanco. La otra dice relación con su lado humano, con cómo estos cambios reseñados impactaron en el día a día y cómo la organización de los trabajadores, a su vez, empujó transformaciones dentro de la empresa.

2.2. Los trabajadores de Cerro Blanco

Probablemente todos hemos visto alguna vez un saco de Cemento Polpaico con su emblemático «Fortachín» en primer plano, pero pocos sabemos que para llegar a producir ese saco hay un largo camino en el que participan muchas personas.

En términos simples, el proceso se inicia con la extracción de la piedra caliza desde el cerro, la que luego es triturada (para disminuir su tamaño) y depositada en un centro de acopio. Con posterioridad va a la molienda, donde se mezcla con agua para formar la pasta de caliza, pasando más tarde a unas celdas de flotación en las que se separa el carbonato de calcio de otros elementos, a fin de mejorar su concentración. El producto resultante se dispone en unos estanques espesadores —parecidos a una piscina—, donde se reduce su humedad por decantación, yendo luego a unos silos de mezcla en los cuales la pasta de caliza se junta con otras pastas. En un tambor giratorio este material se transforma en un polvo muy fino llamado crudo, que se dirige enseguida a la etapa de cocción en los hornos. Allí, a altas temperaturas, se forma uno de los componentes más importantes del cemento: el Clinker. Por último, se enfría y se junta con yeso y puzolana en los molinos y se muele, creando finalmente el cemento⁷, el que puede ser puesto en sacos o trasladado a granel.

A lo largo de la historia de Cerro Blanco, este proceso ha sido posible en virtud de los miles de personas que trabajan en los distintos puntos de la cadena: extracción de cal, hornos, laboratorios, entre otros. Sin embargo, la modernización y los cambios tecnológicos han provocado que algunos métodos de trabajo sean muy diferentes a los del inicio.

7. Dependiendo de la cantidad de componentes se producen distintos tipos de cemento: especial para usos generales y P400 para altas resistencias.



Fig. 18
Sacos sobre
camión de
transporte,
ca. 1960.

Acaso una de las áreas donde más se han puesto de relieve tales cambios es en la primera etapa: la extracción de cal. Quienes recuerdan los primeros años de Polpaico cuentan que el proceso era bastante rudimentario; la extracción se efectuaba «a pulso», es decir, debían adentrarse de doce a catorce metros en el cerro y algunos niños y jóvenes llamados «marinos» removían la tierra del túnel (*Revista Concreto*, 1995). Las piedras que se extraían de los «piques» se tronaban con explosivos y luego el minero debía hacer manualmente la selección de la caliza. Antes de pasar a la siguiente etapa, la piedra debía ser molida, lo que, en sus inicios, se realizaba con un combo o martillo (Agustín Emblico, 2021).



→
Fig. 19
Camión de
carga de
material,
ca. 1960.

La complejidad de estas labores demandaba una gran cantidad de trabajadores, llegando en un momento a ser más de mil mineros. Era una labor ruda, arriesgada, como lo eran en ese tiempo la mayoría de las actividades de la minería. Así se lo contaba Andrés Severich a su nieta Jessica:

Mi abuelo se fue a trabajar después a la misma empresa, empezó a trabajar, le llamaban de “cachorrero” de la mina, él encendía las mechas para los explosivos, para explotar la caliza y sacar el material para hacer el cemento. Nos contaba una vez que pasó un susto muy grande, porque dice que casi salió volando, porque tenía que prender la mecha y arrancar a esconderse detrás de otras rocas para protegerse de que no le cayeran los escombros de la roca, y él dice que una vez iba corriendo y se le quedó atorado un zapato en la roca, el pie, dice que él iba a salir volando ahí, que por suerte logró sacar el pie y le quedó el zapato metido en la roca y escapó (Jessica Severich, 2021).

Años después aparecieron tecnologías y maquinarias que simplificaron el trabajo y mejoraron las condiciones de seguridad, pero que prescindieron de gran parte de los mineros. Algunas de las mejoras fueron la llegada de una perforadora que permitía sacar la piedra del cerro y la incorporación de la planta húmeda que hizo innecesaria la selección manual. De ahí que ya no se requiriese de fuerza humana para esta labor, según se detalla en la *Revista Concreto* (1995).

Eran múltiples las funciones para dar vida a Cerro Blanco. Además de aquellas relacionadas con el proceso mismo de producción, se encontraban otras de tipo administrativo o de servicios igualmente relevantes para que la fábrica y la población funcionaran en armonía. Estaban por ejemplo las tarjeteras, encomendadas de entregarles adelantos de sueldo a los trabajadores que lo solicitaban; y las asistentes sociales, quienes velaban por el bienestar de obreros y familias.

Una de las características de los trabajadores de Cerro Blanco ha sido el férreo vínculo entre generaciones. Habitual era que los hijos siguieran los pasos de sus padres y se desarrollaran también en la empresa. Si bien tal tradición se ha ido perdiendo, aún es factible encontrarse con hijos e incluso nietos de extrabajadores.

O sea, era como el sueño, porque uno veía que era un trabajo estable, aparte que uno cuando venía para acá era una familia y un mundo como dicen de “Bilz y Pap”, algo bonito que yo creo que a cualquier persona entusiasmaba en venirse para acá [...] Uno de chico fue familiarizándose con este tema porque, cuando teníamos siete, ocho años y los papás tenían turnos de



noche, estábamos en la mina y en pleno verano, uno con short y chalas, y nos colocaban los papás sentados al lado de la máquina perforadora y ahí uno trabajaba con ellos, incluso al almuerzo le llamaban las viandas, a uno la mamá lo subía al bus y uno venía con la vianda y se la venía a dejar al papá en el sector que trabajaba y uno recorría todo el lugar, con short, con chalas..., así que de chicos estábamos con la empresa aquí en la mente (Jorge Arroyo, 2021).

Pero ¿qué pasaba con las mujeres? Aunque en la actualidad la participación femenina es cada vez más frecuente en las diversas áreas de la empresa, lo cierto es que en la trayectoria de Cerro Blanco los hombres han sido predominantes en los procesos de producción, mientras que las mujeres se han concentrado en los cargos administrativos. Así lo comenta Leonor León —la única mujer que trabajó más de cuatro décadas en Polpaico—, pese a lo cual destaca el gran sentido de compañerismo que existía:

Como en 1980 me parece que debemos haber sido unas veinte [mujeres]. No más que eso, pero todas a nivel administrativo, o sea, todas éramos de oficina; entonces, ahí éramos distintos cargos, pero tremendamente unidas, nos reuníamos, almorzábamos, nos reíamos, nos poníamos de acuerdo, íbamos a lo que fuera, todas juntas, éramos superunidas en ese sentido y siempre atentas, muy cariñosas. De eso me acuerdo, de que se compartía mucho la Navidad o los cumpleaños y uno no olvida que había, quizás más que el detalle, el corazón..., la unión que había, la armonía que había, éramos superparticipativas entre todas (Leonor León, 2021).

Lamentablemente, dentro de esta historia han ocurrido momentos adversos que afectaron a toda la comunidad. Una de las tragedias más tristes fue el accidente ferroviario del 16 de septiembre de 1955, cuando una micro que trasladaba a trabajadores entre Tilti y la planta fue impactada por un tren en el cruce ferroviario de Polpaico. El resultado del terrible suceso fue el fallecimiento de dieciséis trabajadores y varios heridos. Juan Vargas, trabajador de Polpaico en esos días, nos narra que la mayoría eran los llamados «coreanos»: mineros que trabajaban en el rajo norte de la mina⁸. Respecto del día del accidente nos comenta:

Yo había llegado a las cuatro de la mañana, estaba trabajando por turno en ese tiempo, mi papá me despertó y no sentí mucho y él fue a ver todo lo que estaba pasando. Salieron inmediatamente los camiones llevando gente para ir a ayudar [...] Se salvaron los que venían en el último asiento, que, como la micro se partió, había un poste y con el poste se cortó la micro, y las personas que venían en el último asiento quedaron ahí, heridas pero no graves; pasamos un Dieciocho negro también [...] (Juan Vargas, 2021).

La mayoría de los fallecidos fueron velados en la Escuela Básica y luego trasladados al Cementerio de Tilti. Reinaba entre los habitantes una honda tristeza, acrecentada por el hecho de que muchos muertos o heridos eran familiares, amigos o compañeros de trabajo. Como nos cuenta Juan Vargas, la pena no impidió que surgieran gestos de ayuda entre los cerroblanquinos, como lo fue un evento de beneficencia realizado en el teatro para ir en ayuda de las viudas.

El suceso tuvo un alcance comunal y el alcalde de ese entonces decretó la suspensión de las celebraciones de Fiestas Patrias en toda la comuna. Hoy en día el accidente y sus víctimas son rememorados a través de un monolito ubicado en el sitio del accidente.

8. Esta denominación aludía a la guerra de Corea (entre Corea del Norte y Corea del Sur), que se desarrolló de 1950 a 1953.

↑
Fig. 20
Fiesta de la Primavera en Cerro Blanco.

2.3. La labor de los sindicatos

Prácticamente desde los orígenes de Cerro Blanco existió una organización sindical destinada a velar por el bienestar de sus trabajadores. Podría decirse que el sindicalismo es parte de los elementos fundacionales de la empresa y de su identidad. Sin la valiosa labor de los sindicatos la historia de la planta y el pueblo no hubiese sido la misma.

Como mencionamos, la organización sindical en Cerro Blanco se dio desde el arranque. El primer paso fue el Sindicato Profesional de Obreros Caleros de Polpaico, formado el 1 de diciembre de 1944, cuando recién se estaban iniciando las obras para la construcción, excavación y reconocimiento de la planta de cal (Vera, 1990). Luego, el 3 de septiembre de 1947, nació el Sindicato Industrial de Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A., conocido también como Sindicato n.º 1, el que existe hasta hoy. Los primeros trabajadores en dirigir el sindicato fueron Ramón Rojas, Juan Peñailillo, Antonio Martínez, Samuel Reinaga y Alfonso Romero (*Revista Concreto*, 1995).

Por su parte, el Sindicato de Empleados de Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A., llamado también Sindicato n.º 2, se fundó unos años después, en 1952. Su historia, en cualquier caso, partió un poco antes, en 1951, cuando el dirigente Juan Jara Juica llegó una noche con su inspector de trabajo y se nombró al primer delegado del Personal de Empleados de Cemento Cerro Blanco. En ese momento se colocó la primera piedra de lo que sería el sindicato, y el 30 de mayo de 1952 este se fundó de forma oficial. El primer directorio estuvo conformado por José Passarini (presidente), José Blanco (secretario), Alejandro Romero (tesorero) y dos directores: Juan Cabeza y Rafael Ramírez (Sindicato de Empleados, 1979). En este periodo inicial fue decisivo el apoyo que prestó el Sindicato Industrial, cuyos dirigentes aportaron con la experiencia y el conocimiento que habían adquirido en sus cinco años de existencia.

Al principio, el ingreso a cada sindicato se daba de modo automático: los obreros entraban al Industrial⁹, mientras que los empleados se incorporaban al Sindicato n.º 2. Esto hacía que surgieran diferencias entre los miembros de un sindicato y otro; generalmente, a favor del 2. Tales diferencias se expresaban tanto en sueldos como en acceso a viviendas y espacios dentro del pueblo de Cerro Blanco, como veremos más adelante. Con el tiempo las diferencias se fueron atenuando, en especial cuando el ingreso a los sindicatos comenzó a ser opcional, como explica Carlos Valencia, dirigente del Sindicato n.º 1:

Cambió la legislación y todos pasamos a llamarnos trabajadores, aquí había trabajadores, ni obreros ni empleados... Entonces al pasar eso, todos



podieron integrarse a cualquier sindicato y hoy día cualquiera puede ser del sindicato 1 o cualquiera puede ser del sindicato 2 (Carlos Valencia, 2021).

Logros sindicales

Cabe reiterar que en Cerro Blanco los sindicatos han desempeñado una labor importante en la obtención de derechos y beneficios laborales, lo que ha sido un esfuerzo combinado entre trabajadores, dirigentes y empresa. Uno de los desafíos ha sido acortar la brecha entre las distintas ocupaciones, como relata Juan Valencia, quien fue presidente del Sindicato n.º 1, comenta que años atrás los empleados recibían dos sueldos y medio más que los obreros como gratificación de fin de año:

Así que eso encontrábamos malo nosotros, y gracias a la labor sindical fuimos hasta que dimos vuelta la cosa, y a la gente nuestra también ya después le dieron los dos sueldos y medio mensuales de gratificación en diciembre. Por lo menos ahí se equiparó la situación (Juan Valencia, 2021).

9. El Código del Trabajo, promulgado el 13 de mayo de 1931, definía respecto a los sindicatos industriales que «los obreros de cualquiera empresa de minas, salitreras, transporte, fábricas, manufacturas, talleres y demás empresas industriales o comerciales que registren más de veinticinco obreros, podrán constituir una asociación que tomará el nombre de “Sindicato Industrial”, con la indicación de la empresa correspondiente».

↑
Fig. 21
Aniversario de
Sindicato n.º 1,
1959.

Las negociaciones no solo estuvieron referidas a problemáticas propias de los obreros y empleados, sino también de sus familias, entendiendo que el bienestar de los trabajadores debe concebirse de modo integral. En este ítem los beneficios asociados a la educación de los hijos —como becas escolares— se hallan entre los más valorados por los trabajadores. Es cierto que se trataba de beneficios suministrados por la empresa, pero los sindicatos cumplían una función indispensable al incluir el tema dentro de sus negociaciones colectivas, tanto para hacerlos perdurar en el tiempo como para aumentar su cobertura. Si al comienzo constaba principalmente de una ayuda escolar, luego se fueron sumando becas secundarias y universitarias (Sergio Maldonado, 2021). Incluso, en algún momento los sindicatos pasaron a tener una participación directa en una comisión encargada de seleccionar a los becados (Vera, 1990).

Dentro de los beneficios mas significativos fueron las cabañas de veraneo del Sindicato n.º 1 en Papudo, construidas en 1967. Para que funcionara realmente como un centro de veraneo se debían tener construcciones que recibieran a los trabajadores y sus familias. Héctor Troncoso, dirigente sindical en ese entonces, nos relata que tal asunto se negoció con Fernando Tietzen, acordándose que el bono de producción anual, que normalmente se entregaba a los trabajadores, se utilizaría para construir las cabañas. Este hecho lo visualiza Troncoso como un triunfo y una herencia del sindicato para las generaciones sucesivas. Años más tarde el Sindicato n.º 2 también construyó cabañas en el mismo balneario.

Papudo se conserva hasta el día de hoy como un lugar muy valorado, un hito en las negociaciones sindicales. Aún en el presente, las familias visitan Papudo para pasar sus vacaciones de verano e incluso se mantiene en los contratos colectivos la locomoción gratuita hasta la localidad.

El Sindicato Industrial no solo estaba preocupado de los asuntos internos que concernían a los trabajadores y habitantes de Cerro Blanco. También se abocaba a temáticas de alcance nacional. Era parte, por de pronto, de la Confederación Minera de Chile, creada en 1938 para reunir agrupaciones mineras de todo el país. Más allá de lo formal, este sentido colectivo se hizo patente en los lazos de solidaridad que se urdieron con otros sindicatos del rubro. Probablemente el más importante ha sido el que los conecta con los mineros carboníferos de Lota.

Hecho ilustrativo de esta vinculación fue el gesto que tuvieron los trabajadores de Polpaico con las familias lotinas que padecían la gran huelga de 1960. Ese año, la cuenca del carbón vivió una huelga de noventa y seis días, que acabó resultando devastadora. A la escasez de recursos ocasionada por la paralización, se sumó el terremoto de Valdivia, de modo que las familias



↖ ←
Fig. 22
Retrato
Jaime Gómez y
Sergio Maldonado.

quedaron en una situación muy crítica. Para continuar resistiendo, se ideó más de una estrategia: las mujeres por ejemplo, a través de las Comisiones Femeninas de Defensa de la Huelga, organizaron ollas comunes y recolección de alimentos. Dado que la falta de comida se hizo pese a todo insostenible, la asamblea tomó la decisión de enviar a los niños a familias de acogida en Talcahuano, Concepción, Tomé, Penco, Valparaíso y Santiago.

A más de quinientos kilómetros de distancia, los trabajadores de Polpaico se mantuvieron al tanto de las paralizaciones y el Sindicato n.º 1, junto con sus socios, sondeó alguna manera de ayudar a los lotinos. La propuesta fue plegarse a la iniciativa de acoger a los hijos mientras la huelga durase. Dagoberto Vargas, quien escuchó esta historia de su padre, nos la relata:

Esa propuesta fue aceptada por el sindicato y fue comunicada a la directiva que estaba en huelga en Lota, y la gente de allá obviamente con lágrimas en sus ojos y el llanto en toda su piel, no tan solo en su garganta y en sus ojos, sino que en toda su piel, así lo cuentan, le comunican después en una Asamblea a sus familias, diciéndoles: “Hay un sindicato en Santiago que se llama Cemento Polpaico, un sindicato de obreros, nos ayudan con que ustedes se vayan para allá y no pasen todas las penurias que están pasando acá” (Dagoberto Vargas, 2021).

Finalmente, la historia señala que se recibieron más de sesenta niños lotinos en el pueblo. Estos niños vivieron durante algunos meses en los hogares cerroblanquinos, cada uno como un miembro más de las familias, formándose lazos que en algunas oportunidades fueron duraderos. Así lo advierte Dagoberto, cuya familia recibió a un niño con el que hasta hoy —transcurridos más de sesenta años— mantiene comunicación, y a quien trata en realidad como a un hermano. Por su parte, Héctor Troncoso, quien participó de esta iniciativa como dirigente, comenta que una vez que la huelga finalizó —luego de tres meses—, los niños acogidos fueron llevados nuevamente en tren a sus hogares en Lota y que, pese a lo gratificante que fue el regreso, no dejó de ser penoso dejarlos ir, puesto que el cariño ya era mutuo.

Este episodio llena de orgullo a los trabajadores, ya que reafirma, entre muchas otras cosas, el sentido de solidaridad que caracteriza a los sindicatos y al pueblo de Cerro Blanco. Carlos Valencia y otros dirigentes sindicales cuentan que los gestos solidarios con los mineros del carbón fueron recíprocos. De hecho, el vínculo ha tenido hitos recientes. Así lo comenta Jaime Gómez, presidente del sindicato n.º 1, quien declara que para el terremoto del 2010 llevaron ayuda a las familias de Lota afectadas por la catástrofe. Jaime

Arroyo, dirigente del sindicato n.º 2, agrega que asimismo realizan actividades solidarias con escuelas lotinas de escasos recursos, en las que se les entregan premios a niños con buen rendimiento escolar.

Los protagonistas de esta vida sindical consideran que, por lo común, las relaciones han sido buenas entre ellos y la empresa. A menudo se ha llegado a acuerdos, y las huelgas han sido más bien esporádicas. Algunas, no obstante, han quedado en la memoria de los dirigentes antiguos y actuales, ya sea por lo que significaron para cada uno de ellos en su momento, o por el impacto general que tuvieron.

Las primeras huelgas se registraron desde antes que la fábrica comenzara a operar: en 1946 y 1948, con una duración de cincuenta y ocho y catorce días respectivamente. Más tarde, con la planta ya en funcionamiento, se realizaron dos más, en 1952 y 1959 (Vera, 1990). La más recordada de todas fue la llamada «huelga larga» que se extendió desde fines del 59 hasta febrero de 1960. Juan Vargas comenta que la huelga duró cerca de setenta y seis días. Quienes vivían afuera o tenían familiares dispuestos a recibirlos, optaron por marcharse de Cerro Blanco. Por su parte, los que no disponían de esa opción debieron quedarse en el pueblo. Un aspecto de la huelga fue que coincidió con Navidad y Año Nuevo, tal y como lo relatan Juan Vargas y su esposa Clemira Monares:

Fue un momento muy difícil, nunca me voy a olvidar de eso [...] La señora de Gildemeister puso un comedor ahí para los niños, así que por eso se alivió por lo menos la parte de los niños. Y por primera vez les dieron juguetes, me acuerdo, y nosotros con unos compañeros de trabajo nos pusimos a hacer trabajos de madera, juguetes de madera, hicimos unos juguetes de madera, los pintamos y los entregamos al sindicato para que los repartiera a las familias más numerosas, esa es la parte que podíamos aportar nosotros (Juan Vargas, 2021).

Teníamos cinco hijos, y mi hermana no encontró nada mejor, mis dos hermanas de Tilti, que ir a acompañarme por la situación y todo. Se fue a pasar a mi casa, pero ellos juraban que yo iba a estar en otra casa e iba a haber comida. Mira, si yo hubiese tenido fósforos para prender un papel, para calentar agua, no lo tenía, a ese extremo, con cinco hijos, un hermano del Johnny [su esposo] me salvaba para la leche de los niños (Clemira Monares, 2021).

Frente a este panorama brotaron los gestos de solidaridad. Además de la ayuda que Eugenia Gildemeister dio a los niños del pueblo, los trabajadores e incluso personas ajenas a la empresa buscaron colaborar de diversas maneras con las familias.



➤ ➔

Fig. 23
Retrato
Héctor Troncoso y
Dagoberto Vargas.

Yo estaba de dirigente en esa oportunidad y la ayuda que nos hacían otros gremios..., traían compañeros a la feria, a Santiago, al mercado y ahí les regalaban cosas y traían, llegaban con sacos de mercadería, los campesinos también nos hacían llegar y aguantamos la Pascua y Año Nuevo. Ahora, ¿cómo nosotros podíamos explicar a los niños lo que pasaba? Entonces conseguimos juguetes, por ahí por allá, en otras partes, nos ayudaron [...] (Héctor Troncoso, 2021).

Con todo, las huelgas no han sido, como indicábamos, un fenómeno recurrente en la historia de Cemento Polpaico. De hecho, los dirigentes del Sindicato n.º 1 nos comentan que, tras aquella «huelga larga», la siguiente paralización se daría recién el año 2005, extendiéndose nada más que por siete días.

Por su lado, el Sindicato n.º 2 tuvo su huelga más extensa el año 2018, la que alcanzó una duración de algo más de veinte días (Jorge Arroyo, 2021).

Para los mencionados dirigentes se debe rescatar, en el marco de las relaciones entre empresa y sindicatos, la capacidad de llegar a acuerdos en la mayoría de los casos, teniendo como horizonte el mayor beneficio para los trabajadores de Polpaico.

Es importante porque los sindicatos han tenido la madurez de [llegar a acuerdos] independiente de los dirigentes que hayan tenido, porque han tenido dirigentes y después se han bajado algunos, pero yo creo que los sindicatos hemos tratado de mantener una buena relación con la empresa (Jaime Gómez, 2021).

Si bien el centro de la labor sindical ha radicado en las condiciones laborales de Cerro Blanco, es innegable su dimensión política, sin descuento de los macroprocesos nacionales que han hecho sentir su influencia en la organización. Un periodo remarcable en el devenir del sindicato fue el de la Unidad Popular. Como ya mencionamos, Cemento Polpaico fue intervenida por el Estado en 1971, lo que conllevó la instalación de los interventores Hernán Durán de la Fuente y Galvarino Riveros, y el nombramiento del presidente del Sindicato n.º 1, Héctor Troncoso, como su ayudante. Para varios de los trabajadores esta fue una potente señal que reflejaba los aires de cambio que traería el gobierno de Salvador Allende y las oportunidades inéditas que se abrían a la clase obrera.

Hemos establecido que Cerro Blanco encarna de algún modo los procesos que vivió Chile durante la segunda mitad del siglo XX. Si los albores de la década del setenta se caracterizaron a nivel nacional por la creciente polarización política, en Cerro Blanco este periodo tampoco estuvo exento de

tensiones. Por ejemplo, el exdirigente sindical Sergio Maldonado nos cuenta que junto a otros trabajadores —con los que no estaba del todo de acuerdo en cuanto a las decisiones que se estaban tomando en la empresa— formaron el Frente Unitario de Trabajadores Independientes (Sergio Maldonado, 2021). Otra circunstancia que confirmó las divisiones internas fue que el Sindicato n.º 2 se manifestó como opositor al gobierno de Allende, a diferencia del Sindicato n.º 1 (Dagoberto Vargas, 2021).

El 11 de septiembre de 1973 detuvo en seco este proceso y marcó fuertemente a Cerro Blanco, siendo aún evocado por aquellos trabajadores y habitantes que lo vivieron. Por su carácter estratégico, y por la adherencia política que tenían varios dirigentes con partidos de izquierda, la empresa se transformó en un foco de interés. Al igual que en el resto del país, ciertos dirigentes fueron detenidos, como Hector Troncoso, quien estuvo además exiliado.

Bien vale reiterar la labor que los sindicatos han cumplido como puentes entre la empresa y los trabajadores. Tanto los dirigentes antiguos como los actuales, de ambos sindicatos, concuerdan en que el eje no ha sido otro que el bienestar de los afiliados, abogando por nuevos beneficios. En las palabras de sus miembros se palpa el espíritu colectivo que ha guiado sus pasos. «Todo lo hicimos por los trabajadores, por la felicidad de que tuvieran las mejores garantías, un sistema de vida, un sistema de educación, como corresponde, y eso se consiguió», comenta con orgullo Héctor Troncoso.

La preocupación por el bienestar se prolonga también al ámbito social. Por ello, junto con las tareas de negociación, los sindicatos se han transformado en espacios de sociabilidad y compañerismo a través de actividades como los aniversarios del Sindicato 1 —celebrados entre octubre y noviembre— y los del sindicato 2 —celebrados el 30 de mayo—, además de otras instancias como Fiestas Patrias y Navidad, donde los miembros se encuentran y comparten.

Tal como en el capítulo anterior, en este apartado hemos querido refrendar el gran valor histórico que ha tenido Cerro Blanco de Polpaico. Si en los primeros años resulta claro el lazo con los procesos económicos y sociales de mediados del siglo XX, los acontecimientos que hemos descrito en el segundo capítulo se encuentran estrechamente relacionados con los fenómenos que vivió el país desde la década de 1960 en adelante. La empresa se fue consolidando entonces como una de las industrias claves de la zona y una de las principales cementeras del país. Esto fue posible por el esfuerzo de miles de hombres y mujeres resilientes en los momentos difíciles y siempre dispuestos a trabajar con un espíritu de cooperación. ■



←
Fig. 24
Vista aérea
Cerro Blanco.

↗
Fig. 25
Talleres Escuela
Industrial, 1958.



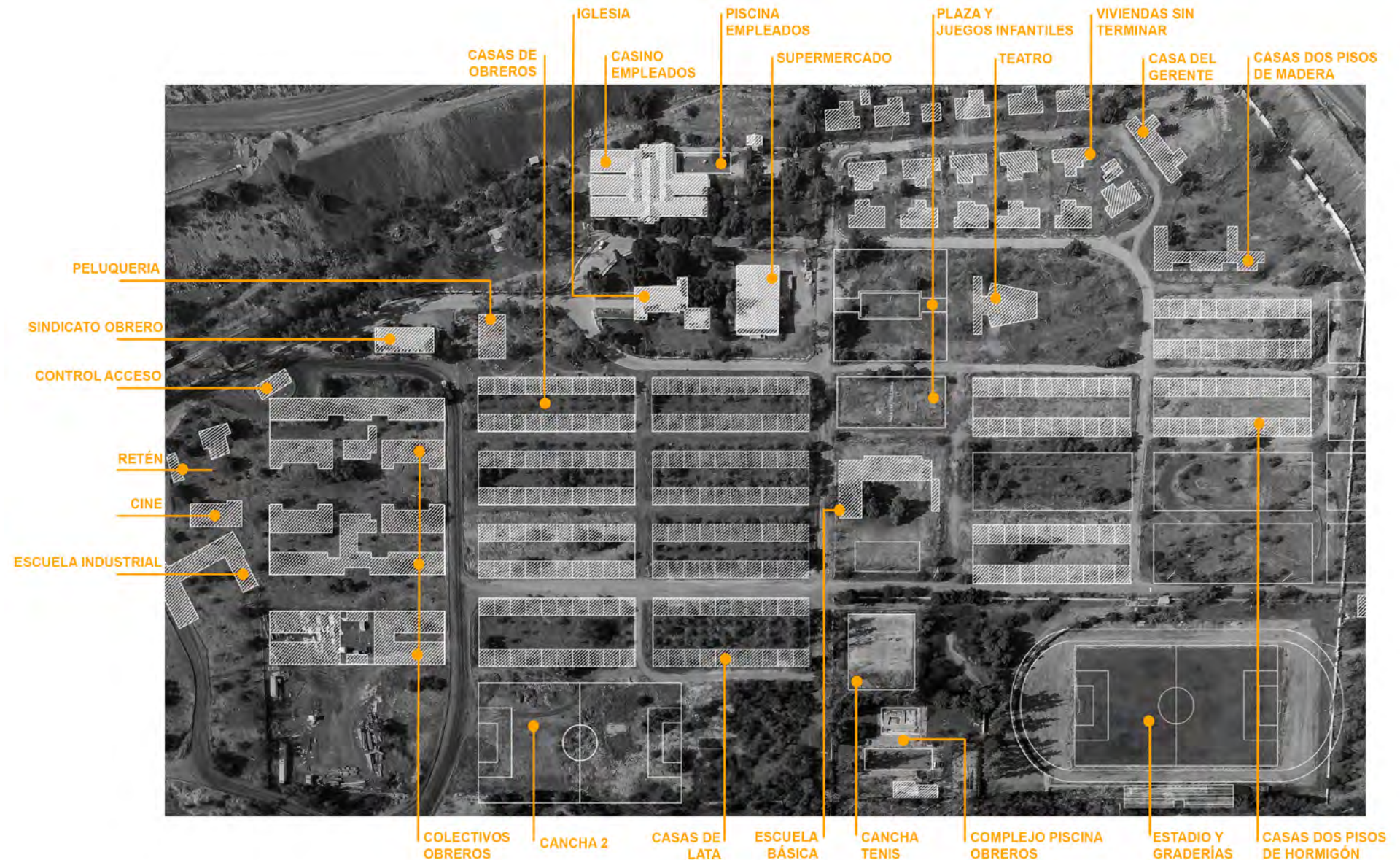
Un pueblo
industrial

3.1. Los inicios

La población de Cerro Blanco, a diferencia de la concepción típica de un *company town*, no partió como una obra de urbanismo planificado. De cierto modo fue un crecimiento orgánico, producto de un proceso transversal que estaba viviendo Chile en el último cuarto del siglo XIX, cuando oleadas de afuerinos migraron a las ciudades en búsqueda de mejores oportunidades laborales, siendo Santiago un polo de atracción. El Censo de 1907 en la capital de la República refleja este fenómeno, al demostrar cómo aumentaba exponencialmente el número de habitantes. Para ese año, había 332.724 residentes. En 1930 este número se había elevado a 696.231 y ya para 1952 los habitantes registrados fueron 1.350.403 (Hidalgo & Sánchez, 2007: 49).

El sector de Cerro Blanco, en la comuna de Tilttil, se inscribe por cierto en el proceso descrito, poblándose, creciendo y configurándose poco a poco con la llegada de trabajadores que se emplearon en la construcción de la planta, una faena que seguiría con su puesta en marcha y funcionamiento. Como ya se ha advertido, muchos de quienes llegaron desde el norte migrando ante el fin del auge salitrero, comenzaron a trabajar en la construcción de la fábrica y mineros.

Estos trabajadores fueron asentándose en el perímetro de lo que sería la planta y las vetas de extracción, terrenos originalmente ocupados por



→
Fig. 26
Superposición
de trazado
actual con
plano histórico
de la población.



Fig. 27
Campo abierto,
ca. 1960.



humedales y zonas de arborización nativa. Buscaban allí la sombra, al amparo de potreros y algarrobos (Jessica Severich; Berta Bugueño, 2021).

El abuelo llegó ahí en el año 48 [...] y empezó a trabajar limpiando el terreno para la construcción, en ese tiempo había muchos espinos, muchos algarrobos, entonces a él lo contrató la empresa para que cortara los árboles, limpiara y, aparte, hiciera el carbón; hicieron un horno y también cocían el carbón (Jessica Severich, 2021).

El rápido incremento de la población en las ciudades a nivel nacional no fue siempre acompañado de una extensión de los servicios y equipamientos urbanos. La precariedad de las viviendas y la falta de servicios básicos era algo común en los sectores más populares de la sociedad, lo que se replicaba en las zonas donde se asentaba la minería.

Los últimos meses del 47, no sé si era noviembre o diciembre, no me acuerdo, le dieron [a su papá] las famosas casas de lata de Cerro Blanco, que era un dormitorio y una cocina-comedor, y ahí [...] había una llave al medio de la calle donde iba a lavarse, a sacar agua para tomar, todo el cuento, y ahí, bueno, empezó la vida nuestra en Cerro Blanco (Juan Vargas, 2021).

Los primeros trabajadores comenzaron el poblamiento de los terrenos aledaños en base a edificaciones muy precarias construidas con cualquier material disponible (madera, ladrillos, calaminas, hasta totoras del humedal), sin los servicios ni las instalaciones pertinentes. La familia Severich, por ejemplo, vivía en una construcción fuera de la planta, edificada con latas y emplazada debajo de un algarrobo. Juan Vargas, quien llegó siendo un niño a Cerro Blanco, comenta que las primeras familias construyeron sus viviendas con ladrillos que encontraban botados, a los que les ponían un improvisado techo.

Eran construcciones de materiales livianos —como solía ser en el norte—; recintos que, como nos cuenta Haydee Huerta, constituían un espacio de alrededor de 3x2 m². La idea era que solo fuesen un refugio para protegerse de la lluvia, el viento, el sol durante el día y el frío durante la noche:

Yo llegué el 20 de abril de 1944, veníamos del norte, mi papá vino de vacaciones y lo dejaron al tiro y él fue el primero que expuso los motores para la casa de fuerza, para que tuviera luz. Cuando llegamos ahí, había ocho casas, o sea, no eran casas, eran unas piezas... Mucho antes que Siberia (Haydee Huerta, 2021).

Después de las improvisadas viviendas, se construyó un campamento en el sector donde actualmente se encuentra la Administración que tenía un pilón de agua en el centro desde donde se sacaba agua. Estas primeras «casas de lata», ocuparon como referentes a las poblaciones de las salitreras, dando cuenta de la conexión de los trabajadores con esa realidad previa. «Siberia» es el nombre con el que se recuerda este primer campamento, debido al frío intenso que se sentía en estas viviendas de calamina que no contaban con forro interior.

El campamento en un principio estaba donde hoy día le llamamos la administración en la localidad de Cerro Blanco. Ahí se instaló el primer campamento. Hoy día hay unos estacionamientos de la administración que fueron las últimas casas que fueron quedando, y no queda nada de registro de esto. Un poquito más al sur, hoy día todavía queda registro de una casa de huéspedes, donde se venía a alojar el patrón con sus visitas. Después eso pasó a ser un policlínico que atendía a la población y a los trabajadores, había doctores. Era una cultura nortina donde se tenían todas esas comodidades y condiciones. Ahí partió el primer campamento (Dagoberto Vargas, 2021).

Siberia fue un lugar donde se forjaba la identidad colectiva, los vínculos entre los oriundos de Tilti y los afuerinos. Los exhabitantes cuentan que existía un mercado que proporcionaba verduras, carnes y otros bienes afuera de la población, lo que da cuenta de un sistema de abastecimiento y convivencia:

Siberia le pusieron los viejos allá..., no sé por qué..., pero le pusieron población Siberia..., eso de que era muy helado. Ahí cerca había un mercado donde vendían verduras, carne, estaba fuera de la población (Alfredo Severich, 2021).

Luego de lo que llamaremos la etapa de Siberia, surgieron las que se conocen como «casas de calamina» o segundas casas de lata que se instalaron en la ubicación definitiva de la población, en las calles Eleuterio Ramírez, Simón Bolívar y Manuel Rodríguez. Estas se construyeron aproximadamente a fines de la década de los cuarenta y constaban de un dormitorio y una cocina-comedor. Los baños seguían estando separados, en un galpón, y se construirían de modo más formal un tiempo después. Las construcciones de calamina contaban con muros interiores de volcánita y, según se menciona, tenían divisiones como las de las casas pareadas (Juan Vargas, 2021).

Esas casas de lata tenían comedor, un dormitorio y una cocina; agua potable no había, no había servicios higiénicos por casa, sino que había servicios higiénicos que hicieron después, pero para todos (Alfredo Severich, 2021).



La infraestructura de aquel tiempo consistía en un pilón de agua al centro de cada calle y letrinas. En los testimonios emerge posteriormente un espacio común, de material liviano, donde se ubicaban los baños al centro de cada cuadra, separados para hombres y mujeres. Tal espacio sería reconstruido más adelante en cemento (Clemira Monares, 2021). Los relatos de quienes vivieron en Cerro Blanco afirman que existían doce duchas para hombres y doce para mujeres, duchas que eran administradas por dos trabajadores del sector que controlaban la entrada, la señora Elba y don Reginaldo Vicencio.

Si bien había casas al interior de la planta, muchas se encontraban fuera del predio. Allí se establecían familias que paulatinamente iban siendo incorporadas al campamento minero en una modalidad más «formal».

La cosa fue cambiando; de esas casas de lata que nos dieron ahí, con una pieza y una cocina-comedor, después hicieron algo más grande y más decente y ahí hicieron los baños públicos que hablaba yo denante, que tenían corridas de baño y ducha al otro lado, al frente, puras mujeres y más allá, más lejos estaba el de los hombres, allá había que ir a bañarse, con agua helada no más po, no había agua caliente (Juan Vargas, 2021).

Fig. 28
Oficina

Puntunchara:
campamento
de trabajadores.

Cuando se pasa a casas de un piso, el plano comienza a crecer, se suman las calles O'Higgins y Arturo Prat mientras los baños comunes siguen existiendo, pero ahora con calderas para tomar duchas calientes. Estos baños se encontraban frente al Sindicato 1, edificio que hasta hoy alberga a los trabajadores afiliados, muchos de los cuales son hijos y nietos de quienes comenzaron su vida laboral en Polpaico. Don Agustín Emblico nos refiere que parte de su trabajo fue mantener esas calderas.

Así, los exhabitantes dan cuenta de las mejoras del poblado, que, a diferencia de otros asentamientos mineros como los *company towns*, fueron progresivas. La planificación, tal como los vestigios actuales indican, vendría años después de la llegada de los primeros pobladores. Generalmente se construía sobre la marcha y sin una planificación urbana, desde una lógica donde las edificaciones originales definen el desarrollo del total.

Yo les puedo mostrar, cuando lo veamos, cuál fue la primera administración donde estaban los gerentes, después cuando pasó esa administración a otra casa y después a donde está hoy. ¿Qué pasa? Que se han ido montando tanto en la planta misma como en los edificios una casa sobre la otra; por ejemplo, donde está la administración ahora, antes el segundo piso eran departamentos de los gerentes, tenían ducha, cama, comida, tenían todos unos departamentos, cuatro, cinco, ocho, y donde el estacionamiento que tenían los gerentes hoy son oficinas, entonces han ido evolucionando (Agustín Emblico, 2021).

El campamento gradualmente iría ganando en servicios e infraestructura, y a lo largo de los años, pasaría a ser lo que se recuerda con cariño como el pueblo de Cerro Blanco. Ejemplo de este proceso de consolidación fue el envío de los planos de la población a la Dirección General de Obras Públicas y su aprobación en sesión municipal el 13 de mayo de 1951, según consta en las actas municipales.

3.2. Cerro Blanco como *company town*

Esta población minera presentaría en el futuro calles delineadas, construcciones estratificadas por rango, en las cuales irían variando los tamaños, ubicaciones, cantidades y materiales, acordes con el tipo de funcionario y en algunos casos con el tamaño de las familias respectivas. A fines del año 1948 se comenzaron a construir las casas sólidas que dan paso, junto a las casas de lata, a la población

de Cerro Blanco de Polpaico. En ella existieron seis tipos de viviendas, las que estaban categorizadas por el tipo de trabajo y el sindicato al que pertenecía el trabajador. Así, en un principio las casas de dos pisos eran ocupadas solo por empleados.

Lo anterior era usual en los *company towns* como Sewell, donde la estratificación tomaba además la pendiente de la montaña, o como Humberstone y Santa Laura, donde los trazados urbanos se organizaban en la planicie desde esa lógica. Cerro Blanco se articuló mediante una extensión oriente-poniente de seis calles, y de cinco calles de norte a sur. En mayor medida se estructuraba en una cuadrícula ortogonal, salvo el sector al norte de avenida José Miguel Carrera —destinado a vivienda y equipamiento de empleados y jefes— y el oriente, donde se encontraban el retén, el cine y la escuela industrial. La mayor parte de las instalaciones deportivas (piscinas, canchas de tenis, canchas de fútbol, camarines y el club de pesca y caza) se ubican al sur, mientras que las viviendas de los obreros se encuentran distribuidas en manzanas rectangulares en el centro del poblado.

Acompañando este desarrollo, ya para los años sesenta Cerro Blanco contaba con una infraestructura bastante completa, que sirvió de soporte a la vida cotidiana. Existía un policlínico, escuelas básica e industrial, una iglesia, un supermercado, teatro (cine), canchas de básquetbol, edificios de los sindicatos, jardines y casinos o cantinas. Además de tal infraestructura, Cerro Blanco disponía de un retén de Carabineros y una caseta para controlar el ingreso al poblado, todo cercano a la calle principal en el punto de acceso al oriente del pueblo.

Como fue comentado anteriormente, el *company town* de Cerro Blanco incluía una serie de instalaciones y servicios que permitían vivir de la forma más integral posible. Desde las instalaciones más precarias en los años cuarenta hasta una variedad de servicios que podemos encontrar en cualquier localidad hacia los noventa, Cerro Blanco daba la tranquilidad y acogida que sus familias necesitaban para desenvolverse.

Quizás un elemento importante en la configuración del pueblo fue el agua. El origen de la canalización y distribución de esta, tanto potable como para lavar, se vincula a los canales que pasaban por los patios de las primeras casas, teniendo relación igualmente con los baños públicos. Asimismo, la primera piscina, que entiende de cierto modo al agua como entretenimiento, fue aquella de los empleados, próxima a esos baños. Cabe decir que las piscinas no estaban permitidas para los obreros, diferencia que formaba parte de la lógica de habitar propia de los *company towns*. A fin de evitar animosidades, se gestionó la construcción de una piscina para todos los trabajadores, en uno de los extremos del pueblo.

[...] después se construyeron otras cosas, una piscina; la primera piscina que hubo acá fue en el rancho de empleados, los trabajadores obreros no podían ir a bañarse allá... Con el tiempo construyeron una piscina de obreros, se construye y ahí terminó el roce por lo menos (Sergio Maldonado, 2021).

Así como la construcción de piscinas fue un hito que posibilitó no solo mejoras de infraestructura, sino también de la percepción acerca de las estructuras sociales, la evolución de servicios como los baños generó igualmente un impacto visible en la comunidad de Cerro Blanco. Si bien los exhabitantes lo reconocen como un proceso de dignificación, no dejan de recordar además, con cariño, el aspecto solidario de los baños comunes, el compañerismo, el vínculo entre todos, por mucho que los haya puesto contentos el contar después con infraestructura adecuada a ese respecto. Aun cuando la mayoría evoca con aprecio sus años en las «casas de lata», similar satisfacción se vivió cuando pudieron trasladarse a viviendas más amplias y sólidas.

Mira, mis papás vivieron ahí más o menos desde mediados de los años cincuenta [en las casas de lata] y en el año 62 lo trasladaron a una casa sólida a mi papá, obviamente con nosotros, porque mi papá fue creciendo y especializándose en un tema determinado dentro de sus funciones (Dagoberto Vargas, 2021).

Existía más de una opción de provisión de vivienda para los pobladores. Estaban aquellos que vivían en el pueblo, y otros que venían por unos días o por la semana, los llamados «trabajadores de afuera». Los segundos tenían a su disposición habitaciones especiales, que luego fueron ubicadas frente al sindicato. Se trataba de relaciones laborales propias de las mineras, con jornales fijos que habitaban el pueblo con sus familias, y aquellos que vivían en los pueblos aledaños, o incluso en Santiago y Quillota. Los «colectivos», como les llamaban, se habían pensado principalmente para los solteros; eran cerca de nueve bloques y cada uno tenía ocho piezas, con baños y duchas compartidas (Agustín Emblico, 2021).

En los colectivos había además una sastrería, una zapatería y dos peluquerías, que se sumaban a la infraestructura que daba soporte a la cotidianeidad: “[...] peluquerías, una la tenía la Nelly Plaza y la otra la tenía la Ruth Canales [...]” (Agustín Emblico, 2021). Y, para mantenerse informados del acontecer nacional, lejano a este mundo “burbuja” como muchos lo veían, estaba Lalo López.

Era la persona que llevaba los diarios a la población, llevaba las películas y era el salvavidas de la piscina. Él era una persona joven porque cuando yo llegué con veintitrés años, el promedio de edad de la planta, de los trabajadores era del orden de cuarenta, cincuenta años (Abdón Ruiz, 2021).

Pasando a las residencias, de acuerdo con el testimonio de Ana León, existían chalets para los jefes y ejecutivos y casas de dos pisos para los empleados con algún rango, nuevamente denotando una diferenciación en las construcciones conforme a los puestos de trabajo. Los que tenían cargos de cierta jerarquía, como los ejecutivos de la planta, vivían en lo que los habitantes llamaban «chalets», y que eran alrededor de veinte. Después venía un grupo de casas muy bien acondicionadas, de concreto y de ladrillo, orientadas a profesionales de jerarquía menor.

Los chalets eran utilizados además para las visitas ilustres que llegaban del extranjero:

Llegaba mucho extranjero, de otras empresas de Holderbank, de Brasil, de Suiza, de Alemania, bueno, de distintos países y yo me encargaba de prepararlas... Bueno, allá en la población, no sé si las chiquillas te hablaron de eso, había casas..., los “chalets” que les decían..., los chalets, como estaban muchos desocupados ya, se preparaban, o sea, estaban todos habilitados como para que llegara una persona que pudiera vivir tranquilamente en ese lugar y con comodidades (Silvia Mattig, 2021).

A continuación estaban las casas de un solo piso, también muy buenas, concedidas a otros profesionales, de una jerarquía aún más baja. Y en otro sector, hacia el norte, vivían los obreros. Pero como para entonces ya se contaba con viviendas individuales y con baño por familia, estas diferencias eran cada vez menos un elemento de conflicto, evolucionando hacia un sistema de tipo mixto “[...] Con el tiempo, se fueron mezclando, porque eso fue cambiando en los años ochenta» (Dagoberto Vargas, 2021).

Algo que se mantuvo siempre fue que los servicios básicos eran proveídos por la misma empresa, aspecto muy mencionado y agradecido por los habitantes. Esto, junto con la seguridad de las viviendas, constituyeron una ventaja impagable de la vida en Cerro Blanco.

No te preocupabas de pagar luz, agua; se te echaba a perder una llave, llamabas ahí a la población que se llamaba, venía un gáster, lo arreglaba; tenías cualquier cosa, problemas eléctricos, venía el electricista y te arreglaba todo (Ana León, 2021).

Otro elemento que hablaba de la separación por clases existió con anterioridad a ese proceso de flexibilización, por llamarle de algún modo. Era la noción del «arriba» y el «abajo» que estructura el pueblo. Dos sectores se diferenciaban en torno a una plaza, que se encontraba entre calle Arturo Prat y avenida José Miguel Carrera, la cual marcaba la distinción entre empleados al norte y obreros al sur, identificándose así el sur con «abajo» y el norte con «arriba». Pese a esta compartimentación, la mayor parte de la infraestructura deportiva —en su mayoría común a todos los estratos— se encontraba en el sector sur: canchas de tenis, camarines y dos piscinas, una para adultos (actualmente tapada) y la otra para niños.

Variando un poco el componente de segregación, al oriente de la plaza se ubicaba una cancha de fútbol con orientación oriente-poniente, a la que se refieren como «el estadio» y que contaba con graderías y caseta de comentaristas. Tanto la juventud como los adultos disfrutaban al máximo el deporte más popular del país. El fútbol estaba presente toda la semana en ambas canchas.

Había dos canchas, una que le llamaban “Santa Laura” y estaba el “Estadio Nacional”, que era el principal; así se les llamaba. El “Nacional” tenía graderías y todo, y el “Santa Laura” era una pura cancha, sin graderías ni nada de esas cosas (Dagoberto Vargas, 2021).

También había una cancha de básquetbol y de tenis y los juegos al frente de la escuela, en los que Jessica Severich y otros niños se columpiaban justo antes de entrar a clases. Los deportes eran parte fundamental de la convivencia y el desarrollo de los vecinos y las vecinas del pueblo, como mostraremos más adelante.

Al poniente del estadio se hallaba el club de pesca y caza, compuesto por una edificación de un piso, junto a un pequeño sector de lanzamiento de discos para practicar disparos.

En la cancha de arriba podían jugar todos, pero los de abajo preferían mantenerse en su territorio (Nancy Lulió, 2021). Eso no quería decir que se sintiera una suerte de rivalidad o enemistad entre los diferentes sectores. Al igual que acontecía con la estratificación de las casas, la gente venida del norte conocía el sistema y, de cierto modo, lo entendía y asumía.

De hecho yo tuve interacción con operarios, yo estuve en sus casas, con jefes, estuve en sus casas, ellos tenían unos chalets más grandes; las otras casas eran casas más pequeñas, pero nunca sentí que hubiera una especie así como de rivalidad (Abdón Ruiz, 2021).



Fig. 29
Selección de
fútbol Escuela
Industrial, 1979.



Fig. 30
Retrato
Nancy Lulión.



El policlínico es recordado como un espacio de buena calidad, que atendía a la totalidad de los habitantes, sin distinción de clase. Contaba con practicantes durante todo el día que trabajaban en turnos rotativos, mientras que las otras especialidades (doctor, dentista, controles sanos de niños y matronas) realizaban rondas semanales candelarizadas. En términos de equipamiento, tenía al menos tres ambulancias, para derivar cualquier complicación a un hospital o centro asistencial de mayor complejidad. Este centro de atención y sus beneficios asociados eran motivo de orgullo, a la vez que un signo de unificación de los habitantes.

Había un policlínico extraordinariamente bueno, porque se atendía a todos, a los hijos, a las señoras y a los trabajadores, y ese policlínico estaba ahí, si mal no recuerdo, Fernández Valdés, Olivares, Cuevas, que eran los practicantes por turnos, la María Ester, practicante por turnos los cuatro, y el doctor, el loco Schmidt, así lo conocían, era un doctor que pertenecía a la Fuerza Aérea y ellos atendían, el doctor atendía día martes y viernes, atendía a todos (Agustín Emblico, 2021).

Las escuelas fueron otro elemento central en el pueblo. En 1947 se creó la Escuela primaria 311 de Cerro Blanco, a la que asistieron a lo largo de los años



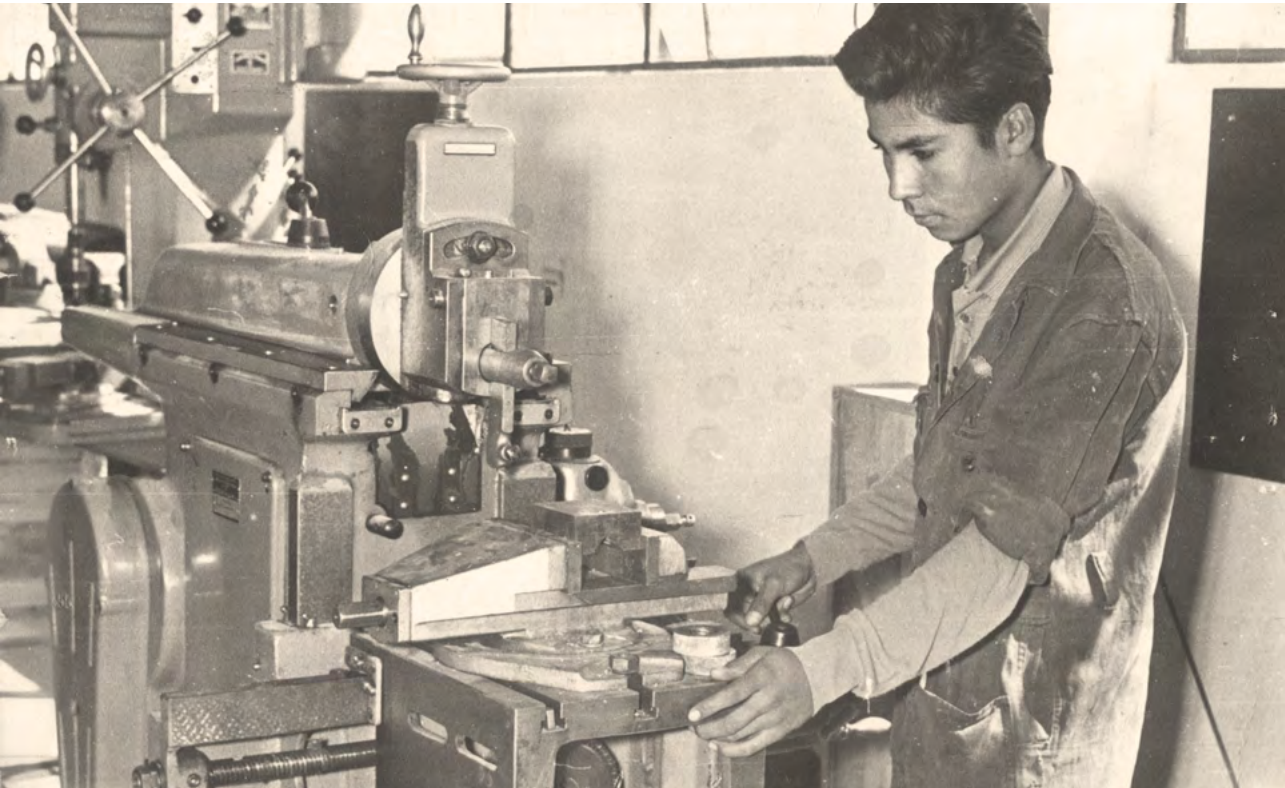
Fig. 31
Curso Escuela
Industrial,
1979.

↓
Fig. 32
Alumno
en taller
de Escuela
Industrial,
1958.

las distintas generaciones de cerroblanquinos. En ella se aprendía, se jugaba y se entablaban amistades perdurables. Por supuesto, los profesores fueron fundamentales en el aprendizaje de los niños y hasta hoy varios se recuerdan con gratitud y cariño, entre ellos Rolando Medina, profesor que impartió clases en las escuelas básica e industrial. Respecto a este recordado profesor, Alfredo Severich nos comenta: «El profesor más querido de Cerro Blanco, porque nos hizo clases a todos nosotros, a mis hermanos mayores que yo, después conmigo, después siguió con mis sobrinos, cómo no quererlo».

La escuela también se preocupaba de la alimentación: “A todos los niños los días viernes nos daban una bolsa transparente me acuerdo, con letras, y era un litro de leche...” (Jessica Severich, 2021).

[En el colegio] al fondo del patio, había un sauce grande, que era como el único árbol más grande que había y nos hacían sacar las sillas chicas de kínder y ponerlas alrededor del árbol y la profesora se ponía a leernos un cuento ahí. También había talleres de baile..., de ballet y de baile español” (Jessica Severich, 2021).



Para continuar los estudios estaba la Escuela Industrial Siegfried Gildemeister, de alta calidad y educación integral. La creó el fundador de Polpaico en 1960 junto a la Escuela Técnica Femenina, siendo los primeros establecimientos secundarios de la comuna. La Escuela Industrial, a decir de Agustín Emblico, contaba con tres especialidades: Construcción Habitacional, Electromecánica, y Máquinas y Herramientas, líneas de desarrollo funcionales a las necesidades de la empresa Polpaico.

Cuando más tarde la Escuela Técnica Femenina cerró, las mujeres de Cerro Blanco se integraron a la Industrial, donde podían optar a las mismas especialidades que los hombres, como nos comenta Leonor León:

Yo estudié Mecánica, egresé como mecánica, eran cursos mixtos y la especialidad dependía de las capacidades de cada alumno, porque algunos, por ejemplo, no tenían gran dominio de las matemáticas, por lo tanto no podían ser eléctricos, o física por decirlo; había construcción (el trabajo en madera), mecánica (el equivalente a mecánico tornero, usar el torno y esas herramientas de maestro) y electricidad; los más cabezones eran los eléctricos, pero así era la especialidad, eran esas tres, pero mixto (Leonor León, 2021).

No solo los jóvenes de Cerro Blanco podían asistir. También venían jóvenes del resto de la Región Metropolitana para aprovechar sus ventajas.

Una enseñanza que era medio extraña, era como particular, porque era exclusiva de los hijos de trabajadores, pero abierta a la comunidad en general; venían niños de Tiltil, de Lampa, Quilicura, Montenegro, Rungue, Lo Pinto, Batuco (Dagoberto Vargas, 2021).

El traslado de los estudiantes, y de los trabajadores que venían de afuera de Cerro Blanco, también era proveído por la empresa, al menos en un principio, hasta que aparecieron otras líneas de transporte público y privado que implementaron el servicio.

Yo salía a las 6.30 de la mañana con todos los muchachos de Cerro Blanco y recogía de Huertos Familiares hasta Santiago. De vuelta iban estudiantes de Santiago a estudiar a Cerro Blanco, así que el recorrido era traer estudiantes de Santiago, pasar por Quilicura y volver a la Panamericana (Alfredo Severich, 2021).

Siguiendo con otros servicios de la población, las cantinas eran los comedores de los obreros, mientras que el casino era el comedor de empleados, encontrándose en este la piscina de los mismos empleados. Se cuenta que en la cantina funcionó por un tiempo la escuela, hasta que tuvo su edificio propio, de modo que se instaló allí el “Coppelia”, manejado por la señora Haydee Huerta y llamado así por el famoso restaurante de la comuna de Providencia. Finalmente, funcionó como el casino de obreros, manteniéndose de esa forma por unos diez años (Haydee Huerta, 2021).

Las cantinas quedaban como en la entrada de la población, estaba primero el retén, por el control, y las cantinas quedaban como hacia el lado [...] Había muchos trabajadores que venían de fuera y estaban de lunes a viernes ahí y se iban los viernes en la tarde, venían buses de otros lugares, los llevaban y los traían a ellos [...] un tío mío era de Quillota y él venía a trabajar y se alojaba ahí (Jessica Severich, 2021).

El teatro era un espacio que en realidad se usaba para proyectar películas. Todos iban a disfrutar de los espectáculos, colmando el recinto. Igual que otros espacios dentro de Cerro Blanco, el teatro fue mejorando con el tiempo, pasando de tener escaños a tener butacas (Juan Vargas, 2021). Si bien era de uso público, se cobraba entrada, como nos lo narra Jessica Severich. Este espacio fue uno de los principales en cuanto a entretenimiento se refiere, y aún se recuerdan con humor ciertas anécdotas, como cuando se quedaba pegada la película y se gritaba «saca la pata del enchufe, cojo».

Cinema Paradiso era una película que nos retrataba muy bien. Cuando niñitos íbamos a ayudar a proyectar las películas. Nos recuerda a nuestra infancia en el teatro (Dagoberto Vargas, 2021).

3.3. Desmantelamiento

Yo venía manejando una camioneta, y venía la Bertita y venían otras personas, venía llena la camioneta y de repente vamos llegando así a una parte, en el camino hacia el casino, y la Bertita pegó un grito, así pero ya casi desgarrador, “¡oooh!”, y yo pego una frenada y miraba pa todos lados, pensaba que había atropellado a alguien, no sabía qué había pasado... “¿Qué pasó...?”. “¡La Escuela Industrial!” —dijo la Bertita—, “¡la demolieron!”. Habían demolido la Escuela Industrial como en, suponte, el día anterior,

Fig. 33
Exterior Iglesia
de Cerro Blanco



qué sé yo, o ella no había ido al casino, así que no la había visto, fue pero impresionante, yo siempre cuento esa cuestión, quedé helado, no sabía si había atropellado a alguien, no sé po, fue un grito tan desgarrador, y yo le dije “¡oh, qué rabia, casi me matái de un susto, yo pensé que había atropellado a alguien!” [ríe]. Y claro, ese tipo de cosas, gente que vivió ahí. Sí, porque la Escuela Industrial fue una de las últimas cosas que se demolió (Abdón Ruiz, 2021).

En la década de 1970, de acuerdo con los testimonios recopilados, comienza el desarme de las casas de lata y el traslado a lo que llamaban «casas bajas». Este primer hito es un presagio de lo que vendría paulatinamente hasta la década de los ochenta. De a poco se fueron demoliendo los diversos edificios que componían el campamento minero, dejando solo unos cuantos en pie. El desmantelamiento total del pueblo se dio en el nuevo siglo, primero en el sector de «los de abajo», cuyos habitantes fueron trasladados a la parte superior, para luego dar paso a la demolición definitiva que finalizó para tristeza de sus habitantes en mayo de 2002.

De los edificios públicos que han desaparecido del pueblo, hay algunos que, por su rol sobresaliente en la vida social e identidad de los habitantes de Cerro Blanco, aparecen con fuerza en la memoria colectiva: el policlínico, las escuelas, el teatro y las cantinas.

Los vestigios del campamento minero no son demasiados, pero sí suficientes para dar cuenta de lo que fue este espacio, suficientes asimismo para abrir la imaginación y visualizar el pasado de Cerro Blanco. Si bien el trazado de las calles se ha desdibujado, aún es posible leerlo desde el aire y en algunos recorridos a pie. La iglesia, el supermercado, los sindicatos, las piscinas y las canchas deportivas todavía resisten y son una especie de contenedor de los recuerdos de sus exhabitantes.

Podemos describir, entre esos elementos que perduran, sus valores patrimoniales, asociados a su historia, su uso y los atributos de su arquitectura.

Iglesia de Cerro Blanco

Se encuentra en el centro del campamento, siendo uno de los edificios más icónicos que se han mantenido. Es de un piso, tiene un coro con vidrio “catedral” y una especie de columnas que le dan un ambiente especial al interior. Está construida en hormigón. Por fuera, tiene en sus muros enchape de piedra; por dentro está pintada blanca, salvo una porción del cielo, que exhibe un color rojizo. Hay un campanario con dos campanas.

La fachada principal resulta muy interesante, con detalles que le otorgan prestancia y valor arquitectónico, en tanto representante de la arquitectura tardía del movimiento moderno. Tiene cruces metálicas a los costados de la puerta y una pequeña marquesina que protege del sol y la lluvia a la entrada. Se halla en buen estado, bien conservada, excepto por algunas grietas y daños menores. Posee, sin duda, valor social y un fuerte significado religioso. El 26 de agosto de 2016 por Decreto Alcaldicio 1217/2016, se declaró Bien de Interés Cultural para la comuna de Tiltil.

Supermercado Unicoop

En términos de la evolución del abastecimiento en Cerro Blanco, se cuenta que en principio hubo gente que vendía alimentos de diferente índole, una suerte de almacén en las afueras, para luego dar paso a una pulpería al interior, semejante a las de los pueblos mineros del norte y de Lota. Con los años fue diversificando su oferta para transformarse en un supermercado más completo, al paso que devenía un espacio más formal y sólido.

Lo tuvimos todo, era el diario vivir; la panadería está ahí, la carnicería está ahí, la leche, la verdura, había un señor que le llamábamos El Guata, con un canastito en su brazo pasaba por las corridas (calles) gritando “llegaron las guatas” [sube la voz para imitarlo], era una cuestión folclórica espectacular. Junto con él había personas que vendían otras cosas: cuchufli y barquillo que vendía don Miguelito, gritaba “cuchufli y barquillo, algo para la chiquilla, algo para el chiquillo”, algo así era el verso que tenía para vender sus cosas. Al principio, antes que hubiese supermercado, la empresa le tenía un almacén, pulpería que se le llama, en el norte le llaman pulpería, y la gente tenía las mismas cosas que el empleador le traía a la pulpería. Después se conformó una sociedad con la que se creó el supermercado Unicoop, con gente de acá mismo (era una cooperativa) (Dagoberto Vargas, 2021).

El supermercado Unicoop, que según los relatos se construyó en los años sesenta, es otro de los edificios que aún se mantiene en pie. Presenta una singular estructura de hormigón armado, que llama la atención por sus grandes luces e imponentes vigas, y por la combinación de muros quebrados de ladrillo y hormigón visto, con textura de entablado a la vista. Es un elemento que además presenta un enorme potencial para ser reconvertido al uso público. Su valor arquitectónico hace de este edificio un objeto que



↗
Fig. 34
Interior Iglesia
de Cerro Blanco.



↑
Fig. 35
Exterior edificio
de supermercado.



↑
Fig. 36
Detalles edificio
de supermercado.



←
Fig. 37
Edificio de Sindicato n.º 1.

no solo contiene un importante valor social y recuerdos por parte de los extrabajadores y sus familiares, sino que constituye también una pieza de interesante valor tecnológico.

Edificios de sindicatos

El sindicato funcionó primero en el edificio de la administración, luego en la Escuela 311, hasta que pasó a tener una sede propia, la cual aún se encuentra en pie.

El sindicato jugaba un papel importante en ese momento; en primer lugar, el sindicato se formó [...] funcionaba donde está la administración ahora, era una parte donde había puras casas de lata en ese momento y ahí, después el sindicato empezó a funcionar en la escuela 311 (Héctor Troncoso, 2021).

Subsisten el Sindicato obrero n.º 1 y el Sindicato de empleados n.º 2. El 1 se ubica cerca del acceso al poblado y todavía es usado por los sindicalistas, estando por ello en buen estado de conservación. Esta construcción de un piso, hecha en hormigón y techo de metal, tiene un gran espacio interior donde se realizaban reuniones y eventos. Cuenta con un pequeño antejardín donde hay una escultura dedicada a Luis Emilio Recabarren, fundador y guía del movimiento obrero chileno.

Se hacían bailes ahí en el sindicato, bailes grandes, y a veces llevaban a citas ahí; también se podía ir a jugar ping-pong allá, había mesas; también nos íbamos a entretener allá en las mesas de ping-pong (Jessica Severich, 2021).

El Sindicato 2 está frente a la iglesia y, al igual que el 1, se encuentra en uso y bien cuidado. En su interior pueden advertirse varios recintos con materiales y estética de los años noventa. Sus muros de hormigón se hallan decorados con artículos concernientes a las faenas de trabajo, a la minería, premios y fotografías históricas de la planta y sus trabajadores. Dentro de las piezas memorables destacan cascos mineros (uno de ellos de Lota, de cuando Cerro Blanco ofreció ayuda a los mineros carboníferos y sus familias), así como varios trofeos de torneos deportivos.

→
Fig. 38
Edificio de
Sindicato n.º 2.





→
Fig. 39
Graderías
de Estadio.



Estadio

El estadio fue primero una cancha de fútbol situada donde actualmente se encuentra la iglesia y el supermercado. Luego se construyó el estadio propiamente tal. Hoy queda la cancha, algo desdibujada, con sus camarines bien conservados, aunque presentan algún deterioro menor. Se conservan además las graderías y los arcos, teniendo el potencial de funcionar con poca inversión, como en la era de oro de Unión Cepol.

A la derecha del estadio está el club de pesca y caza, en buen estado, nada más con un deterioro superficial producto de la falta de uso. Este edificio de un piso, de doble altura, está construido en albañilería de ladrillo con estructura de hormigón y tiene una zona techada que funcionaba como quincho. Al lado hay una cancha para practicar tiro, con la torre para lanzar discos y una pequeña gradería.

↑
Fig. 40
Cancha
de Estadio.



Piscinas de obreros

↑
Fig. 41
Piscina
obreros.

Junto a las piscinas de obreros se encuentra el edificio de camarín y servicios básicos. Es un edificio compuesto de dos naves, una principal de albañilería y techo de lata a dos aguas, y el otro volumen de menor altura y techo a un agua, compuesto de varias casetas para cambiarse de ropa.



↑
Fig. 42
Berta Bugueño en piscina
de Cerro Blanco, ca. 1970.



↑
Fig. 43
Camarines piscina.



Piscina de empleados

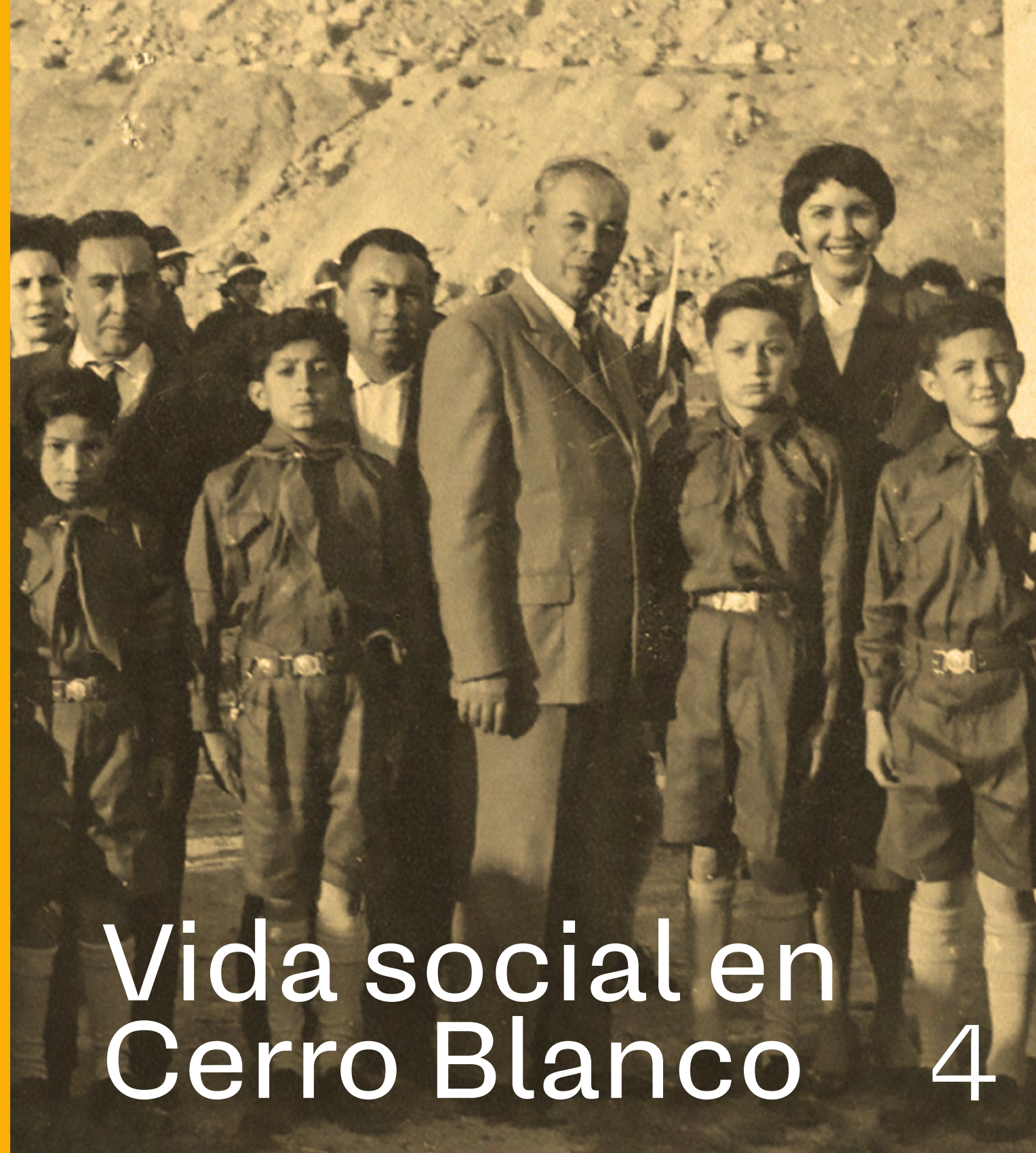
La piscina de empleados se configura como un espacio central, colindante con el Sindicato 2, el cual tiene su fachada posterior —con habitaciones— y otro volumen correspondiente al casino.

La piscina era todo un acontecimiento en verano. Para la zona, cómo era la zona, tener una piscina ahí era pero fantástico. De hecho, había dos piscinas; yo estaba soltero y tenía una piscina que daba a mi ventana, podía saltar por mi ventana y saltaba a la piscina, era un privilegiado [risas]. (Abdón Ruiz, 2021).

Pese a que las piscinas se encuentran rellenas de tierra, sus instalaciones tienen potencial y aún dan cuenta de su pasado y demuestran su importante valor social. ■

↑
Fig. 44
Piscina de empleados.

↗
Fig. 45
Patrulla de
Boy Scouts de
Cerro Blanco,
1958.



Vida social en Cerro Blanco 4

Vida social en Cerro Blanco

Mira, la mejor descripción es que si yo me encuentro con un cerroblanquino ahora, de mi generación, es un abrazo, como que yo vuelvo a ver a mi primo, ese abrazo y de sentirlo, o si yo veo a una persona de la generación de mi papá, es como “ohhh”, al tiro, una cosa muy extraña, entonces la vida era como una vida muy familiar, muy de comunidad (Nancy Luli6n, 2021).

Quienes habitaron Cerro Blanco de Polpaico recuerdan este espacio como un lugar seguro, familiar y hospitalario, con una activa vida social, donde todos se conocían y compartían. Desde las calles a los espacios más conformados como la piscina o el estadio, todos eran lugares de reuni6n, de juegos para los ni6os y de intercambio de historias y anécdotas para los más grandes. Ana León nos cuenta que los ni6os podían salir a jugar a la calle sin problemas, porque todos se cuidaban. La vida de familia era un pilar central, como lo relata también Juan Valencia. Quienes tenían esposa e hijos normalmente iban a almorzar a sus casas, dando cuenta de una vida tranquila, hogareña.

Por ello, Cerro Blanco se perfiló como un lugar donde no había gran necesidad de vincularse a los lugares cercanos. Para cuando se hubo alcanzado cierto desarrollo en cuanto a servicios —tal como se describió en el capítulo anterior—, ya no era necesario salir, pues los habitantes tenían todo aquello que necesitaban tanto en lo cotidiano como en lo que atañe a recreaci6n e intercambio social. Común era, asimismo, que las parejas se formaran entre quienes vivían y trabajaban allí.

En esos años mi mamá estaba jovencita, debió haber tenido unos dieciséis años, entonces mi tío se la trajo de Quillota para que ella ayudara a ver a mi primo que estaba chiquitito y conoció a mi papá y se miraban, se sonreían, porque antes era distinto el amor, el pololeo, y cuando se querían juntar afuera para ir a algún lugar, mi papá de su sitio estaba separado por una pandereta, tiraba una piedrita al patio donde vivía mi mamá, entonces cuando caía la piedrita ella tenía que salir a juntarse por ahí con él, se juntaban a la vuelta en la esquina, así se conocieron ellos... (Jessica Severich, 2021).

Jessica cuenta que el cine era un lugar donde iban a pololear los jóvenes, que muchas veces se conocían en la escuela, como Clemira y Juan Vargas. Abdón dice que conoció a su esposa en una fiesta en la piscina, mientras que Agustín Emblico conoció a su esposa Claudia cuando ambos se desempeñaban como profesores, ella de la Escuela Básica y él de la Escuela Industrial. Muchas historias de amor, pero también vínculos de amistad se forjaron en Cerro Blanco, los que permanecen hasta el día de hoy.

Cerro Blanco es recordado por quienes vivieron su infancia y juventud en él como un lugar donde se tenía de todo, y donde las diferencias sociales no eran algo decisivo, entre otras cosas, debido a la transversalidad de la escuela. Se hacía uso de las instalaciones como cancha y piscina, o se paseaba en el cerro, sacándole la quirínca a los espinos y cazando conejos.

[...] bueno, es que nosotros éramos cazadores, teníamos un grupo como de cinco, seis cabros, y el día sábado salíamos a cazar, volvíamos tarde, de ahí íbamos al cine... Cazar conejos, tórtolas [...] (Alfredo Severich, 2021).

↓
Fig. 46
Club de Pesca
y Caza,
2000.





➤
Fig. 47
Retrato de
Abdón Ruíz.

También se entretenían con diversos juegos en las calles, donde los niños se sentían seguros y confiados.

Bueno, yo creo que todos nosotros queremos nuestra infancia, porque no hay otra, pero en verdad la mía fue distinta. El tiempo mío fue de esa forma, y para mí fue una suerte, pero mis hijos no lo ven así. Incluso sufren cuando yo les cuento que me quedaba con la ropa que a mi hermano le quedaba chica, que no teníamos un baño, cuando hoy día en la casa de cada uno por lo menos hay dos baños. En ese tiempo no era así. Los juegos que tienen los niños de hoy, en comparación con los míos, obviamente son muy distintos. Si me dice qué infancia prefiero, voy a decir la mía: jugar a las bolitas, al trompo, a la rueda, al aro, al corre el anillo [cuenta que servía para conquistar a las niñas], el corre que te pillas, a la pinta, a la escondida (Dagoberto Vargas, 2021).

La escuela, como mencionamos, fue un factor muy importante para generar esta sensación de igualdad, y uno de los motivos de orgullo para los cerroblanquinos. Tanto los hijos de aquellos trabajadores que vivían allí como los de aquellos que residían en otros lugares (Santiago, por ejemplo), asistían a la misma escuela. Cuenta Héctor Troncoso que desde el sindicato se gestionaba ayuda para los trabajadores de fuera del pueblo, y que existían buses de acercamiento por parte de la empresa. Cuenta también que la formación de la Escuela Industrial fue un hito importante, porque permitía que los niños se quedaran en Cerro Blanco y que, además, encontrasen trabajo más fácilmente.

Recuerdo que cuando viajaba día a día a estudiar en el trencito que había, desde Cerro Blanco hasta Polpaico, yo lo tomaba ese trencito y llegaba hasta la estación Polpaico y hacía combinación con un tren corto que era desde Tiltill hasta Santiago, e hice esa rutina por un año [...] (Leonor León, 2021).

La vida, a decir verdad, no era exactamente igual para todos. Algunos tenían más privilegios de acuerdo con el rango del padre en la empresa, como ir al «rancho» a comer churrascos usando vales. Pero, aparte de eso, todas las niñas, los niños y los jóvenes compartían espacios, en particular la piscina, que durante el verano era el centro de la diversión. Nancy Lulió nos relata cómo era uno de estos días:

[...] Era como una hora y media de natación, y después nos quedábamos ahí jugando en el agua, en la piscina, y después a la una se cerraba, nos íbamos



Fig. 48
Fiesta de la
Primavera en
Cerro Blanco,
ca. 1960.

a almorzar, yo te estoy hablando del verano, nos íbamos a almorzar a las casas y de ahí la piscina se abría como a las dos y media, tres, y estábamos así en la reja esperando [hace un gesto], abrían la piscina y nos metíamos ahí hasta las seis de la tarde y [...] después de salir de la piscina, todos a comer [los que podían] llegábamos a la casa, sin hambre, sin nada, nos bañábamos, las mejores colonias me acuerdo, las cremas, bien encremadas todas y de ahí a la plaza, bueno, yo tenía permiso siempre hasta las doce de la noche, y a las doce de la noche salía mi mamá y nos silbaba, hacía un silbido y ese silbido todos lo conocían [...] (Nancy Lulión, 2021).



Tal como en muchos pueblos del mundo, existía una rama scout en Cerro Blanco. Una actividad para niños, niñas y jóvenes que inculca valores y entrega herramientas sociales y materiales. Nancy participó en el grupo scout de Cerro Blanco, al igual que su padre. Realizaban actividades en la naturaleza, recreativas y sociales para los niños. Según nos relata Nancy Lulión, las instalaciones del pueblo eran ideales para estos quehaceres.



Fig. 49
Rosa y David
Uribe en scout,
1968.

4.1. La presencia femenina

Todo el sistema de confianza y tranquilidad tenía un importante soporte: la mujer. Las mujeres en Cerro Blanco, si bien puede parecer que hayan tenido un rol secundario al no trabajar en la mina, fueron vitales para conformar ese ambiente familiar que se añora. Aunque hoy la presencia femenina en la empresa es mayor, en ese entonces solo algunas trabajaban dentro de la empresa, ya fuese en el laboratorio de la planta o en funciones administrativas. Más aún, en esos tiempos las pocas mujeres que allí trabajaban no estaban ni siquiera sindicalizadas. Nos cuenta Berta Bugueño que durante años fue la única en pertenecer a esta organización. Pese a ello, las mujeres sí estaban comprometidas con la situación laboral e intervenían en instancias de conflicto y negociación, como las huelgas:

Yo me acuerdo de huelgas grandes donde algunas mujeres, esposas de los sindicalizados, eran bien participativas po [...] sentadas en las ventanas del sindicato, entonces ellas iban a las reuniones con los hombres, ellas eran aguerridas, luchadoras, peleaban, gritaban, echaban garabatos, había mujeres bien aliñadas y de la población, que yo me acuerdo que, si uno vive en otros lados, no sé, en estos tiempos “uhh, cómo me gustaría que fueran mis vecinas”, como todo lo bueno que uno pensaría que las vecinas puedan tener, así eran las vecinas de Cerro Blanco (Berta Bugueño, 2021).

Es importante destacar que aquellas mujeres que se hacían cargo de las labores domésticas y del cuidado de sus hijos lo hacían desde un lugar de reconocimiento y valoración. Eran ellas, como remarca Berta, quienes iban a las reuniones de apoderados y las catequesis –donde eran mayoría respecto de los hombres– o incluso quienes administraban los recursos familiares. Así lo puntualiza Dagoberto Vargas:

[Sobre su mamá] Es el ser más lindo que conozco. La que sostuvo a mi papá. Mi papá era de los que entregaban el sobre cerradito con toda la plata. Mi papá decía que era una porquería lo que les pagaban, pero “tu mamá hizo milagros siempre, tu mamá pudo llenar la olla todos los días del mes con lo poquito que yo le daba» (Dagoberto Vargas, 2021).

Había mujeres como la madre de Jessica Severich que lograban compatibilizar el manejo del hogar con otras labores, como la costura. Cuenta Jessica que su



↑
Fig. 50
Familia Uribe Soto,
1972.

padre le construyó una máquina de coser, y que así su madre bordaba sábanas, camisas de bebé, manteles y paños para el altar de la iglesia, además de hacer ropa para la familia y ocasionalmente vendérsela a la gente cercana. También cuenta Berta que en un momento se impulsó la creación de huertas caseras o «chacras», donde las mujeres cultivaban verduras para el consumo familiar, incentivadas por Helga Osswald, recordada esposa del gerente de la planta, Walter Osswald. La empresa contrató a un profesor del Inacap que les enseñó a las mujeres todo lo necesario para cultivar. Detrás de la cancha de tierra, parcelaron los terrenos, recibiendo la ayuda de los esposos que instalaron los regadíos y de la empresa que aportó con los materiales. Este espacio que duró cerca de 10 años se transformó en una instancia de compañerismo y solidaridad entre las mujeres.

Por otro lado, siguiendo con las remembranzas de Berta, las instituciones deportivas y sociales se dividían en ramas femeninas y masculinas, especialmente en básquetbol, aunque también había disciplinas exclusivas para hombres (Club de Pesca y Caza) y otras abiertas únicamente a mujeres (Centros de Madres). Jacqueline Donoso relata que estos centros se perfilaron como un espacio de aprendizaje y trabajo para las mujeres. Allí se reunían a coser, tejer y bordar, pero por sobre todo a acompañarse, generando un espacio de contención y de apoyo en las largas jornadas de cuidado de los niños y de la casa. La figura de la mujer generosa y trabajadora perdura en la memoria como un sello de la existencia cotidiana en Cerro Blanco, asociándose a ellas la calidez de la vida de pueblo que caracterizó a este lugar.

Entonces eran dueñas de casa pero bien empeñosas las señoras, y amables, había muchas amables y otras, bueno, como todo, de todo, pero eran bien unidas, como dice la señora Jaqueline, si te faltaba azúcar, la vecina te prestaba y, si alguna vez te faltó comida, o bien echaron a tu marido, todas se reunieron y te hicieron una caja de mercadería y te llegó la caja de mercadería y nunca más supiste quién había sido, quién entregó mercadería, nada, llegaban así..., nunca se decía “yo te di esto”, no, nada, eran las mujeres [...] (Berta Bugueño, 2021).

4.2. Festividades

Les pediría que dedicáramos una sesión a la historia de la gente. Historias que ocurrieron en el teatro, en el supermercado, en Carabineros. Que las personas cuando lean el libro se sientan reflejadas. Los Diablos, los

Chachachá, Camanchaca, son sobrenombres que pusimos acá de gente y no se pueden ir porque eran únicos. Eran personas que venían del norte. Le pusieron Camanchaca porque tenía el pelo blanquísimo. Hay Pataqueso, Patalustrín, Pata de Fierro, entre otros. No pueden quedar al margen porque la gente va a agradecer si puedes contar eso. (Dagoberto Vargas, 2021).

La vida social en Cerro Blanco podía resultar muy activa. Eran celebraciones de todo tipo que se daban durante el año e incluían a buena parte de los habitantes, incluso a los menos sociables o a quienes por el trabajo tenían menos tiempo libre.

Desde los primeros años de Cerro Blanco estas celebraciones fueron un aspecto fundamental de la vida social. Los trabajadores más antiguos recuerdan que varias de ellas se trajeron desde el norte salitrero, como la Fiesta de la Chaya y la de la Primavera.

La Fiesta de la Chaya se celebra en distintas localidades de Chile y su origen se remonta al periodo colonial, dentro de los carnavales que consagraban tanto el regocijo del tiempo de recolección agrícola como el del disfrute y la libertad que precedía a la Cuaresma. Conocida con el nombre de «challa» o «chaya», la fiesta consistía en un juego carnavalesco en el que se lanzaban papeles, harina, perfumes y agua (Salinas, 2001).

En Cerro Blanco se realizaba en noviembre y consistía, para empezar, en que los habitantes se mojaban entre sí y se tiraban papeles. Además se pintaban la cara, maquillándose con betún. Luis Gómez nos cuenta que para el festejo se cerraban las calles y «todas y todos con baldes, bateas, cuestiones, ¿conoce las bateas? Son un lavadero de madera, entonces las ponían ahí para echarle agua y tirarse unos a otros, a las mujeres las metíamos adentro de las bateas». Sergio Maldonado complementa que todos seguían la dinámica del juego y nadie se ofendía; no había «derecho a pataleo», nos comenta entre risas.

En cuanto a la Fiesta de la Primavera, los testimonios la describen como una festividad colorida, disfrutada por adultos y niños. En ella, los vecinos de cada calle confeccionaban sendos carros alegóricos y se disfrazaban. Se hacía además una elección de reina —donde cada candidata representaba a una institución del pueblo— y una gran fiesta en la piscina.

La Fiesta de la Primavera, eso era también maravilloso, lo más lindo me acuerdo de esas fiestas, porque se hacían carros alegóricos y cada cual lo hacía por calle, calle Manuel Rodríguez, toda la calle O’Higgins, toda la calle Arturo Prat y eran cuadras, se juntaba toda la gente, nos disfrazábamos, hacíamos competencias del mejor disfraz, de baile, juego para los niños,



Fig. 51
Fiesta de la Primavera de Cerro Blanco, ca. 1962.

y a todos nos gustaba ir arriba del carro alegórico, se hacía la Fiesta de la Primavera en grande, se escogían candidatas a reina, después se hacía una fiesta grande en la piscina (Jessica Severich, 2021).

Juan Vargas recuerda especialmente la Fiesta de la Primavera de 1949. Cuenta que ese año las candidatas a reina venían de distintos sectores de la comuna, lo que le dio un carácter único.

Por lógica ganó Polpaico, porque todos los mineros cooperaron con la candidata; se hizo una fiesta con disfraces pero... yo no he visto otra fiesta así, venían de toda la comuna y el teatro lleno, y ahí andábamos nosotros bailando con la Clemira, metidos entre medio de la gente [risas] ahí es donde se me salió el zapato y no podía encontrarlo... Éramos niños po, si estoy hablando del año 49 (Juan Vargas, 2021).

De acuerdo con Berta Bugueño, el auge de la fiesta se dio, al igual que en el resto de la Región Metropolitana, durante la década de 1960 y decayó en los setenta. Sin embargo, nos comenta que cuando se creó la Secretaría de la Juventud tomó un nuevo aire, y desde 1974 se llevó a cabo de forma consecutiva por alrededor de siete años. Nancy Lulió agrega respecto a la celebración:

Entre las instituciones se celebraba la Fiesta de la Primavera; por ejemplo, en esta fiesta, los scouts presentaban una reina, el club deportivo presentaba otra reina y se dividía Cerro Blanco por calle; estas calles de allá van a apoyar a tal y estas calles de acá van a apoyar a tales, se hacían los monitos, las challas, todo lo que se trajo del norte, la decoración de las calles, el arreglo de las calles [...] como tenía que ser en primavera, nosotros sabíamos que ya en septiembre, y eso lo aprendimos en Polpaico, en septiembre salen las hormigas y las hormigas se comen los frutos generalmente, entonces ya, en septiembre para la Fiesta de la Primavera había que preparar cal; una de las pruebas era que había que pintar los árboles con cal, ¿por qué?, porque así las hormigas no se comían las ciruelas (Nancy Lulió, 2021).

A la usanza de la mayoría de los pueblos chilenos, se celebraban festividades de carácter cívico. El 21 de mayo era una de las que se vivían con mayor intensidad, reproduciendo la importancia que se le daba en las pampas salitreras.

Aquí se celebraba más bonito el 21 de mayo que las Fiestas Patrias del 18 de septiembre, por ejemplo. El 21 de mayo tiene mucha relación con el norte, por el Combate Naval de Iquique y esas cosas. Entonces acá le dábamos una relevancia importantísima al combate de Iquique, a Arturo Prat, a todos los héroes. Se celebraban los veintiún cañonazos, teníamos un tipo de cañón acá, y era una cosa espectacular y, como le digo, todo traído del norte, porque la gente tenía sus antepasados que habían peleado en la guerra del Pacífico. Venían con esa cultura y nos enseñaban esas cosas (Dagoberto Vargas, 2021).

El 21 de mayo se conmemoraba con un desfile en el que participaban las instituciones locales: escuelas, Boy scouts, clubes deportivos, entre otros. En el caso de las escuelas, existía una gran preparación y los estudiantes practicaban varias semanas antes, para que saliera todo bien el día de la ceremonia (Jessica Severich, 2021). A la hora del desfile era una tradición cantar la canción nacional y disparar los veintiún cañonazos. Justamente,



Fig. 52
Celebración de
21 de mayo en el
teatro, ca. 1974.

Jessica Severich nos relata que su abuelo, que trabajaba con explosivos, era el encargado de los cañonazos:

Tenía que prender las mechas para dar los veintiún cañonazos y en ese tiempo mi tía me contaba que hasta ella a veces lo acompañaba para ver cómo era la sensación de estar ahí cuando explotaran los cañonazos, así que a veces me llevaban y yo estaba detrás de unas rocas mirando cómo mi abuelo los manipulaba (Jessica Severich, 2021).

El 18 de septiembre también era un acontecimiento importante en Cerro Blanco, aunque probablemente tenía un carácter menos solemne que el 21 de mayo. Juan Vargas recuerda que se hacían competencias deportivas de atletismo, salto alto, salto con garrocha y lanzamiento de la bala. Se realizaban también otras competencias típicas, como el palo encebado y el rescate a la bandera, la cual se ponía en la cima del cerro, ganando quien lograba recogerla primero.

Durante las Fiestas Patrias, el pueblo cambiaba su imagen. Nancy Lulió señala que las calles de la población eran adornadas: se colocaban guirnaldas, banderas chilenas y ampolletas de colores que se enchufaban en las casas. Al igual que en el 21 de mayo, se efectuaba un desfile que por muchos años lo organizó el profesor Rolando Medina (Jessica Severich, 2021).

Por supuesto, un aspecto importante del Dieciocho eran las ramadas, que podían reunir a sus habitantes hasta el día siguiente, como relata Nancy:

De ahí era ir a bailar a la ramada porque venía Pachuco con la Cubanacán, venía la Sonora Palacios, eran orquestas, y diferentes, porque se iban turnando, mientras traían popular, buscaban a otro ponente que amenizara y todo, entonces, era empezar la ramada y terminar al otro día (Nancy Lulió, 2021).

Si bien la mayoría de las celebraciones se desarrollaban dentro de los límites de la población, en el caso del aniversario de la muerte de Manuel Rodríguez, los colegios de Cerro Blanco iban hasta Tiltil. Sergio Maldonado menciona que la Escuela 311 se destacaba por sus representaciones de la muerte del guerrillero.

La Navidad era otra efeméride que reunía a todos los habitantes, aunque para esa ocasión los protagonistas eran los más pequeños.

La empresa y sus trabajadores se preocupaban de organizar las fiestas y entregarles regalos a los niños. Silvia Mattig, quien fue secretaria de gerencia, era una de las encargadas de su planificación y cuenta que las semanas previas a Navidad, luego de su horario laboral, se dedicaba a alistar los regalos junto con otras compañeras:



Ahí estaba yo metida siempre, se hacían las listas y por empleado le íbamos preguntando: “¿Usted qué cree que le podríamos regalar a sus hijos?”, porque hasta en eso íbamos, ya, tal cosa, listo, y todos los regalos se importaban, llegaban los regalos y empezábamos con la asistente social y con Haydee también, y nos juntábamos en las tardes, después de las horas de trabajo, nos íbamos a un lugar donde estaban todas las cajas que traían de afuera, empezábamos a revisar y empezábamos a amontonar por edades y después llegábamos, íbamos metiendo en las bolsas los regalos, lo que necesitaba cada trabajador (Silvia Mattig, 2021).

La fiesta navideña se hacía en el estadio, donde distintas áreas de la empresa ponían *stands* con dulces, pasteles y regalos que repartía el Viejo Pascuero a los hijos de los trabajadores. Silvia nos relata que incluso una vez el Viejo Pascuero llegó en helicóptero, causando gran sorpresa en los niños. Haydee Huerta, quien también participaba activamente de los preparativos de la fiesta, nos cuenta que se recreaba el nacimiento con los mismos niños y que ella les confeccionaba los trajes.

Para Navidad se incluían shows y obras de teatro orientadas al entretenimiento de los niños. «La empresa traía a *Cachureos*, o sea, ese era el nivel de la fiesta», nos cuenta Nancy Lulió.

Fig. 53
Fiestas Patrias
en Escuela
Industrial,
2004.



↗
Fig. 54
 Entrega de regalos,
 1995.



↖
Fig. 55
 Baile de los
 trabajadores, Rosa
 Soto con David
 Uribe, ca. 1968.

Los bailes eran una ocasión que tenían los cerroblanquinos para compartir, recrearse y, por qué no, mostrar sus mejores vestimentas. Muchos de esos bailes se realizaron en la sede del Sindicato n.º 1, aunque con la restricción de que Polpaico fue zona seca durante muchos años.

Bueno, siempre esto fue zona seca, entonces inventábamos fiestas, Pascua, Año Nuevo y los bailes, nos medían que no pudiera entrar tanto trago, pero nos juntábamos. Este sindicato era el centro y no había diferencia entre obrero y empleado, nunca hubo una discusión entre obrero y empleado ni en el trabajo ni en ninguna parte, hacíamos bailes, formábamos un lugar de teatro, al principio yo tenía los naipes, las pelotas de ping-pong para los trabajadores que estaban ahí y el sindicato era el centro, todos nos juntábamos ahí a bailar toda la noche (Héctor Troncoso, 2021).

Entre los bailes recordados está el que se hacía para el aniversario del sindicato:

Después también, cuando estaba de aniversario el sindicato, los bailes que se hacían eran lo más lindo que había, nos juntábamos todos, de Santiago, de Quilicura, de Cerro Blanco, de Los Huertos, de Polpaico, de Tilti, y cuál de todas más bonita, más elegante (Haydee Huerta, 2021).

Pero no solo los sindicatos tenían celebraciones por su aniversario. También las hacía la empresa, cada 24 de agosto. Juan Valencia recuerda que para dicha ocasión había bailes y un cóctel.

Cuando la empresa estaba de cumpleaños, se hacía un cóctel inmenso, venían todos los jefes de Santiago, era una cosa pero inmensamente grande, y rico, porque las secretarias nos podíamos mover y compartir un poco, porque como estábamos tan alejadas..., pero era muy agradable para el cumpleaños de la empresa y ahí se entregaban los regalos al personal que cumplía veinticinco años, los relojes, esos lindos, así que ese día se entregaban estas cosas (Silvia Mattig, 2021).

En varios de los testimonios, la música aparece como un elemento que acompañaba a sus habitantes tanto en la cotidianeidad como en ocasiones especiales.

Antiguamente, para ellos no era extraño escuchar serenatas por las calles de la población. En general, estas eran cantadas a quienes estaban de santo, por dúos o tríos de guitarristas y cantantes cerroblanquinos, los que también hacían presentaciones en fiestas.

Había muchos guitarristas, había un dúo, había tríos, así como cinco o seis, entonces para los santos, ellos les iban a cantar serenatas a los que estaban de santo, San Luis era mi suegro, San Juan mi papá y yo, nos iban a cantar serenatas y nosotros teníamos que recibirlos y estar ahí con ellos... Polpaico era zona seca en ese tiempo, entonces todo lo que tenía uno para atender a la visita era clandestino, un traguito fuerte, alguna cosa para el frío [...] (Juan Vargas, 2021).

En el pueblo existió una banda de guerra fundada por un trabajador de la empresa, Carlos Sierra. Con sus instrumentos marcaba el paso de los desfiles que se hacían para diversas ocasiones especiales (Hugo Rojas, 2021).

El folclor ocupaba un espacio dentro de las actividades artísticas de Cerro Blanco. Uno de los grupos que frecuentaba las celebraciones eran Los Calizas, nombre que inmediatamente evoca a la cultura local. Incluso este grupo presentó una cantata de Cerro Blanco tiempo después de que el pueblo se abandonara.

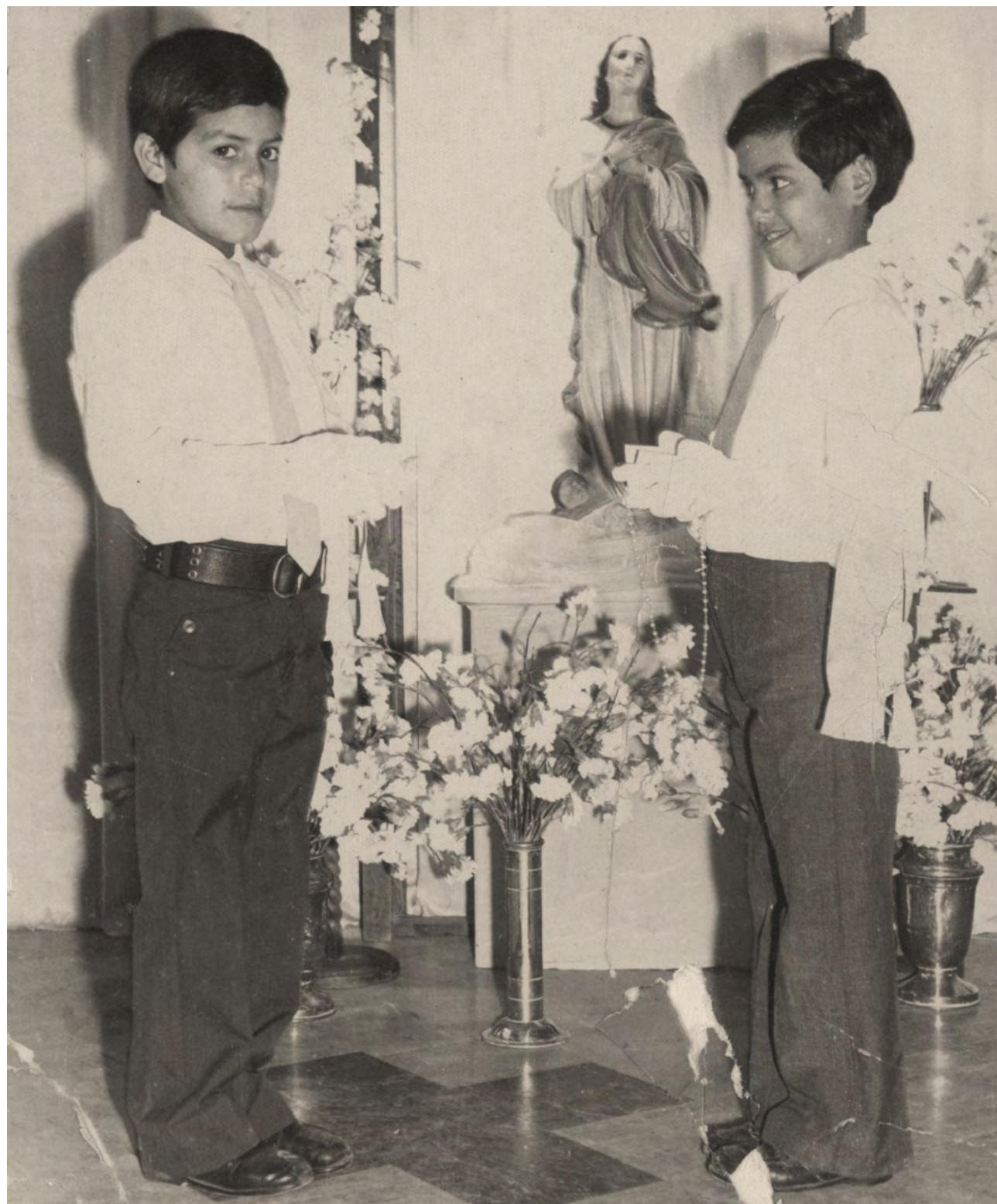
Los Calizas eran muy buenos, cantaban esta música como nortina, parecida a la de Illapu, siempre participaban y era superlindo, los músicos eran hijos de un trabajador, me parece que tres hermanos [...] y un hijo de otro trabajador de ahí mismo, los hermanos Herrera [...] (Ana León, 2021).

Por supuesto, las mujeres del pueblo no se quedaban atrás en cuanto a actividades musicales. Haydee Huerta recuerda que junto a otras mujeres representaron el famoso musical *La pérgola de las flores* y que ellas incluso interpretaron a los personajes masculinos (Haydee Huerta, 2021).

Y en cuanto a artistas musicales, no faltaron tampoco las visitas de músicos reputados a nivel nacional. Por ejemplo, para la celebración de los cincuenta años de Polpaico, se presentó en el pueblo el grupo Illapu.

La iglesia tuvo, y de cierto modo aún tiene, un valor no sólo religioso sino sobre todo social, ya que contiene memorias de eventos muy importantes para la comunidad, como bautizos, matrimonios y primeras comuniones. Hoy recibe a los trabajadores de Cerro Blanco y sus familias cada agosto para la Fiesta de San Lorenzo, patrono de los mineros.

Vivió el padre ahí en la iglesia, el padre Erasmo, muy buen sacerdote, cariñoso con los niños, todos lo querían, lo rodeaban de abrazos porque él era una muy buena persona... (Jessica Severich, comunicación personal).



Sin embargo, no existía un cementerio al interior de Cerro Blanco, por lo que los fallecidos solo eran velados en el pueblo, para luego trasladarlos al camposanto de Tiltit.

Además de estas prácticas religiosas, existía una devoción por la Vírgenes del Cerro, a la cual se consagraban ofrendas.

4.3. Deportes

... grito de guerra:

ATENCIÓN POLPAQUINOS DE CORAZÓN.

C CON E, CEEEE!!

R CON O, ROOOO

CE CE CE, RO RO RO

CERRO BLANCO DE POLPAICO!!»

(Berta Bugueño, Leonor León, Haydee Huerta, 2021)

Con el grito de guerra solían comenzar los eventos deportivos en Cerro Blanco. Tan importante se volvió que hasta hoy se repite en festividades y funerales, sin olvidar su espíritu deportivo y juvenil.

Es difícil resumir todas las anécdotas futboleras de Cerro Blanco en pocas líneas. Grandes deportistas del pueblo nos apoyaron con entrevistas, como Dagoberto Vargas y Agustín Emblico, quienes resumen lo que significa este deporte y otros para la juventud, no solo de la localidad sino de toda la sociedad chilena.

El principal equipo de Cerro Blanco, aquel que les trajo tantas victorias, es Unión Cepol. Nació en una época en que las empresas promovían a sus selecciones, prodigando tiempo, canchas e implementos para lograr los

←
Fig. 56
Primera
comunión
Raúl y Luis
Uribe, 1975.



Fig. 57
Unión Cepol
Regional, 1982.



mejores resultados en los campeonatos regionales y nacionales. También existían equipos seccionales, que representaban a cada área de trabajo de la planta y se batían en encuentros fraternos entre compañeros de trabajo. En el fútbol no existían diferencias entre obreros y empleados, solo entre jugadores buenos y no tan buenos, que en las dos canchas de Cerro Blanco lo daban todo por sus cuadros.

En cambio en el deporte, había campeonatos seccionales, o sea, jugaba la sección taller eléctrico, el taller mecánico, escuela industrial, población, ensacadoras, maestranzas, etcétera; entonces eso te daba el deporte, de conocer a las personas y de sonreír un poco porque vienen las tallas, vienen los apodos o sobrenombres, viene un montón de cosas que te permiten conocer a la gente; hoy casi no nos conocemos, ¿te fijas? (Agustin Emblico, 2021).

Todos participaban, no solo los jugadores varones, sino también las mujeres y las familias completas en las barras. Y no solo en las buenas, sino también cuando alguno se lesionaba o fallecía: entre todos juntaban mercadería para el deportista malgrado o para la viuda o los demás deudos. La amistad trascendía a la cancha.

Y eso te ayuda a ser más solidario, como te decía; fallecía alguien y estaba todo el mundo, yo con mucho cariño les llamo las viejas, las viejas con una carretilla buscando no sé, café o té hacían y acompañaban a los deudos; hoy no: “Se murió no más” (Agustín Emblico, 2021).

Niños y trabajadores adultos, la gran mayoría jugaba a la pelota. Los menores juntaban dinero para sus equipos de variadas formas, por ejemplo con disfraces y shows para la comunidad.

Don Alfredo Olcay que fundó un club para nosotros; éramos niños, teníamos doce, trece años, hizo un club, hizo un elefante y nosotros nos metíamos adentro del elefante y él tocaba la guitarra y la armónica, y nosotros salíamos el día de pago y el elefante bailaba y andábamos haciendo show para comprar camisetas y pelotas de fútbol, porque jugábamos con pelota de trapo en esos años. Ese personaje era fotógrafo, era comediante, porque hacía veladas ahí y yo también trabajé en veladas, los dos, nosotros andábamos metidos en todas también (Juan Vargas, 2021).

Ilustres equipos de fútbol trajeron sus entrenamientos a las canchas del pueblo, como Universidad Católica, Universidad de Chile, incluso Colo-Colo, según

recuerda con emoción Dagoberto. Por lo demás, grandes jugadores trabajaron en la planta y luego llegaron a equipos más conocidos, como el Patagua, Washington Bazaes, Guillermo Soto, Hugo León y Manuel Farías. Asimismo, hubo otros que participaron en el fútbol profesional y una vez retirados llegaron a trabajar a la empresa como Julio Crisosto y Mario Livingstone.

El fútbol fue mi pasión hasta la fecha. Si me hubiesen preguntado “Dago, ¿qué hubieses querido ser tú?”, yo les digo al tiro “futbolista”. Y cuando jugué, hasta hace poco, porque ahora mayorcito me duelen las piernas, lo único que me hace volver a ser niño, aparte de esta conversación, es jugar fútbol. Me traslada a las pichangas que teníamos acá. Les llamábamos la corrida a las calles, porque en el norte se les decía así. Entonces, yo podía estar todo el día jugando fútbol y ni comer (Dagoberto Vargas, 2021).

También hubo trabajadores que, habiendo dejado de vivir en Cerro Blanco, aprovechaban todas las instancias que podían para volver a jugar, aunque fueran solo los campeonatos de fin de semana, como fue el caso de Abdón Ruíz.

El gran clásico era en el «Santa Laura» y en el «Nacional», representando a Club Independiente de Cemento Polpaico y a Unión Cepol, mientras que en las seccionales el partido estelar era entre la maestranza y la calderería.

Aquí se hacía un clásico, donde se hacían carros alegóricos, shows, teatro, danzas (como el clásico entre U de Chile y U Católica)... Ellos podían hacer estas cosas porque trabajaban justamente en secciones donde podían usar elementos, donde ponían carros alegóricos, una serie de instrumentos, disfraces. Era espectacular, hasta con fuegos artificiales. Esto se jugaba en el “Estadio Nacional”. Nosotros no envidiamos nada de lo que tenía el país (Dagoberto Vargas, 2021).

A través del fútbol, muchos trabajadores de Polpaico conocieron el resto de la zona, Tilti, la región y otras regiones debido a los campeonatos. Equipos como el Cóndor, Nacional y la Academia (juvenil) dieron alegrías y victorias a Cerro Blanco de Polpaico sobre todo a nivel comunal.

Pero las relaciones entre ellos no eran siempre amigables. Si bien el fútbol realza vínculos, también aviva pasiones que de pronto son difíciles de amainar. Don Juan Vargas nos cuenta de una pelea que se armó entre la gente de la mina y la de la planta, riña que llevó a todos a enfrentarse; primero: todos los mineros de un lado de la cancha y los de la planta al otro; luego: todos los espectadores de ambos equipos sumándose para crear una anécdota caótica.



↖
Fig. 58
Retrato de
Agustín Emblico.

En el medio de la cancha una de puñetes que no se entendía, hasta por ahí a uno tuvieron que llevarlo a la posta de Santiago inconsciente, una pelea... Polpaico es una película que vi yo durante años y no la he podido olvidar nunca (Juan Vargas, 2021).

Otra historia recordada por algunos de los entrevistados tiene que ver con un ascenso a segunda división que nunca logró concretarse.

Fui jugador de Unión Cepol, que era Unión de Cemento Polpaico, regional. ¿Qué es lo que era el regional? El regional es la tercera división de hoy. Nosotros el año 69 salimos campeones de la zona del regional y pasábamos a segunda división y el gerente, don Manuel Fernández, en ese tiempo no aceptó que subiéramos a segunda división porque la ANFA tiene sus reglamentos internos en los cuales no podía ser la sigla o el nombre de la empresa... No pudimos ingresar a segunda división porque nos exigían que el club tuviera el nombre de Tilttil y al gerente no le gustó, porque era Cemento Polpaico, así ocurrió con Tomás Bata, que hoy día es Melipilla, ocurrió con Cemento Melón que hoy día es Calera. ¿Te fijas? Ellos cambiaron, nosotros no, continuamos en el regional por varios años hasta viejos cracks; estoy hablando hasta..., nos tuvieron más o menos hasta el año 89, el 89 pasamos a ser viejos cracks, estuvo Mario Livingstone, sobrino de Sergio Livingstone y, dentro de esos jugadores más destacados que yo he visto en toda mi historia deportiva, te estoy hablando que llegué de niño, después infantil, juvenil, adulto, viejos cracks, siempre haciendo deporte (Agustín Emblico, 2021).

Para Cerro Blanco y para la empresa Polpaico, los deportes eran cruciales en la formación de niños y niñas. Fútbol, vóleybol, atletismo, básquetbol, natación, rayuela estaban entre las disciplinas predilectas e, incluso, formaban parte de unas olimpiadas internas en el pueblo.

A nivel escolar hubo bastante preocupación de que los niños tuviesen la alternativa de practicar deportes y había de todas las ramas. Incluso, como hasta teníamos una piscina, hubo natación. Yo practiqué todos los deportes que nos invitaron a practicar: básquetbol, vóleybol, natación, después apareció el tenis, etcétera. A nivel escolar, el colegio Siegfried Gildemeister fue campeón nacional, en Calama, en Valdivia, se les ganó a todos, a todos los mejores que había a nivel escolar, imagínate cómo fue de importante el deporte y en varias disciplinas, era fútbol, básquetbol y

vóleybol. Le ganamos a Valparaíso, a todos los de Santiago, Concepción, Antofagasta, que tenían grandes equipos (Dagoberto Vargas, 2021).

Los cerroblanquinos se tomaban en serio la participación: de ahí que ganaran un sinnúmero de campeonatos provinciales, regionales, y hasta terminaron quedándose con un campeonato nacional de vóleybol en Iquique. Era tan importante la práctica deportiva, que incluso las dueñas de casa se dedicaban a alguna disciplina, apoyándose en sus maridos para el cuidado de los niños a la hora de salir a competir por la camiseta de Polpaico.

Yo la iba a ver jugar básquetbol a ella, incluso cuando llegamos acá a la villa se formó... Estamos hablando de Cerro Blanco pero voy a hacer un paréntesis, se formó aquí el club deportivo y un club de básquetbol que fue a competir al campeonato nacional en Santiago, en básquetbol y el deportivo aquí en la comuna, y ella jugaba básquet y yo cuidaba a los cuatro niños, acompañaba en todos los partidos, como le digo... (Juan Vargas, 2021).

El apoyo de la planta en tiempo y recursos, tanto como el apoyo de los docentes, entre ellos el señor Cáceres, la señora Sonia Ureta, la profesora Carmen Soto y el profesor Rolando Medina, impulsaron a los cerroblanquinos a llegar lo más lejos posible en todas las disciplinas. La idea era que todos participaran, al punto en que la gran mayoría de los entrevistados para este proyecto practicaron algún deporte durante su juventud en el pueblo.

[...] se hacía la fiesta de Manuel Rodríguez, los primeros lugares los sacábamos nosotros, tuvimos deporte, fuimos hasta campeones nacionales escolares, básquetbol y fútbol, a Santiago, imagínese, los primeros que iban a Santiago, en el 51 (Clemira Monares, 2021).

El vóleybol y el básquetbol, junto con el fútbol, claro está, eran los deportes más populares de Cerro Blanco. Ramas femeninas y masculinas aparecían en las páginas de deporte escolar del diario. La Escuela 311 se destacó por estas disciplinas hasta ganar tres campeonatos nacionales de vóleybol los años 1955, 56 y 73.

Yo soy basquetbolista, por eso... Tengo setenta y tres años; entonces en el básquetbol, Polpaico, participamos nosotros en la asociación Santiago, en hombres, y en mujeres se realizó aquí internamente en la empresa; Saavedra, me acuerdo de las comisiones, era uno de los fundadores del básquetbol, que trabajó mucho por el básquetbol femenino... (Sergio Maldonado, 2021).

↙
Fig. 59
Unión Cepol
Regional, 1985.



El boxeo, ya saliendo de los deportes de equipo, concitaba gran popularidad no solo en Cerro Blanco, sino en la generalidad de los pueblos mineros, de los cuales llegaban boxeadores viajando hasta cinco días en tren desde Arica para practicar el deporte de los guantes. El club de boxeo de Cerro Blanco realizó sus primeras peleas en el teatro. La empresa, tomando nota del entusiasmo, construyó un ring y asignó espacio para entrenar en la casa deportiva, frente al supermercado. Juan Vargas cuenta que él también boxeaba y que lograron armar una selección para competir en el nacional. Todos los viernes a las 20 horas, las luces del ring se encendían y comenzaban los *rounds*.

[...] participaban Chuquicamata, María Elena, Pedro de Valdivia, El Teniente, [un equipo] de Lota, y nosotros en la noche pegaditos a la radio escuchando a nuestros boxeadores, había unos bien buenos, pero como éramos nuevos, entonces, bueno, como tres o cuatro años esperando que llegara ese campeonato en la noche, porque con radio lo único que podíamos hacer era escuchar... (Juan Vargas, 2021).

Esgrimistas campeones nacionales, los hermanos Bravo trabajaron en Cemento Polpaico. Así también, Godfrey Stevens, que fue campeón nacional y sudamericano de boxeo en los años sesenta, aparte de disputar el título mundial en Tokio. En Cerro Blanco, Stevens peleó contra Pablo Chávez, laboratorista de la planta, el peso pluma de Polpaico.

El deporte, finalmente, era la forma que tenía la comunidad de poder distraerse y tener, digamos, una vida sana, una vida completa.

4.4. Ocio y recreación en vacaciones

Antiguos trabajadores y dirigentes sindicales nos relatan que primero se buscó un terreno para tener un espacio de veraneo, escogiéndose Papudo. Luego se emprendieron obras para acondicionar el terreno como un complejo estival. El sitio contaba con la ventaja de tener una fuente de agua, en la que más tarde se construyó un pozo (Luis Gómez; Juan Valencia, 2021).

Ya con la construcción de cabañas, las familias pudieron comenzar a disfrutar más de Papudo. Para ello se facilitaban buses que iban desde el sindicato hasta el complejo veraniego. Junto con las cabañas se instaló un casino, en el que la empresa pagaba lo consumido y después lo descontaba por planilla a los trabajadores. Allí se armaban fiestas en las que, al ritmo de

la música, se podía festejar hasta el día siguiente. Se aprovechaba, además, la libertad de beber alcohol, pues, a diferencia de Polpaico, Papudo no era zona seca, relata Héctor Troncoso.

Con el tiempo, Papudo se fue consolidando como el centro de descanso de los trabajadores durante los meses de verano, por lo que se decidió ampliarlo y mejorarlo. Sergio Maldonado nos cuenta que en un primer momento se construyeron veinte cabañas y que luego se amplió con otras veinte. Las características de las cabañas también fueron cambiando de acuerdo con las necesidades de los veraneantes. Al principio eran piezas que se dividían en dos para que fueran ocupadas por más de una familia; los demás servicios —como baños y cocina— se encontraban aparte, en contraste con lo que se observa actualmente, cuando se encuentra todo integrado (Sergio Maldonado, 2021).

A decir de Jaime Gómez, Papudo se mantiene hoy en día como un lugar donde las familias se pueden encontrar y compartir, aun cuando el pueblo de Cerro Blanco ya esté deshabitado y el espacio laboral no proporcione demasiadas ocasiones de sociabilización. ■

El valor de la memoria



↗
Fig. 60
Reina del
Aniversario de la
Escuela Industrial,
1979.

5.1. De Cerro Blanco a la casa propia

La salida de los habitantes de Cerro Blanco se dio lentamente, en distintos momentos y a diversos destinos: Quilicura, Huertos Familiares, Los Andes, San Felipe y la localidad de Polpaico. A diferencia del cierre definitivo, que fue obligatorio para las familias, los procesos previos fueron voluntarios y se dieron gracias a la organización en cooperativas y al apoyo económico de la empresa. «Todos esos éxodos no eran con la intención de derrumbar o hacer desaparecer la población, sino por el anhelo de la casa propia», reflexiona Dagoberto Vargas.

El proceso se inició en los años sesenta, con la primera villa que nació para hacer posible el sueño de la casa propia: la Villa Gildemeister. Como era común en otros puntos del país, la creación de cooperativas surgió como una opción de acceso a la vivienda. A fines de los años cincuenta, motivados por la empresa y los dirigentes sindicales, los trabajadores comenzaron a inscribirse como socios en la Cooperativa de Vivienda y Servicios Habitacionales Siegfried Gildemeister Ltda., la que obtuvo su personalidad jurídica en 1961. Juan Vargas fue uno de los que se inscribió: «Raúl Gallo me habló y me dijo que se estaba formando, si quería ser socio y yo le dije que sí, pero con poca fe, le dije “bueno, ya, anóteme”».

Para sorpresa y alegría de las familias inscritas, el proceso fue avanzando. Una de las tareas era escoger un terreno adecuado para edificar las casas. Finalmente, la empresa escogió un sector de Quilicura, comuna que se encontraba relativamente cerca de Tiltily, en ese entonces, poco edificada y semiurbanizada. De forma paralela los trabajadores continuaron con el ahorro, el que contó con algunas facilidades, pues era descontado del sueldo respectivo:

Empezaron a descontarnos aquella cantidad de plata a todos los socios; si en principio éramos trescientos y después quedamos ciento sesenta [...] se formó la cooperativa, se entusiasmó el dueño de la empresa y solicitó un terreno, y entregarle el terreno urbanizado, ¿cuánto cuesta todo eso?,

¿dónde hay que comprar el terreno? Encontraron en Quilicura, que era como un pantano en cierta medida, hecho humedad [...] Mandó a rellenar el terreno con material de Polpaico, y ahí la cooperativa se inscribió en “Mis Casas Chile” para obtener el préstamo para hacer las casas. Bueno, se hizo, los dirigentes de la época trabajaron hartito, la empresa ayudó mucho, aunque algunos no lo reconozcan: te regalan el terreno, después te prestan el aval para que nos hicieran las casas (Juan Vargas, 2021).



El proceso de construcción finalizó con éxito: la villa fue inaugurada a fines de 1962 y habitada el año 63.

En la década siguiente surgieron otras villas para trabajadores de Polpaico, también ubicadas en Quilicura. Fue el caso de la Villa Eugenia, cuyo proceso también fue posible con la conformación de una cooperativa de vivienda. Se cuenta que, incluso, en ella pudieron participar trabajadores que habían llegado hacía poco a la empresa, puesto que, tiempo antes, había ocurrido un despido masivo de personal que dejó en la cooperativa varias vacantes. Así ocurrió con Abdón Ruiz, quien llegó a Polpaico en 1974, y ya en 1977 pudo recibir su casa: «Y mi sueño de juventud, que era tener una bicicleta, finalmente se transformó en [ríe] dar el pie para esta cooperativa de vivienda».

Tal como había sucedido con la Villa Gildemeister, los socios de la cooperativa contaron con aportes de la empresa. El proyecto adquirió viabilidad por la gestión de Eugenia Gildemeister —de quien toma su nombre—, quien

↖
Fig. 61
Foto familiar de la primera visita a los terrenos de Huertos Familiares, ca. 1968.

consiguió fondos de privados estadounidenses. Por otra parte, la empresa les entregaba a los trabajadores facilidades para el pago, resultando mucho más accesible que comprar una vivienda de las mismas características dentro de la región.

Había que inscribirse con una cuota y todo, pero era tan a largo plazo que los dividendos eran bajísimos. Me acuerdo que yo conversaba con colegas míos que trabajaban en Santiago y no sé po, en esos años me preguntaban cuánto dividendo pagaba, ellos pagaban diez mil pesos de dividendo y yo pagaba mil (Abdón Ruiz, 2021).

Ana León, quien también compró una vivienda en la Villa Eugenia el año 77, nos comenta que, si bien el dinero salía de sus propios sueldos, se descontaba por planilla o, en caso de preferirlo, desde las gratificaciones.

Yo me acuerdo de que ellos pusieron el cemento, nosotros teníamos que pagar el cemento, el cemento de la construcción de la casa lo teníamos que pagar por planilla, ponte tú, hacíamos un plan de pago, después fueron los balones de gas, que eran dos de 45, eran las rejas, todo eso. Polpaico nos hacía como el préstamo sin interés, entonces fue muy paternal en su época (Ana León, 2021).

A las villas Gildemeister y Eugenia se les sumaron otras en Quilicura, como Los Tijerales y San Enrique.

Quienes llegaron a las villas de Quilicura vivieron un cambio significativo. Una diferencia destacable fue que las casas pasaron a ser de propiedad de los trabajadores, situación que les entregaba mayor seguridad, porque ya no dependerían de su permanencia en la empresa para conservar su vivienda. Por otro lado, los habitantes de estas casas valoran su calidad constructiva y cuentan que han soportado terremotos y el paso del tiempo sin mayores problemas, siendo hasta hoy sectores altamente valorados dentro de la comuna de Quilicura.

El cambio fue especialmente notorio para el matrimonio de Clemira Monares y Juan Vargas, quienes venían de las «casas de lata» de Cerro Blanco y pudieron encontrar en su nuevo hogar mayores comodidades.

Gracias a mi Dios empezó este cuento de que salieron estas casas, te juro que nosotros juntábamos las chauchitas una vez al mes o dos veces al mes para ver cómo estaban haciendo la casa; cuando por la ventana vimos así,

la casa de nosotros y vimos así el piso, vimos que era parqué y eso que no veíamos el baño, nada, ohhh, pero era una maravilla, era un palacio, pucha, yo me sentía la princesa, no sé, un palacio... (Clemira Monares, 2021).

Sin embargo, el encontrarse más alejados de la planta traía algunas desventajas. Quienes trabajaban en turnos de noche, por ejemplo, debían levantarse muy temprano para alcanzar a tomar el transporte.

El bus salía de aquí a las tres de la mañana, para poder llegar allá un cuarto para las cuatro y llegar a la planta. [...] Estando allá [en Cerro Blanco] era feliz po, me levantaba de mi pieza y me iba a trabajar, un cuarto para las cuatro, pero aquí tenía que levantarme a las tres de la mañana, o sea, tomar el bus a las tres de la mañana y el bus paraba ahí casi en la esquina de mi casa y yo siempre me quedaba dormido, y despertaba cuando el bus ya se había ido (Abdón Ruiz, 2021).

Si bien el estilo de vida en las nuevas villas era distinto al de Cerro Blanco, por tratarse de una comunidad abierta y más integrada al resto de Santiago, la identificación con Polpaico continuaba siendo clara. Se intentaron replicar costumbres como la formación de clubes deportivos, la celebración de la Fiesta de la Chaya y la banda de guerra formada en Polpaico se mudó también a Quilicura (Sergio Maldonado, 2021).



←
Fig. 62
Primera
directiva
de Huertos
Familiares,
ca. 1968.

No obstante, al menos en lo que incumbe a la Villa Eugenia esta identidad asociada a Cerro Blanco se ha ido desvaneciendo. Una explicación es que, apenas se acabó la cooperativa, las personas pudieron vender libremente sus viviendas, lo que trajo un recambio de habitantes (Abdón Ruiz y Leonor León, 2021).

Los relatos de quienes lograron obtener su casa propia en las villas de Quilicura son de orgullo y gratitud. Sabemos que adquirir una vivienda propia ha sido un gran sueño para muchas de las familias chilenas, pero no siempre se tienen los recursos suficientes para conseguirlo, más aún cuando se trata de viviendas de buena calidad, como en el caso de las aludidas. Probablemente, la siguiente cita refleje de mejor modo lo que estas casas han significado para las familias de Cerro Blanco:

[...] como eran buenos sueldos los que teníamos, nos descontaban automáticamente por planilla, entonces uno no tenía ni que pensar en que tenía que pagar porque finalmente era la modalidad para poder acceder a una casa, cosa que mi mamá luchó años, años, años con la libreta Corvi, la libreta esa de ahorro para las casas, eran su gran sueño, entonces hoy día disfruta ella del sueño, entonces [es] una tranquilidad tremenda, una alegría interior mía tremenda cuando la veo a ella que disfruta, que dice que es parte de haber alcanzado a tener esa casa, porque ella también participó en el puntapié inicial, por decirlo así, la verdad es que estoy emocionada en este minuto porque para mi mamá era por lo que luchó toda su vida: una casa (Leonor León, 2021).

En el mismo Tiltill hubo otro sector que acogió a habitantes de Cerro Blanco. Nos referimos a Huertos Familiares, poblado que nació desde el sueño de un grupo de trabajadores de Polpaico al formar una cooperativa —llamada Cooperativa de Huertos Familiares de Polpaico— para adquirir terrenos del fundo Santa Ana, donde podrían asentarse y construir sus viviendas.

Esta cooperativa integrada por trescientos socios tenía la idea de subdividir las parcelas en predios de una hectárea donde pudiesen contar, además de las viviendas, con sus propios huertos, razón por la cual el poblado tomó este nombre. Similar a como había sido en las villas de Quilicura, la empresa compró los terrenos y se los vendió a los trabajadores descontándoles el costo por planilla.

El pueblo, no obstante, se construyó «a pulso»: los mismos miembros de la cooperativa y las primeras familias debieron esforzarse por reunir los fondos, urbanizar y acondicionar los sitios para su habitabilidad.

Nosotros cooperamos mucho para los Huertos Familiares. Como teníamos mesas, sillas, envases, de todo, se hacían bailes para reunir fondos acá en Cerro Blanco, que eran para los Huertos Familiares. Y en los Huertos Familiares mi marido fue presidente de la cooperativa también, entonces también hice Pascuas ahí (Haydee Huerta, 2021).

El pueblo se fundó por fin el 24 de abril de 1973. Allí se instalaron muchas familias cerroblanquinas que, de igual modo, seguían vinculadas a su localidad de origen, ya fuese porque trabajaban todavía en la planta o porque los hijos asistían a las escuelas de antes. Si bien hoy en día el sector ha crecido no poco y han llegado nuevos moradores, persiste una identidad asociada a Cerro Blanco. Después de varias décadas residiendo allí, muchos se sienten tan cerroblanquinos como de Huertos Familiares. Así lo expresa Nancy Lulión: «Porque un hijo de Cemento Polpaico, de la población, es de Huertos Familiares, así que ahí hay un fruto de lo que logró Cemento Polpaico».

Por último, algunos trabajadores optaron por trasladarse a viviendas en San Felipe y Los Andes. En estos casos también recibieron apoyo económico de la empresa, aunque de manera más acotada que en Quilicura y Huertos Familiares. Por otra parte, no eran proyectos habitacionales destinados a trabajadores de Polpaico, sino conjuntos a los que llegaron familias de diversos orígenes.

5.2. El declive y cierre del pueblo: el momento del adiós.

Varias son las explicaciones cuando se habla del cierre de Cerro Blanco. El progreso y las nuevas exigencias medioambientales y de seguridad serían, sin embargo, de las más evidentes. El traslado del tranque de relave a las cercanías de la población habría sido uno de los detonantes del desmantelamiento definitivo, aunque se aclara que no existió una versión oficial de las razones de esta decisión. Por otro lado, nuevos mandatos en relación con la prevención de riesgo de accidentes hacían de Cerro Blanco un lugar complejo para vivir, al hallarse tan cerca de estructuras, maquinarias y procesos peligrosos.

Otro de los aspectos que se comenta es que el aumento de contratistas provocó que personas que ni siquiera estaban directamente involucradas con Cerro Blanco comenzaran a aprovechar todos sus beneficios, volviéndose más costoso para la empresa. No se descarta como motivo el



Fig. 63
Vestigios actuales
de la población de
Cerro Blanco.

cambio de políticas empresariales: el manejo de nuevos dueños que ya no consideraban la ventaja de un pueblo industrial para sacar el máximo provecho productivo, puesto que prácticas laborales distintas y las facilidades de transporte serían suficientes y disminuirían los costos.

[...] iban a hacer un tranque aguas arriba de la villa, de la población, entonces obviamente por la normativa era imposible que tengas una población a cien, doscientos metros de un tranque, entonces esa era una de las razones que se esgrimió por la compañía, obviamente la gente decía que no, que eso era lo que decía la compañía, pero el problema era por abaratar costos y yo creo que sí, hubo algo de eso. Fue una mezcla entre abaratar costos, porque ahí se dejó de pagar la luz a todo el mundo, había que pagar luz, agua, todo, si la gente vivía ahí gratis (Abdón Ruiz, 2021).

Lo que es claro es que la modernización industrial trajo también automatización de funciones, conllevando despidos en más de un momento. Labores que antes requerían mucho personal tendieron a necesitar menos trabajadores y, con ello, dejaba de justificarse la mantención del pueblo. Recordemos, además, que no eran escasos los trabajadores que ya habían emigrado en décadas anteriores, de modo que las viviendas fueron desocupándose progresivamente.

El éxodo corrió simultáneo con el abandono o derrumbe de las instalaciones. Durante este periodo, cada visita de los extrabajadores era una nueva pena, recuerdos que volvían a emerger.

En una oportunidad que viajé a Polpaico [...], casi me morí de pena, era un desierto, no había nada, solo los chalets en un rincón y después todo eso desapareció, absolutamente todo, lo único que quedó en pie fue la iglesia, la casa del sindicato y el rancho, nada más, entonces todo un peladero (Silvia Mattig, 2021).

Como expresan los relatos, la demolición fue por partes, primero las casas, mientras se seguían haciendo actividades en las piscinas y otros espacios recreativos. Los visitantes podían ir apreciando de a poco los cambios en el paisaje.

Mira, la verdad es que nosotros tomábamos el bus a la salida de la población, entonces sí me acuerdo de haber visto después el desierto donde yo viví, ponte tú, fuimos a algunas actividades ahí a la piscina en la tarde y ahí vi, tremenda pena, porque, chuta, eran casas tan lindas, oye, con materiales buenísimos, puro parqué el piso y parqué de madera, no de cerámica, unas

cocinas grandes, todo lindo, entonces te da pena, tremenda destrucción (Ana León, 2021).

Las añoranzas, las dificultades para continuar con heridas abiertas, son relatadas por todos quienes participaron en este libro. Una de las escenas más emocionantes es la de la última Navidad, ya nada más con las familias que quedaban. La fiesta fue organizada por el grupo scout de Cerro Blanco, que encabezaban Nancy Lulión y su marido José, junto a vecinos como Berta Bugueño, el «socio» Navarrete y Salvador, cuñado de Nancy.

Pintamos, me acuerdo, todo, y los scouts, los niños, hicieron las obras de teatro, teníamos un casete, hicimos obras de teatro, *La sirenita*, pero era precioso, [...] me acuerdo que Don Enrique, que era el papá de una de mis amigas, la Anita Escalante, don Enrique Escalante se consiguió [...] un trineo para el Viejo Pascuero [...] era un trineo metálico precioso, él lo transportó y todo para que los niños hicieran, porque todos sabíamos que era lo último, y me acuerdo que la Bertita me dijo “Nancy, mira, dieron de baja toda esta

↓
Fig. 64
Entrega de
regalos, 1995.



decoración de la planta, que era de Navidad antigua”, y yo pesqué todo, porque esto lo hicimos en el escenario [...]. Fuimos y compramos regalos, Polpaico compró los regalos, pero uno había pedido cosas de dos mil pesos, era más un presente y se portaron superbién, les compraron cosas buenas a los niños y se hicieron estas bolsas como antiguamente y en esa Navidad fue la despedida, sabíamos que era la última y que la población se iba a cerrar (Nancy Lulió, 2021).

Algunos trabajadores de la planta se vieron en la difícil misión de participar en la demolición, debiendo derrumbar y mover escombros de los edificios que albergaron su historia familiar. Para las últimas familias de Cerro Blanco el cierre del pueblo significó no solo perder sus casas, sino también dejar atrás toda la vida que llevaban allí, tal como nos manifiesta Berta Bugueño, una de las últimas habitantes en salir: «Toda mi vida era eso, todo, donde yo crecí, donde yo estudié, mis amigos, mis profesores, mis espacios físicos, todos mis recuerdos eran ese lugar».

5.3. Los lazos que perduran

Ya nos referimos a las distintas oleadas de familias que se trasladaron fuera del pueblo. En estas nuevas instalaciones, los cerroblanquinos no desecharon sus viejos nexos familiares y de amistad. Por el contrario, se abocaron a impulsar cooperativas para apoyarse en la adquisición de viviendas y en sacar adelante las nuevas villas, con todas las condiciones necesarias para vivir bien. También se han formado organizaciones volcadas a rememorar los días de gloria en este hermoso e inolvidable pueblo.

Una de ellas es la Asociación de Pensionados Extrabajadores de Cemento Polpaico, fundada en 1996 por Mario Latin y Carlos Sierra. Su actual presidente, Hugo Rojas, nos cuenta que al momento de su fundación los objetivos ya estaban claros: perpetuar el nombre de Cemento Polpaico, agruparse y prestar futuros servicios a todos los pensionados y extrabajadores. El estatuto de la Asociación ratifica este sentido de ayuda, al decir que entre los pensionados «los hay con distintos problemas económicos, de salud y tal vez el más terrible de todos, la soledad y el desamparo típicos de la vejez» (Hugo Rojas, 2021).

Entre los mayores orgullos de la Asociación está su sede ubicada en Huertos Familiares, cuya edificación contó con el apoyo del histórico Fernando Tietzen. Este espacio se ha transformado en un centro de encuentro

no solamente para los miembros de la Asociación, sino también para los vecinos de Huertos Familiares e incluso para habitantes de otros sectores de Tilti y Colina. En ella se trabaja incansablemente para mejorar la vida de los asociados y vecinos de Huertos Familiares, realizando actividades para la comunidad y optando a proyectos con entidades públicas y privadas que permiten incorporar nuevas comodidades a la sede.

Nosotros en la Asociación, antes de la pandemia, teníamos varias actividades, celebramos el Día del Papá, el Día de la Mamá, la despedida de agosto, aniversario, y así, a fin de año entregamos una caja navideña; de los fondos que teníamos nosotros, que juntábamos, hacíamos bingos y la gente se recrea ahí po, sobre todo en el aniversario, ya muchos se han ido y, bueno..., tenemos actualmente ciento diez socios y llegamos hasta ciento treinta [...] (Hugo Rojas, 2021).

Manteniendo activas las relaciones y el recuerdo de Cerro Blanco encontramos también a Berta Bugueño, quien nos cuenta que hasta el día de hoy tiene a sus amigas Leonor, Anita (hermanas León) y otras personas con las que sigue planeando actividades para todos los vecinos de Huertos Familiares y la comunidad de Tilti.

Nosotros habíamos creado una pastoral del trabajador, en diciembre del 2003, donde estaba Leonor, yo, Anita también, éramos doce personas y tuvimos actividades, dentro de ellas un comedor solidario acá en Huertos y lo seguimos haciendo hasta el 2007... Fueron cinco años y después hacíamos colecta entre los trabajadores y se encargó Leonor, Cecilia y Anita de hacerlo, entonces nosotras seguimos unidas a través de entidades, de nuestra labor social, que no tiene nada que ver con el trabajo. Ahora la mayoría participamos de una ONG donde gestionamos proyectos, nos reunimos y nos preocupamos de mucha gente donde les brindamos diferentes tipos de apoyos (Berta Bugueño, 2021).

Los exalumnos de ambas escuelas realizan un reencuentro anual el sábado siguiente de Semana Santa, instancia que los cerroblanquinos aprovechan para compartir los memorables momentos que vivieron juntos.

Los reencuentros de exalumnos son otro motivo muy potente, que nace desde los colegios de Cerro Blanco, entonces ese también es un encuentro que emociona, tú te olvidas del dolor de cabeza, del dolor de huesos, del



↗
Fig. 65
Retrato de
Hugo Rojas.
Ex dirigente
de sindicato.

dolor del pie, de todo, te preparas para ir a pasarlo bien y volver a ser de quince años, si disfrutas todo lo que puedes, te reencuentras con expololos, con amigas... Eso es así, con caras, te empiezas a olvidar de los nombres, de las personas, ¿cómo se llamaba este? Pero de verdad que Polpaico tenía esa magia y la tiene todavía pese a que todo cambió (Leonor León, 2021).

Junto con los reencuentros de exalumnos, la más importante de las actividades que reúnen a los vecinos de Cerro Blanco es la Fiesta de San Lorenzo, patrono de los mineros, celebrada el 10 de agosto de cada año. Desde el 2004, los cerroblanquinos se organizan para realizar un evento religioso, artístico y cultural en la iglesia de Cerro Blanco, y lo cierto es que cada vez se suman más personas para disfrutar de esta celebración.

El conjunto de celebraciones y actividades contribuye sin duda a fortalecer los lazos pasados y a mantener viva la memoria que los une.

Pero si tú me preguntas ahora: ¿Por qué la gente se reúne todavía? Es porque recuerda los buenos momentos, los bellos momentos de niñez, pero la gente necesita encontrarlos en alguna parte que ya no está, o sea, yo necesito recuperar mi experiencia a lo mejor, necesito mi casa, donde me criaron mis papás o necesito encontrar la escuela, y solamente la encuentro conversando así como ahora, y tú me preguntas “Nancy, ¿sabías qué?”, me emociona tanto porque es mi vida, mi papá se murió y mi papá era un cerroblanquino, mi papá siempre fue cerroblanquino y él siempre, porque mi abuelo era cerroblanquino (Nancy Lulió, 2021).

5.4. El valor de Cerro Blanco para sus habitantes

La valoración que hacen los exhabitantes de Cerro Blanco tiene distintos puntos de vista, aunque todos coinciden en lo importante que el pueblo fue en sus vidas y en lo mucho que los marcó.

Algunos ponen el foco en la relevancia histórica y en el rol que la planta ha tenido en el país desde su fundación; en otras palabras, su contribución al desarrollo de Chile y a la mejora en la vida cotidiana gracias al cemento utilizado en viviendas, obras públicas y construcciones. Se resalta, además, el rol que ha cumplido dentro de la comuna de Tiltil como la empresa clave de la zona, una fuente laboral y, por supuesto, un aporte significativo con servicios como la Escuela Industrial.

Están también quienes valoran los orígenes, los fundadores y primeros trabajadores, la mayoría viniendo desde lejos para poner en funcionamiento la fábrica.

Es como hacerle un homenaje a toda esa gente que se esforzó de la nada, también gracias a los dueños que crearon eso en beneficio de las personas, porque mucha gente tiene la vida gracias a la empresa... Y hacerles un homenaje a todos esos abuelos, a todos los principiantes ahí en la empresa, que eso igual, siempre se va dejando una huellita ahí, queda una huella porque al menos mi abuelo, como le digo, explotó la mina, era su trabajo [...] (Jessica Severich, 2021).

A la vez se reconoce el papel que los pobladores pioneros, con sus tradiciones nortinas, cumplieron en la creación de una identidad cultural única, donde el «huaso» de Tilti, como era llamado, se encontró con el pampino de las salitreras.

Quienes tienen antepasados que han sido parte de la planta vislumbran en Polpaico, además, su propia historia familiar, como nos cuenta Jessica: «La importancia de las vivencias de cada uno, empezando por nuestros antepasados, porque acá vivió toda mi familia, ahí trabajó mi abuelo, trabajaron mis tíos, mis primos y sobrinos, nietos ya (...)».

En este sentido, muchos asumen el significado personal que Cerro Blanco ha tenido en sus vidas y se muestran agradecidos por las oportunidades que les entregó ser parte de la empresa, ya sea permitiéndoles a ellos y sus familias tener un hogar, educación y otros servicios básicos, ya sea en relación con el desarrollo profesional que significó para los hombres y las mujeres en las distintas áreas de la industria.

Cerro Blanco, Polpaico, fue todo para mí, estoy muy agradecido de Cerro Blanco-Polpaico, porque Polpaico me dio todo hasta ahora y eso que estoy jubilado hace tiempo; todavía me da, todavía me voy a la playa por el Sindicato 1, ¿cómo no voy a estar agradecido de Cerro Blanco? Todos mis compañeros, toda la familia que vivió acá era una sola familia, todos éramos conocidos, nos juntábamos acá en el baño a conversar, a echar tallas y cuestiones, reunidos hasta tarde ahí, muy bonito, muy lindo Cerro Blanco, yo estoy agradecido (Luis Gómez, 2021).

Se agradece también por la vida que lograron construir allí. Varios pasaron su infancia, su adolescencia, se casaron y tuvieron hijos en el pueblo, conocieron a sus amigos y vivieron experiencias que los acompañarán por siempre.



Fig. 66
Retrato Benjamín
Arenas, dirigente
del sindicato n.º 2
y ex habitante de
Cerro Blanco.



Fig. 67
Retrato Luis
Gómez. Ex
habitante y
trabajador de
Cerro Blanco.

Uno lo pasó tan bien ahí, tuvimos tantas regalías, era como vivir en la Isla de la Fantasía y siempre lo vamos a recordar, yo creo que de la época de colegio, donde nosotros como cabros chicos no entendíamos diferencias de clase, jugábamos una buena pichanga y, bueno, el que no tiene recuerdos de Cerro Blanco es porque no existe no más [...] pero yo creo que todos tenemos ese recuerdo de Cerro Blanco, como nos criamos todos chicos, nos conocíamos de adultos, siempre teníamos un buen pasar, no había peleas, todos nos preocupábamos de todos y para mí ese es un buen recuerdo, como la Isla de la Fantasía (Alfredo Severich, 2021). ■



Fig. 68
Retrato Inés
Córdoba,
ex habitante de
Cerro Blanco.

Palabras finales

La obsolescencia como concepto es la caída en desuso de cualquier elemento funcional que, asociado a una cierta tecnología o modelo, deja de servir para aquello que fue creado. Puede tratarse de una planta de salitre en perfecto estado, pero cuya materia prima ha decaído en su demanda. Puede tratarse de una termoeléctrica totalmente funcional que ya no es sustentable en términos medioambientales. O puede tratarse de un sistema de vida asociado a una minera, que ya no es social ni económicamente rentable, como lo grafica Cerro Blanco.

Tal como se mencionó, los *company towns*, con su complejidad urbana, su gran envergadura y su delicado entramado social presentaron —e incluso hoy en día presentan— un caso complejo de enfrentar. Tanto los espacios de fabricación abandonados como los complejos industriales asociados a estos —residencias, servicios e infraestructura sociocultural— comenzaron a observarse con nostalgia y luego con dudas respecto de su futuro. La pregunta sobre cómo usar estas construcciones, normalmente desmanteladas y dejadas a su suerte, surgió como un desafío para el Estado, los actores locales y los especialistas. Así, se inventariaron y registraron las infraestructuras para ponerlas en valor, pensando para qué nuevos fines podrían ser utilizadas (Lorca, 2017).

En el caso de muchos de estos complejos industriales, su proceso de obsolescencia y consecuente abandono representó procesos dolorosos para quienes los habitaron. El cese de una labor y el cierre de los espacios comunes, la interrupción de los modos de vida cotidianos y conocidos desde la infancia dejan un vacío no solo económico, sino identitario, cuyo manejo es complejo y delicado.

A menudo los procesos de patrimonialización se producen naturalmente desde las comunidades, pero cuando estamos en presencia de eventos dolorosos, como el cierre de Cerro Blanco y su posterior desmantelamiento, este accionar se torna más difícil y suele requerir de otros actores que abran camino. Establecer espacios seguros desde la gestión, por ejemplo, espacios que garanticen la conmemoración o el recuerdo en conjunto



Fig. 69
Retrato Christian
Pérez, trabajador
actual de Polpaico
y ex habitante de
Cerro Blanco.



←
Fig. 70
Vista aérea
Cerro Blanco,
2021.

con procesos de participación efectiva, puede redundar en estrategias que conjuren el dolor e inicien procesos de sanación.

Los edificios industriales en desuso traen consigo problemas, desde aquellos relacionados con el simbolismo traumático hasta aquellos más prácticos, de tipo urbano, enlazados con la degradación de los vestigios. En este sentido, la reutilización de los edificios industriales aparece como una alternativa para incorporar nuevos valores asignados por la comunidad, estableciendo vínculos inesperados entre los usuarios históricos y las nuevas generaciones.

Además del desarrollo cultural y urbano, la reutilización permite ver a los edificios patrimoniales industriales como posibles herramientas culturales que generen sinergias y valoraciones, pues, mediante estos usos nuevos, se hace factible incorporar nuevas capas de significación a la historia del lugar, entendiendo que los valores patrimoniales evolucionan junto con las comunidades:

[...] hablamos de las mejores posibilidades de recuperación e integración de los restos del trabajo del pasado, materiales o no, gracias a un abordaje que integra la memoria del trabajo en los proyectos de reutilización, de puesta en valor, de reconstrucción de una historia que pueda integrarse en el común vivir de colectivos de personas que no quieren perder sus raíces (Castillo, 2004: 25).

En Cerro Blanco, aun cuando numerosos elementos construidos se hayan perdido, la fuerza y vivacidad de la historia común permanece. Varios de los elementos icónicos (iglesia, sindicato, supermercado, piscinas) persisten en un estado latente, aguardando por un nuevo uso que ponga en valor, mediante un nuevo capítulo, aquellos modos de vivir que este libro ha buscado retratar.

A lo largo de estas páginas hemos visto el gran valor patrimonial que tiene Cerro Blanco, un espacio que respondió desde sus inicios a los procesos históricos que estaba viviendo el país y que, a su vez, ha constituido un gran aporte para el desarrollo y la modernización de Chile. Todo ello gracias a los miles de hombres y mujeres que hicieron posible la producción de cemento y dieron vida a un pueblo único, capaz de marcar para siempre la identidad de sus habitantes. ■

Referencias bibliográficas

Álvarez, M. Á. (2008). Patrimonio industrial: Un futuro para el pasado desde la visión europea. *Revista de Estudios sobre Patrimonio Cultural*, 21(1), 6-25.

Calle, M. (2013). La inmigración europea en la Provincia de Tarapacá. Su inserción en la estructura productiva (1860-1940). En S. González (comp.), *La sociedad del salitre: protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos, 1870-1940* (págs. 119-161). Santiago: RIL editores.

Castillo, J. (2004). La memoria del trabajo y el futuro del patrimonio. *Sociología del trabajo*(52), 3-35.

Cemento Cerro Blanco de Polpaico S.A. (1983). *Memoria*(34).

Cemento Polpaico. (Agosto de 1995). *Revista Concreto: Edición especial aniversario (1945-1995)*.

Chermakian, J. (1965). Desarrollo y características actuales de la Industria del Cemento en Chile. *Revista geográfica*(63), 5-32.

Cisternas, L. (2015). *Habitar un Company Town. Los campamentos de Coya, Caletones y Sewell entre 1922 y 1944*. Santiago: Informe de Seminario de Grado para optar al grado de Licenciado en Historia. Universidad de Chile.

Consejo de Monumentos Nacionales. (s.f.). *Patrimonio Mundial. Lista actual*. Recuperado en agosto de 2021, de Sewell: <https://www.monumentos.gob.cl/patrimonio-mundial/lista-actual/sewell>

Hidalgo, R., & Sánchez, R. (2007). Del conventillo a la vivienda. Casas soñadas, poblaciones odiadas. En R. Sagredo, & C. Gazmuri (eds), *Historia de la vida privada en Chile. Tomo III*. Santiago: Taurus.

Jofré, M. (2009). *Crónicas de Cerro Blanco. Polpaico, nuestro patrimonio histórico*. Santiago: Cemento Polpaico S.A.

Lorca, M. (enero-junio de 2017). Experiencias y proyecciones del patrimonio industrial chileno. *Apuntes*, 30(1), 54-69.

Memoria Chilena. (s.f.). *El gobierno de la Unidad Popular (1970-1973)*. Recuperado el 23 de agosto de 2021, de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-31433.html>

Ortega, L. (1991-1992). El proceso de industrialización en Chile 1850-1930. *Revista de Historia*(26), 213-246.

- Salinas, M. (2001). En tiempo de chaya nadie se enoja: La fiesta popular del carnaval en Santiago de Chile 1880-1910. *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*(50), 281-325.
- Servicio Nacional del Patrimonio Cultural. (s.f.). *Patrimonio y Género*. Recuperado el 3 de septiembre de 2021, de Huelga Larga de 1960 en la cuenca del carbón: https://www.genero.patrimoniocultural.gob.cl/651/w3-article-49735.html?_noredirect=1
- Sindicato de Empleados de Cemento Cerro Blanco de Polpaico. (1979). *Historia del sindicato contada por un trabajador en 1979*.
- Unidad Popular. (1970). *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular: candidatura presidencial de Salvador Allende*. Santiago. Obtenido de <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-7738.html>
- Venegas, H., & Morales, D. (2019). Alternativas de gestión del trabajo en una industria monopólica: el caso de la cementera El Melón, Chile (1930-1950). *América Latina en la Historia Económica*, 26(1), 72-93. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6762598>
- Vera, S. (1990). *Apuntes sobre la historia de Cemento Polpaico*.
- Vicuña Mackenna, B. (1878). *De Valparaíso a Santiago : datos, impresiones, noticias, episodios de viaje*. Imprenta de la Librería del Mercurio.

Referencias de imágenes

→ Fig. 01. Celebración día del Minero de Escuela 311, 1974. Propietario Raúl Uribe.

Introducción

→ Fig. 02. Instalaciones de la Planta de Cerro Blanco, ca. 1940. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.

→ Fig. 03. Campamento minero Sewell, 2008. Flickr Setnom, disponible en https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sewell_flickr.jpg

Capítulo 1

→ Fig. 04. Antonio Quintana. Pala mecánica recogiendo material, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:622086>

→ Fig. 05. Antonio Quintana. Vista de campo abierto, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:622086>

→ Fig. 06. Oficina salitrera Buen Retiro, ca. 1889. Álbum de las salitreras de Tarapacá. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-82506.html>

→ Fig. 07. Casa de Concepción reducida a escombros tras el terremoto de 1939. Zig-Zag, 1905-1964. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-71055.html>

→ Fig. 08. Instalaciones de la planta de cemento Polpaico, ca. 1940. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.

→ Fig. 09. Postura de la primera piedra de la Iglesia de Cerro Blanco por Siegfried Gildemeister, ca. 1950. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Archivo Centenario de Tilttil.

→ Fig. 10. Luis Boudat. Oficina salitrera San José en La Noria, Chile, 1889. Álbum de las salitreras de Tarapacá. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oficina_Salitrera_San_Jose_1889.jpg

- **Fig. 11.** Partes y piezas de planta de Cerro Blanco, ca. 1940. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 12.** Instalaciones de la planta de Cemento Polpaico, ca. 1940. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 13.** Obreros de la Pampa Salitrera, 1906. Álbum Chile en 1906, tomo II. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en Memoria Chilena. <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-76308.html>
- **Fig. 14.** Retrato Jessica Severich. Salvador Núñez. 2021.

Capítulo 2

- **Fig. 15.** Mineros de Cerro Blanco, s.f. Fotografía disponible en sede de Sindicato n.º 2 de Cemento Polpaico.
- **Fig. 16.** Antonio Quintana. Calle de Santiago, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-77237.html>
- **Fig. 17.** Siegfried Gildemeister recorriendo la sala de máquinas, ca. 1940. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 18.** Antonio Quintana. Sacos sobre camión de transporte, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:622086>
- **Fig. 19.** Antonio Quintana. Camión de carga de material, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:622086>
- **Fig. 20.** Fiesta de la Primavera en Cerro Blanco, s.f. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 21.** Aniversario de Sindicato n.º 1, 1959. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Cornelio Báez Arias.
- **Fig. 22.** Retrato Jaime Gómez y Sergio Maldonado. Miguel Delso y Salvador Nuñez. 2021.
- **Fig. 23.** Retrato Héctor Troncoso y Dagoberto Vargas. Salvador Nuñez. 2021.
- **Fig. 24.** Vista aérea Cerro Blanco. Salvador Nuñez. 2021.

Capítulo 3

- **Fig. 25.** Talleres Escuela Industrial, 1958. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 26.** Superposición de trazado actual con plano histórico de la población. Lorena Pérez Leighton. 2021.
- **Fig. 27.** Antonio Quintana. Campo abierto, ca. 1960. Archivo fotográfico y digital

- Fondo Quintana. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:622086>
- **Fig. 28.** Luis Boudat. Oficina Puntunchara: campamento de trabajadores. Álbum de las salitreras de Tarapacá. Colección Biblioteca Nacional de Chile, disponible en <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-82568.html>
- **Fig. 29.** Selección de fútbol Escuela Industrial, 1979. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 30.** Retrato Nancy Lulión. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 31.** Curso Escuela Industrial, 1979. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 32.** Alumno en taller de Escuela Industrial, 1958. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 33.** Exterior Iglesia de Cerro Blanco. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 34.** Interior Iglesia de Cerro Blanco. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 35.** Exterior edificio de supermercado. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 36.** Detalles edificio de supermercado. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 37.** Edificio de Sindicato n.º 1. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 38.** Edificio de Sindicato n.º 2. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 39.** Graderías de Estadio. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 40.** Cancha de Estadio. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 41.** Piscina obreros. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 42.** Berta Bugueño en piscina de Cerro Blanco, ca. 1970. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 43.** Camarines piscina. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 44.** Piscina de empleados. Miguel Delso. 2021.

Capítulo 4

- **Fig. 45.** Patrulla de Boy Scouts de Cerro Blanco, 1958. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 46.** Club de Pesca y Caza, 2000. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 47.** Retrato de Abdón Ruíz. Francisca Becker. 2021.
- **Fig. 48.** Fiesta de la Primavera de Cerro Blanco, ca. 1960. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 49.** Rosa y David Uribe en scout, 1968. Propietario Raúl Uribe.
- **Fig. 50.** Familia Uribe Soto, 1972. Propietario Raúl Uribe.
- **Fig. 51.** Fiesta de la Primavera de Cerro Blanco, ca. 1960. En Memoria Fotográfica de Tilttil Fundación Procultura. Propietario Berta Bugueño.
- **Fig. 52.** Celebración de 21 de mayo en el teatro, ca. 1974. Propietario Raúl Uribe.
- **Fig. 53.** Fiestas Patrias en Escuela Industrial, 2004. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 54.** Entrega de regalos, 1995. Propietario Agustín Emblico.

- **Fig. 55.** Baile de los trabajadores, Rosa Soto con David Uribe, ca. 1968. Propietario Raúl Uribe.
- **Fig. 56.** Primera comunión Raúl y Luis Uribe, 1975. Propietario Raúl Uribe.
- **Fig. 57.** Unión Cepol Regional, 1982. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 58.** Retrato de Agustín Emblico. Francisca Becker. 2021.
- **Fig. 59.** Unión Cepol Regional, 1985. Propietario Agustín Emblico.

Capítulo 5

- **Fig. 60.** Reina del Aniversario de la Escuela Industrial, 1979. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 61.** Foto familiar de la primera visita a los terrenos de Huertos Familiares, ca. 1968. Propietario Ricardo Contreras.
- **Fig. 62.** Primera directiva de Huertos Familiares, ca. 1968. Propietario Jorge Araya.
- **Fig. 63.** Vestigios actuales de la población de Cerro Blanco. Miguel Delso. 2021.
- **Fig. 64.** Entrega de regalos, 1995. Propietario Agustín Emblico.
- **Fig. 65.** Retrato de Hugo Rojas. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 66.** Retrato Benjamín Arenas. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 67.** Retrato Luis Gómez. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 68.** Retrato Inés Córdoba. Salvador Núñez. 2021.

Palabras finales

- **Fig. 69.** Retrato de Christian Pérez. Salvador Núñez. 2021.
- **Fig. 70.** Vista aérea de Cerro Blanco. Salvador Núñez. 2021.

